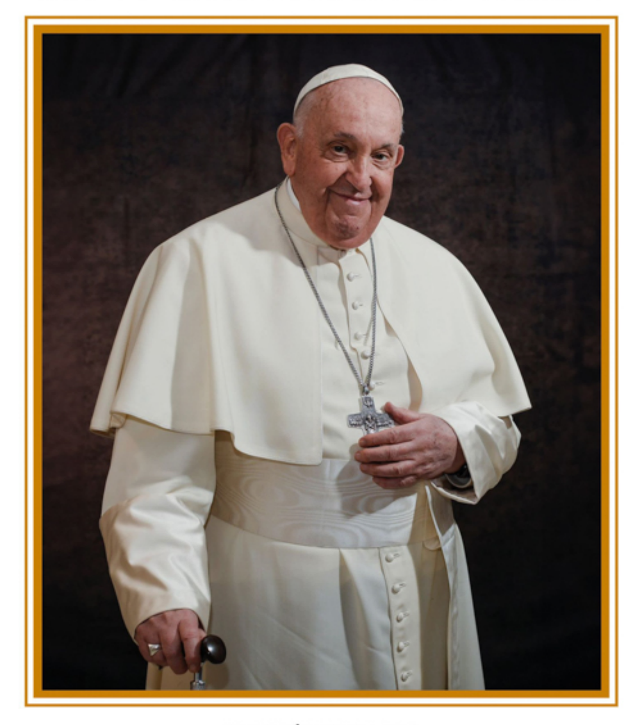
PAPA FRANCISCO

EL SUCESOR

MIS RECUERDOS DE BENEDICTO XVI



UN DIÁLOGO CON

JAVIER MARTÍNEZ-BROCAL

Planeta Testimonio

Índice

Sinopsis

Un relato de primera mano de un escenario insólito: la convivencia vaticana, de casi una década, de dos papas, Benedicto XVI y Francisco

Un relato en primera persona de un escenario vaticano insólito: la convivencia, durante casi una década, de dos papas, Benedicto XVI y Francisco. En El sucesor se cuenta con naturalidad, y por primera vez, cómo fueron esos tiempos, sin esquivar las polémicas y dificultades que los marcaron.

«Benedicto y yo mantuvimos una relación muy profunda y quiero que se sepa, quiero que se conozca sin intermediarios. Él fue un hombre que tuvo el coraje de renunciar y, a partir de entonces, siguió acompañando a la Iglesia y a su sucesor», papa Francisco.

Papa Francisco. El sucesor

Mis recuerdos de Benedicto XVI

Javier Martínez-Brocal



Nota aclaratoria

El papa Francisco figura como autor del libro, pero, como es natural, solo pueden atribuirse a él las respuestas directas a las preguntas y sus frases entrecomilladas.

El resto de los contenidos, así como las notas a pie de página y la selección de discursos de referencia o la cronología final, han sido elaborados por Javier Martínez-Brocal.

y lo que más tu valor
sube al extremo mayor
es que fuiste, cual se advierte,
bueno en vida, bueno en muerte
y bueno en tu sucesor.

Unas décimas que compuso Miguel de Cervantes
MIGUEL DE CERVANTES

La intención de Jesús de hacer de Simón Pedro la «piedra» de fundación de su Iglesia tiene un valor que supera la vida terrena del apóstol. Jesús concibió y quiso que su Iglesia estuviese presente en todas las naciones y que actuase en el mundo hasta el último momento de la historia. Por eso, igual que quiso que los demás apóstoles tuvieran *sucesores* que continuaran su obra de evangelización en las diversas partes del mundo, previó y quiso que Pedro tuviera *sucesores,* que continuaran su misma misión pastoral y gozaran de los

mismos poderes, comenzando por la misión y el poder de ser *piedra,* o sea, principio visible de unidad en la fe, en la caridad y en el ministerio de evangelización, santificación y guía, confiado a la Iglesia.

JUAN PABLO II
Catequesis: «El obispo de Roma, sucesor de Pedro»
Audiencia general del 27 de enero de 1993

I

La primera conversación sobre Benedicto

El relato

¿Por qué Benedicto XVI es el primer sucesor de Pedro que presenta su renuncia? ¿Por qué es una novedad absoluta? ¿Por qué no lo hicieron en el pasado otros papas? Me refiero a una renuncia libre, pues el puñado de pontífices que antes de él se retiraron lo hicieron forzados por sus rivales o para resolver un cisma.

Me he preguntado una y otra por qué, a lo largo de la historia, los papas han eludido con decisión renunciar a su cargo. Y he llegado a la conclusión de que, aunque el derecho canónico se lo permita, la prudencia, consolidada con el paso de los siglos, desaconsejaba que dieran ese paso por dos simples motivos: para evitar divisiones dentro de la Iglesia y para descartar dudas en torno a la legitimidad de su sucesor.

Si bien el papa que pretendiera renunciar era consciente de que dejaría de ejercer cualquier papel como sucesor del apóstol Pedro, era mucho más complicado que sus seguidores cesaran de reconocerle una autoridad sobre el gobierno de la Iglesia católica, aunque fuera solo a nivel moral.

He visto que no se trataba de miedos injustificados. Desde que Benedicto XVI anunció su renuncia el 11 de febrero de 2013 y a lo largo de los diez años siguientes que vivió del pontificado del papa Francisco, esos temores se hicieron realidad de varias formas y con distintos niveles de gravedad.

Incluso antes de que su decisión entrara en vigor y que iniciara la sede vacante, hubo quienes sembraron la sospecha de que la renuncia de Benedicto no había sido válida. Presumían, por ejemplo, que el papa había recibido algún tipo de presión desde dentro o fuera del Vaticano, que tal vez había tomado la decisión con ligereza o que había renunciado solo al «ejercicio del ministerio» y no al propio ministerio en sí mismo. La situación

obligó al pontífice a reiterar, ante audiencias diferentes, que renunciaba plenamente, con total libertad y después de haberlo considerado a conciencia y con la mayor atención.

Otros aventuraron que la renuncia no podría ser completa en un sentido estricto, pues, al haber sido papa, Benedicto XVI inevitablemente seguiría ejerciendo, en todo caso, alguna modalidad de ministerio petrino, aunque solo fuese un ejercicio parcial.

Más adelante, en aquellos primeros meses de estupor y confusión, se llegó a cuestionar la validez misma del cónclave y a poner en duda la elección del sucesor del papa Benedicto, debido a que uno de los escrutinios resultó inválido por problemas técnicos. Un cardenal había doblado e introducido sin darse cuenta dos papeletas en lugar de una sola, por lo que tuvieron que repetir la votación, tal y como indica el reglamento.

La situación tomó un nuevo cariz cuando, con las primeras decisiones del nuevo pontífice, desde algunos sectores –partidarios acérrimos tanto de Francisco como del papa emérito– comenzaron a hacer comparaciones, siempre molestas. Aunque la inmensa mayoría de los católicos había aceptado pacíficamente la nueva situación y Francisco y Benedicto, ajenos a esas polémicas, mostraban recíprocamente sincera cordialidad, familiaridad y *fair play,* los parangones derivaron primero en diferencias y luego en roces entre los respectivos grupos. Así se fueron formando, poco a poco, dos ruidosos bloques de adeptos de uno u otro pontífice que cristalizaron en dos mentalidades de «adversarios». Estos no congregaban a personas que, sin más, mostraban la natural sintonía hacia uno u otro pontífice, en línea con sus propias visiones del cristianismo o sus prioridades para la Iglesia, sino que iban mucho más allá.

No entendían que cada papa «habla de Dios dirigiendo la mirada hacia el lugar donde lo ha encontrado: Benedicto lo encontró buscando la Verdad a través de la investigación académica en Teología; Francisco, en el reflejo del Amor de Dios y la Caridad, cuando ayudaba a las personas pobres, a los descartados», según explicaba el veterano cardenal Julián Herranz,

que ha prestado décadas de servicio en el Vaticano a seis pontífices.[1]

La rivalidad entre los «seguidores» de uno u otro papa dio paso a un continuo atribuir a uno solo de ellos la mayoría de los males de la Iglesia o la única solución posible a las dificultades a las que se enfrentaba. Sus abanderados más extremos, en cada uno de los bandos, comenzaron a leer las decisiones y los gestos de Francisco o de Benedicto como maniobras ideológicas para debilitar o contrarrestar los del otro. La estrategia de estos grupos era minimizar los éxitos del «contrincante» y exagerar sus errores, al pensar que así engrandecían la figura de su favorito.

Al margen de algunas películas y novelas de ficción que se lanzaron en aquellos años, pienso que la propia dinámica informativa de los medios de comunicación, de los que formo parte, alimentó la consolidación de esos dos bloques y aumentó las distancias entre ambos. Por un lado, la falta de especialización del periodista ante la complejidad de las cuestiones eclesiásticas lo llevaba a destacar en las noticias y reportajes tan solo la cuestión más candente, sin entrar en matices. Por el otro, la búsqueda de un titular «con gancho», los límites impuestos por la falta de espacio y la necesidad de despachar, en pocas frases, conceptos complejos llevaban a poner el foco, exclusivamente, en los elementos de conflicto, así como en las diferencias y las rupturas entre ambos pontificados.

Como resultado, se consolidaron tres reconstrucciones de estos años que reducían el Vaticano o bien a un nido de serpientes que luchaban por el poder, o bien a una corte de nostálgicos que frenaban las reformas del pontífice, o bien a una guerrilla de revolucionarios que desmantelaban lo que se había construido con esfuerzo durante siglos. El telón de fondo de esta caricatura eran dos papas que convivían enfrentados. El «relato» se hizo tan verosímil que, en algunos ambientes, elogiar a uno de ellos era interpretado como una ofensa hacia el otro. La situación condujo a muchos a pensar que el fallecimiento de Benedicto XVI abriría las puertas a una ola de osadas reformas por parte del papa Francisco y que desencadenaría una virulenta rebelión encabezada por

exponentes de sectores conservadores que se habrían mordido la lengua solo por respeto al papa emérito.

Nada de eso ha ocurrido. O, al menos, no hasta ahora.

Por eso, es legítimo que el público pida explicaciones sobre cuánto hay de cierto a propósito de la supuestamente «tensa» convivencia entre los dos papas que hemos reiterado durante estos años, qué hay de verdad y qué hay de leyenda en esa reconstrucción de la reciente etapa histórica.

La cuestión central es que para aclararse y reconstruir lo que ocurrió dentro de los muros vaticanos en esta década decisiva para el presente y el futuro de la Iglesia católica falta una pieza fundamental. No se cuenta con la perspectiva del protagonista principal de esta relación. Del único que puede aclarar el asunto de primera mano.

Francisco nunca ha hablado extensamente sobre su relación con Benedicto.

Nadie se lo ha propuesto. Hasta ahora.

«Benedicto se merece una cosa así»

Viví en primera persona una de las ocasiones contadas en las que el papa Francisco había hablado en detalle sobre su relación con Benedicto XVI, la entrevista que le hice el 13 de diciembre de 2022 junto al director del periódico español *ABC,* Julián Quirós, publicada cinco días más tarde.[1]«Es un santo. Es un hombre de alta vida espiritual», nos respondió refiriéndose a su predecesor. «Lo visito con frecuencia y salgo edificado de su mirada transparente. Vive en contemplación... Tiene buen humor, está lúcido, muy vivo, habla "bajito" pero te sigue la conversación. Me admira su inteligencia. Es un grande», confió.

A continuación, intenté tirarle de la lengua para que opinara sobre si fue conveniente la renuncia papal, pero se dio cuenta y, con gran habilidad, evitó dar una respuesta. «En las fotos más recientes, Benedicto aparece muy débil, pues tiene noventa y cinco años», dije. «Mirándolas, surge la reflexión inevitable de que, si no hubiera renunciado al papado, le habría sido complicadísimo gobernar la Iglesia», añadí. «Los futuribles siempre engañan, así que yo no me meto por ahí», respondió amablemente Francisco. Y cambiamos de tema.

Aquella entrevista tuvo cierta repercusión: el papa reveló que había dejado firmada una carta de renuncia y que esta entraría en vigor en el caso de que por accidente o enfermedad quedara impedido para continuar el pontificado. Abordó también el futuro de la Iglesia y la preocupación que algunos de sus gestos suscitan entre ciertos sectores católicos y dio su opinión sobre cuestiones de actualidad. Salimos de allí con la impresión de que él se había sentido libre de responder con serenidad a las cuestiones más delicadas y que no había percibido como hostiles las preguntas más difíciles.

Solo dos semanas más tarde, el sábado 31 de diciembre, falleció Benedicto XVI, y aquellas respuestas al periódico *ABC,* las últimas, por cierto, que había dado Francisco sobre el papa emérito, volvieron a ser de actualidad. «Era un santo»; «su mirada era transparente»; «tenía gran inteligencia»; «es un grande», había destacado.

En contraste con aquellos elogios, me sorprendió que, al mismo tiempo que comenzaba el velatorio familiar en el monasterio Mater Ecclesiae, donde Benedicto había residido desde su renuncia, y mientras se preparaban los funerales que presidiría Francisco en San Pedro, se volviera de nuevo a la carga con el «relato» de la supuestamente tensa relación entre los dos papas. De repente, algunas personas cercanas a Benedicto, como su secretario personal, Georg Gänswein, comenzaron a reforzar esta teoría, poniendo sobre la mesa las diferencias e incomprensiones que habían presenciado entre ambos pontífices.

En consecuencia, los elogios hacia Benedicto comenzaron a surgir con prevalencia de sectores de la Iglesia hostiles al papa Francisco y, a la vez, se reforzó la impresión de que los exponentes cercanos a Bergoglio no tenían ni autoridad ni suficientes motivos para hablar bien de Ratzinger.

Tengo la impresión de que esa situación paradójica fue consolidándose poco a poco con el paso de las semanas. Por eso mismo, empezó a tomar fuerza la idea de proponer al papa Francisco un libro en el que abordar de lleno esta cuestión: intentar comprender cómo había sido realmente la relación entre los dos pontífices, descubrir si entre ambos había estallado una «guerra fría» o reinado una amistosa colaboración. Un libro sobre la primera convivencia de dos pontífices a lo largo de la historia.

Le envié la propuesta por escrito y confirmé mi sospecha de que también al papa Francisco le preocupaba lo que estaba sucediendo, pues su respuesta llegó mucho antes de lo que imaginaba. «Benedicto se merece una cosa así. Para mí fue un padre. ¡Con qué delicadeza me acompañó en este camino!», me respondió en una nota manuscrita. Sin embargo, Francisco proponía en ese mismo mensaje que esperásemos un poco, pues

eran meses de mucho trabajo en el Vaticano.

Por mi parte, esos mismos días comencé a recopilar datos sobre la historia de Joseph Ratzinger y Jorge Mario Bergoglio. Rebusqué en sus obras hasta dar con lo que habían dicho el uno sobre el otro antes y después de convertirse en sucesores de Pedro. Buceé en antiguos artículos, crónicas y entrevistas, tratando de destilar tanto coincidencias como diferencias. Retomé los reportajes de los hitos de sus pontificados, incluida la renuncia de Benedicto, sus grandes viajes, sus ceremonias más significativas. Y así, paso a paso, elaboré un primer cuestionario para el día en que pudiera hacer las preguntas.

Pasaron los meses y, cada vez que me cruzaba con el papa, le proponía de nuevo esa entrevista. Él no decía que no, pero me invitaba a tener paciencia. Hasta que en julio de 2023 recibí una llamada suya.

—Javier, he visto de nuevo tu propuesta... Estoy disponible. Vamos adelante, acepto esa entrevista. Te espero en Casa Santa Marta el 21 de julio a las cuatro de la tarde, si te viene bien.

Antes de colgar, le pregunté si deseaba revisar de antemano el cuestionario de, al menos, cincuenta preguntas que había preparado.

—Tú tráelas el viernes 21 y luego decidimos.

No quiso verlas y las respondió todas.

Wagner

El 21 de julio de 2023 coincide con uno de los días más calurosos del año en la Ciudad Eterna. El fenómeno meteorológico Apocalipsis 4800 está azotando el sur de Europa. En Roma, las autoridades habían avisado del «calor y bochorno» provocado por temperaturas de hasta 36 grados.

Miro la previsión del tiempo en mi móvil y me aterra la posibilidad de presentarme a las cuatro de la tarde empapado en sudor en Casa Santa Marta, la residencia del papa Francisco en el Vaticano. Decido esperar hasta el último minuto para anudarme la corbata y ponerme la chaqueta. Además, paso por una heladería romana para llevarle al papa *gelatto italiano,* hecho pocas horas antes.

Hay poco tráfico a esa hora y en diez minutos estoy ya aparcando el escúter junto a una de las entradas del Estado de la Ciudad del Vaticano, la *porta del Perugino.* «Tengo una cita con el papa en Santa Marta», explico a los gendarmes al entregarles mi carné de identidad. Espero unos minutos mientras hacen varias llamadas para cerciorarse. «Adelante, puede pasar», me dice uno de ellos. Camino unos pasos bajo el sol, deslumbrado por la cúpula de San Pedro, que las tardes de julio luce más blanca de lo habitual.

Llego demasiado pronto a la residencia papal. «La cita es a las cuatro, pero me he presentado veinte minutos antes porque no quería hacerle esperar», me justifico mientras me acompañan los guardias a una sala de visitas. Cierran la puerta con cortesía y me dejan dentro esperando. Un poco más tarde, escucho unos pasos que se acercan a la estancia y enciendo una grabadora. Alguien llama con delicadeza a la puerta dos o tres veces y la abre. No es el papa, sino un guardia suizo vestido de paisano. «¿Puede venir conmigo?», solicita educadamente con acento alemán.

Subimos dos pisos en el ascensor y las puertas se abren en la planta del apartamento del papa. Un guardia suizo, de uniforme, custodia la entrada a sus habitaciones. De allí sale a mi encuentro con gran cordialidad Piergiorgio Zanetti, uno de los asistentes de Francisco. «¿Cómo estás?», me pregunta en español y en voz baja mientras me abre paso. «Muy bien... Traigo helado, acabo de comprarlo», me excuso mostrándole la bolsa. «Enséñaselo al papa y luego lo llevo yo a un congelador», me dice.

Desde el umbral, veo que el papa ya me está esperando. Sonríe, de pie, ante un pequeño sillón. «¿Cómo andás?», me saluda quieto, invitándome a entrar.

El salón donde nos encontramos es más bien pequeño, el espacio justo para una mesa baja y seis sillas. Es también el sitio de paso hacia cuatro puertas internas. Solo está abierta una de ellas y dentro se ve el despacho del pontífice. Hay pocos objetos que distraigan la atención en esta sala. Recuerdo una imagen de san José, una escultura de unas manos, una mesa baja, cinco o seis sillas... Aprieto el paso y tiendo la mano hacia el papa.

—¡Qué alegría verlo! Le he traído helado y unos CD de música...

—¡Vaya! Pero no tendrías que haber traído nada... La próxima vez ven con las manos vacías.

El papa se sienta. Mientras, entrego el helado a Piergiorgio, que abandona la habitación cerrando la puerta. Nos quedamos solos.

—Santo padre, siento interrumpirle las vacaciones y traerle trabajo.

—Estas vacaciones estoy trabajando más que nunca. Se me acumuló mucha tarea con el asunto de la operación.

Se refiere a la intervención quirúrgica que le hicieron seis semanas antes, el miércoles 7 de junio de 2023, para resolver una hernia. Mientras hablamos, entrego al papa dos paquetes con los CD y él empieza a abrirlos.

—Le he comprado estos CD en la tienda de discos donde le descubrí, la que hay al lado del Panteón de Roma.[1]

—¡Ah! ¿Estaba la señora Leticia?

—Cuando yo fui estaba solo la hija.

—También la madre es genial. Conozco a esa familia desde hace años, porque, cuando yo venía a Roma, compraba ahí algunos regalos de Navidad. Ellas los envolvían y yo ponía el nombre en los paquetes... Oh... Vaya. Me has traído un disco de Wagner. Gracias, es lo mejor.

—Son unas grabaciones antiguas. Me decían que es el estilo que a usted le gusta.

—Es de 1953. Me gusta, me gusta... Birgit Nilsson para Wagner. A mí me gusta más la Kirsten Flagstad. La Nilsson vino a Buenos Aires a hacer *Turandot*... ¿Conocés esa historia?

—No, no la conozco...

—Presentaron al director Fernando Previtali tres sopranos para interpretar el personaje de Liú y él tenía ya una preferida entre ellas. Pero el problema fue que a la protagonista, a Birgit Nilsson, le gustó otra. Por eso, ella le dijo: «Si usted se queda con la que ha elegido, tendrá que buscarse también a otra soprano que haga de Turandot, porque yo me voy». Previtali no tuvo opción y tuvo que obedecer y hacerle caso, aunque no fuera la que él quería. ¿Y sabés quién era la que Nilsson señaló?

—No...

—Era Montserrat Caballé.

—¡Montserrat Caballé!

—Ahí fue donde empezó la carrera de Montserrat Caballé. A la Nilsson le gustó mucho el *fiato* de la voz de Montserrat Caballé... Cuando canta *Signore, ascolta!,* ella baja, baja, baja... Montserrat Caballé le debe a ella aquel inicio de su carrera. Te agradezco mucho estos CD, pero no te pongás a regalarme cosas. Aquí ven siempre con las manos vacías.

Mientras el papa habla, dispongo encima de la mesa tres grabadoras y me aseguro de que están grabando. En la habitación hace un poco de calor, pues el aire acondicionado está encendido a muy baja potencia. Me abanico con los folios de las preguntas y parece que el papa me lee el pensamiento. «Si tenés calor, quitate la chaqueta», me invita. «No, no», declino. «Bueno, bueno, empieza a preguntar. Preguntá, preguntá», me desafía con su acento

argentino.

Libertad

El papa comienza la entrevista respondiendo con la voz, pero le toman la delantera con rapidez sus ojos y también sus manos. No hay cuestiones prohibidas ni vetos durante nuestro diálogo y Francisco completa todo el cuestionario de un tirón, en menos de dos horas. «Tranquilo, preguntá, preguntá», insiste cuando intuye que me puedo estar mordiendo la lengua.

Si una pregunta le parece importante, se incorpora en su asiento y se pone casi al borde. Otras veces, también abre un poco los brazos, extiende las manos y mueve los dedos mientras habla. «Esto quiero que lo subrayes», dice. También repite algunas palabras clave sobre Benedicto: «gentileza», «nobleza», «bondad». O las subraya con un gesto de hombros, con una especie de suspiro o con una risa que desdramatiza.

Es rápido, no se va por las ramas. Además, tiene el inesperado talento de imitar los gestos de las personas de las que habla. Responde en un español salpicado de términos en italiano y alemán. Cuando usa argentinismos, me pregunta: «¿Sabés lo que significa?», y lo aclara para prevenir equívocos. No se refiere al papa emérito por su apellido, Ratzinger, sino por su nombre, Benedicto.

Me corrige algún término eclesiástico:

«Es más correcto decir “cardenal Bergoglio” que “cardenal Jorge Mario Bergoglio”», explica. «Voy a buscar algo de material que quizá te puede ser útil», promete. «Podrías hablar con este o este otro, que conoce bien lo que ocurrió», propone. «Es una entrevista importante, mantuvimos una relación muy profunda y quiero que se sepa, quiero que se conozca sin intermediarios», asegura.

* * *

Cuando le propuse esta entrevista, sus primeras palabras fueron ya un resumen de los casi diez años de convivencia entre los dos papas: «Para mí Benedicto fue un padre, ¡con qué delicadeza me acompañó en este camino!».

Y es verdad… Es un hombre que, al principio, venía acá a comer conmigo. Venía acá o yo iba a comer con él al monasterio. Su cocinera hacía unos bifes argentinos bien jugosos; con demasiada pimienta, pero muy buenos. En los primeros consistorios, él estaba presente, me acompañó hasta en eso. Él venía a las ceremonias. Pero después, lentamente, se fue enfermando y se fue clausurando, y ya no podía salir de su residencia.

Usted lo describió con tres expresiones que considero muy significativas: «padre», «delicadeza», «me acompañó». ¿En qué sentido Benedicto XVI fue un «padre» para usted?

Me dejó crecer, me dio paciencia. Y, si no veía clara alguna cosa, pensaba tres o cuatro veces antes de decírmelo. Me dejó crecer y me dio libertad para tomar decisiones.

Ese «dar libertad» es un rasgo de los gigantes de la historia. Entiendo que usted no se sintió coartado ni presionado por el papa emérito.

Daba libertad, nunca se entrometió. Por ahí, en una ocasión en que hubo una decisión que no entendía, me preguntó al respecto con mucha naturalidad. Me dijo: «Mire, yo no entiendo esto, pero la decisión está en sus manos», y yo le expliqué los motivos y quedó contento.

¿Benedicto se opuso a alguna de sus decisiones?

Él nunca me quitó el apoyo. Quizá hubo alguna cosa que hice con la que él no estaba de acuerdo, pero nunca lo dijo. Actuaba como diciéndome: «Lo apoyo. Quizá no lo entiendo, pero lo apoyo».

Usted mencionaba también que Benedicto le trató estos años con gran «delicadeza».

No permitió que se hablara mal de mí si no se aclaraban las

cosas. Luego te contaré despacio una vez en la que fueron a solicitarle casi que me procesara. Fue cuando hablé de las «uniones civiles» para personas homosexuales.

Si le parece, comentemos antes la tercera expresión que usted utilizó. Dice que el papa emérito lo «acompañó» a lo largo de estos años. ¿En qué sentido?

Rezaba conmigo. Cuando iba a verlo –iba siempre por Navidad y por Pascua o en alguna otra ocasión–, le brillaban los ojos y rezaba por mí. La última vez que nos vimos, unos días antes de su fallecimiento, ya no tenía fuerzas para hablar. En ese momento no estaba su secretario, Georg Gänswein, que era quien sabía leerle los labios. Pero creeme que, aunque no logró articular palabra, su gesto era tan expresivo, tan bondadoso, que fue suficiente para expresarlo todo.

También en la entrevista con el diario *ABC* de diciembre de 2022, pocos días antes de su fallecimiento, dijo que le impresionaba cómo miraba Benedicto XVI.[1]

Miraba más allá, ciertamente. Eran unos ojos preciosos, brillantes. Ojos con grandes horizontes. Vos ves personas que saben mirar y personas que son *cerraditas,* que miran solo el detalle. Él era un grande. Esos ojos a mí siempre me daban esperanza. Además, eran ojos alegres. Siempre encontraba el chiste... Tenía un gran sentido del humor.

¿Se acuerda de alguna broma de Benedicto?

No, no me acuerdo en este momento de ninguna broma concreta, pero sí del buen humor durante los encuentros que mantuvimos. Yo siempre salía de ellos muy alegre.

¿Qué veían los ojos de Benedicto?

Creo que no era ningún ingenuo. Veía la situación actual, iluminada por su experiencia. A mí esos ojos me recordaban a la contemplación de los místicos.

Y después del fallecimiento de Benedicto, ¿usted ha cambiado algo en su modo de vivir o de ejercer el papado?

No, seguí exactamente igual. Siempre recordándolo.

II
De Ratzinger y Bergoglio a «dos papas»

«Un gran teólogo»

¿Recuerda cómo conoció al cardenal Joseph Ratzinger?

Como muchos, primero conocí sus reflexiones teológicas. Me encantaba leer las cosas que publicaba en la revista *Communio.* Por lo que recuerdo, yo siempre leía los artículos que él firmaba en las publicaciones que recibíamos. Eran textos muy profundos.

¿Cómo era percibido Ratzinger por aquel entonces en Argentina?

Como un gran teólogo. Siempre me ha llamado la atención que fue uno de los primeros que en el Concilio Vaticano II puso los puntos sobre las íes para lograr la reforma. Fue un gran teólogo. Como tendemos a no valorar lo que tenemos en casa, a veces algunos olvidan la altura de su teología.

Intuyo que la relación personal entre ustedes comenzó mucho más tarde, después de 1998, cuando lo nombraron arzobispo de Buenos Aires y, más adelante, cardenal.

Le confieso que, cada vez que venía a Roma, iba a visitarlo a la Congregación para la Doctrina de la Fe. Y él se mostraba contento, te recibía muy bien, como un caballero. En mi relación con él era muy libre. Le pedí ayuda en una cuestión de un nombramiento y hablamos también sobre cuestiones de abusos. Me di cuenta de que él estaba totalmente en línea.

¿Me puede detallar alguna de esas cuestiones en las que le pidió ayuda?

Se estaba considerando un nombramiento muy difícil en un determinado lugar del mundo que prefiero no especificar. Yo tenía algo que ver, pues conocía un poco la situación, y veía algunas pegas con la solución que se estaba poniendo en marcha, pero no me animaba a escribir a la Congregación para los Obispos.[1]Decidí entonces enviar una carta reservada al cardenal Joseph Ratzinger.

Le dije: «Mire, con usted tengo confianza, acá hay un problema grave», y le aporté las pruebas. Él se activó inmediatamente y se movilizó. Sé que habló con el nuncio de aquel lugar, que le explicó bien la situación, y el nuncio impidió ese nombramiento. Creo que esto te lo describe.

¿Qué es lo que le llamaba la atención de su modo de trabajar?

A mí me gusta recordarlo como un hombre valiente. No fui testigo de lo que voy a contarte, pero me lo relataron. Se hizo en la Secretaría de Estado una reunión para afrontar la cuestión del fundador de los Legionarios de Cristo, Marcial Maciel, que había sido acusado de ciertos abusos. Ratzinger solicitó a su secretario que buscara la carpeta con el dosier sobre Maciel, pues contenía elementos importantes. La recibió y fue a la reunión. Cuando regresó, devolvió la carpeta a ese secretario. Le dijo: «Llévala de nuevo al archivo, que ganó la otra parte».

Significa que archivaron la investigación sobre esas denuncias...

Pero significa también que el cardenal Ratzinger no aparcó el caso ni lo dejó pasar. Buscó el momento adecuado y, años más tarde, ya como papa, lo primero que hizo fue afrontar esa cuestión y hacer limpieza. Era un luchador que no tiraba la toalla, que no se rendía hasta que terminaba lo que consideraba justo.[2]

Hacer frente a los abusos fue su tarea más dura como prefecto y más tarde como papa.[3]

Pienso que empezó a hacer limpieza y que actuó con coraje. Además de la cuestión de los Legionarios de Cristo, se ocupó de la rama masculina de una congregación religiosa francesa, la Communauté Saint-Jean. Estudió disolverla, pues el fundador hablaba de la gloria de la Resurrección, de la carne resucitada, y con eso llevaba a las monjas a la cama... Fue un caso también de corrupción y de abuso de poder. Benedicto no tuvo tiempo de afrontar la situación de la rama femenina y me tocó a mí cerrar esa parte del caso.

Imagino que trabajaría más estrechamente con Ratzinger durante el sínodo de 2001, sobre los obispos, pues a usted le

tocó ser relator.

De aquel periodo no tengo ningún recuerdo particular del cardenal Joseph Ratzinger. El sínodo fue en octubre de 2001. El relator general era el entonces arzobispo de Nueva York, el cardenal Edward Egan, pero solicitó permiso al papa para regresar a su ciudad, que seguía bajo *shock* por el atentado contra las Torres Gemelas del 11 de septiembre, menos de un mes antes. Entonces, el cardenal Jan Pieter Schotte, que era el secretario del sínodo, me preguntó de parte de Juan Pablo II si yo podía sustituirlo como «relator adjunto». Acepté, pero lo cierto es que estaba muerto de miedo.

¿Por qué dice que estaba muerto de miedo?

Ponte en mi lugar. Llegué al sínodo prácticamente recién nombrado cardenal y un día ese purpurado belga me pide una cosa de parte del papa.[4]Menos mal que estaba Marcello Semeraro, que era el secretario de la reunión sinodal, y que me ayudaba, ¡gracias a Dios![5]Para hacer el documento que salió, intenté reflejar todo lo que se habló en los grupos de trabajo.

Supongo que ese año pasó muchas semanas seguidas en Roma.

No sé si fue durante ese sínodo, pero algunas veces me crucé en la plaza de San Pedro con el cardenal Ratzinger. Lo recuerdo por esa zona, caminando hacia su casa con una boina y rodeado de gatos. Yo creo que conocía el lenguaje de los gatos, era impresionante. Les hablaba, lo entendían y lo seguían.

Cónclave

El 2 de abril de 2005, a las 21:37, fallece Juan Pablo II tras un pontificado de casi veintisiete años. Enseguida, para elegir un nuevo sucesor de Pedro, viajan a Roma ciento quince cardenales, entre ellos, también usted. ¿Qué anécdotas conserva de aquel cónclave?[1]

Recuerdo que, cuando concluyó, fui a cenar con un sacerdote argentino a un restaurante que estaba cerca de donde me alojaba en Roma, en Via della Scrofa. La dueña estaba embarazada, ahora el chico que nació tiene más de dieciocho años. Los llamo todos los años para el cumpleaños. Nos hicimos amigos en esa cena. Todos los años vienen a verme. Son curiosas esas amistades que quedan. Ahora tienen el restaurante en la plaza del Panteón.

¿Cómo se conocieron?

Mientras nos servían la cena, me pidieron que les contara el cónclave. Pero fue porque el cura argentino que me acompañaba les dijo: «Este casi sale elegido papa». Aunque eso es mentira.

Pues yo también pensaba que usted estuvo a punto de resultar elegido en ese cónclave.

En ese cónclave –el dato es conocido–, a mí me usaron. Antes de continuar, te digo una cosa. Los cardenales juran no revelar lo que sucede en el cónclave, pero los papas tienen licencia para contarlo.

Entendido. Gracias por la aclaración.

Sucedió que yo llegué a tener cuarenta de los ciento quince votos en la Capilla Sixtina. Eran suficientes para frenar la candidatura del cardenal Joseph Ratzinger, porque, si me hubieran seguido votando, él no habría podido alcanzar los dos tercios necesarios para ser elegido papa.

¿No habrían podido elegirlo a usted?

Esa no era la idea de quienes estaban detrás de los votos. La maniobra consistía en poner mi nombre, bloquear la elección de Ratzinger y después negociar un tercer candidato diferente. Me contaron, más tarde, que no querían a un papa «extranjero».

La maniobra era una carambola.

Fue una maniobra en toda regla. La idea era bloquear la elección del cardenal Joseph Ratzinger. Me usaban a mí, pero detrás ya estaban pensando en proponer a otro cardenal. Todavía no estaban de acuerdo sobre quién, pero ya estaban a punto de lanzar un nombre.

¿Cuándo sucedió?

El cónclave empezó el lunes 18 de abril de 2005. La primera votación fue por la tarde. Aquella operación fue en la segunda o tercera votación, el martes 19 por la mañana. Cuando me di cuenta por la tarde, le dije a un cardenal latinoamericano, el colombiano Darío Castrillón: «No embromen con mi candidatura, porque ahora mismo voy a decir que no voy a aceptar, ¿eh? Dejame ahí». Y ahí ya salió elegido Benedicto.

¿Qué le pareció que eligieran papa al cardenal Joseph Ratzinger?

Era mi candidato.

¿Por qué lo votó?

Era el único que en ese momento podía ser papa. Después de la revolución de Juan Pablo II, que había sido un pontífice dinámico, muy activo, con iniciativa, que viajaba... hacía falta un papa que mantuviera un sano equilibrio, un papa de transición.

Ahora recuerdo que, en su primera rueda de prensa, durante el vuelo papal de regreso de Río de Janeiro, usted dijo que se alegró mucho de que Joseph Ratzinger fuera elegido papa.

Y es verdad. Si hubieran elegido a uno como yo, que hace mucho lío, no habría podido hacer nada. En aquel momento, no habría sido posible. Yo salí contento. Benedicto XVI fue un hombre que acompañó el nuevo estilo. Y no le fue fácil, ¿eh? Encontró mucha resistencia dentro del Vaticano.

¿Qué estaba diciendo el Espíritu Santo a la Iglesia con ese

nuevo papa?

Con la elección de Joseph Ratzinger estaba diciendo: «Aquí mando yo. No hay espacio para maniobras».

Benedicto XVI

En Europa, a veces la impresión era que los medios de comunicación no amaban a Benedicto XVI. ¿Qué imagen de él llegaba a Argentina durante su pontificado?

Un poco la misma que salía en los medios de comunicación en Europa. Claro, es que veníamos de un papa como Juan Pablo II, que tenía un carisma enorme, y llegó este hombre sencillo, con su carisma pausado, sin prisa, tranquilo.

¿Cuándo volvió a ver al papa, después de las ceremonias de inicio de pontificado?

En julio de 2006 yo viajé a Valencia, a España, para participar en el Encuentro Mundial de las Familias, que clausuró Benedicto XVI.[1]Había pasado más de un año desde el cónclave y me impresionó que el papa me vio y se bajó del auto solo para poder saludarme. ¡Fue muy amable conmigo! No me lo esperaba.

¿Cómo era su trato personal?

Me trataba con gentileza, con una gran gentileza... Te pido que subrayes esa palabra, «gentileza». Fue un hombre gentil.

Benedicto XVI viajó a Brasil en mayo de 2007 para inaugurar la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, en la que usted presidía la comisión de redacción del documento final. ¿Hubo algún consejo del papa durante el tiempo que estuvo con ustedes que lo ayudara de forma especial?

Antes de ese viaje ocurrió algo.

¿De qué se trata?

Había una gran resistencia en la curia vaticana a que Benedicto inaugurara o clausurara esa Conferencia de Aparecida. Desde fuera, teníamos la impresión de que la curia había sellado la cuestión y no había nada que hacer. Me lo confirmó durante un

sínodo en Roma el cardenal chileno Francisco Javier Errázuriz: «Mirá, el papa está así. ¿Qué te parece si vamos vos, Cláudio Hummes y yo a hablarle personalmente?». Yo acepté inmediatamente.

Y solicitaron audiencia.

Errázuriz, muy vivo, pidió una audiencia urgente y Benedicto aceptó y nos recibió a los tres juntos: un chileno, un brasileño y un argentino.[2]Le explicamos nuestros planes con la Conferencia de Aparecida, cómo iban los preparativos y el significado de la reunión para todo el continente. Luego, Errázuriz lo apretó con confianza: «Usted tiene que venir». «Sí que me gustaría ir, sí», respondió Benedicto. Y seguimos hablando. Luego, volvió a la carga. «¿Pero usted va a venir o no?», le insistió. «Bueno, yo quisiera ir», respondió Benedicto. Hablando con nosotros fue como si se sintiera apoyado para ir.

Entiendo que prefería darles a ustedes una respuesta abierta por temor a quienes en la curia lo estaban presionando para que no inaugurara la conferencia, preocupados por las conclusiones del encuentro.

Lo tenían apretado acá para que no fuera… Cuando le explicamos nuestra idea para la conferencia y por qué era importante que estuviera con todos los participantes, aceptó convencido. «Entonces, viene, ¿no?», le dijo uno de nosotros. «Sí, sí, sí», respondió. «¿Y lo podemos decir?», le preguntamos. «Sí, díganlo si quieren», nos respondió. Y Errázuriz, que era tremendo, a la salida, dijo: «Ahora mismo lo hacemos público». Por eso volvimos a la sala del sínodo y comunicamos a los medios que el papa había decidido ir a Aparecida. La decisión provocó un enfado enorme en la curia, pero como la decisión del papa Benedicto era pública, ya no podían hacer nada.

Pues cuando estuvo con ustedes en Brasil, a Benedicto XVI se lo veía feliz.

Pasó mucho tiempo en Aparecida, durmió allí dos días.[3]Le cuento una anécdota. Como conocía su alma bávara, el cardenal Raymundo Damasceno, que entonces era el obispo de Aparecida, le sirvió para la cena una cerveza brasileña muy buena. Dicen que a

Benedicto le hizo gracia el detalle «familiar» y que disfrutó mucho.[4]

Fue también un viaje muy intenso. Recuerdo la misa multitudinaria en la explanada del santuario y la reunión con ustedes en una de las aulas.

En esa reunión, en el discurso dirigido a los obispos de Latinoamérica, Benedicto habló mucho y, sobre todo, abrió mucho, abrió muchas puertas. Luego, antes de marcharse, saludó uno a uno a todos los participantes.[5]También rezó mucho y peregrinó al antiguo santuario de la Virgen.

Usted mencionaba antes las dificultades que Benedicto XVI encontró en la curia vaticana. En los últimos años de su pontificado, durante una conversación informal, un cardenal me confió: «Estoy intentando hablar con el papa, pero no lo consigo, es muy difícil tener acceso a él». Muchos teníamos la impresión de que el papa Benedicto estaba algo aislado. ¿Tuvo también usted esa impresión en algún momento?

Mirá, Benedicto era un hombre de gran mansedumbre. En algunos casos, ciertas personas se aprovecharon, quizá sin mala intención, y limitaron sus movimientos. Lamentablemente, de alguna manera, lo fueron cercando. Era un hombre muy delicado, pero no débil, era fuerte. Pero ahí, consigo mismo, era humilde y prefería no imponerse. Así que sufrió bastante.

Y nosotros lo veíamos.

Hay un episodio que se cuenta que muestra esa mansedumbre. El papa era muy amigo de su antiguo secretario, Josef Clemens. Algunos domingos, a eso de las cinco de la tarde, se iba a casa de Clemens, quien le preparaba la cena... Dicen que cocina muy bien. Allí los dos charlaban, cenaban juntos, etcétera. Y a eso de las ocho se acababa el encuentro y Benedicto regresaba a su casa. Con una u otra excusa, se dejaron de hacer esas cenas. Al punto que, un domingo, Benedicto llamó por teléfono a Clemens y le dijo: «Ahora te puedo llamar, porque salió don Georg». Es como si, para no ofender a sus colaboradores, evitara hasta llamar por teléfono.

También fuera del Vaticano Benedicto arrastraba menos

multitudes que Juan Pablo II. ¿Usted considera que fue un papa incomprendido?

Todos los papas tienen su dimensión de incomprendido. A Juan Pablo II un grupo de la curia le hizo la vida imposible. Pienso que, en el caso de Benedicto, no entendían esa libertad interior que él tenía.

¿Y qué decía en aquellos años Benedicto XVI del cardenal Jorge Mario Bergoglio?

Esto lo sé porque me lo contó un testigo. En la curia también había algunas personas que estaban contra mí de un modo un poco exagerado. Por ejemplo, en la Congregación para los Obispos. No pienses que me refiero al prefecto, para nada, era por parte de oficiales intermedios. El caso es que algunos habían armado una historia para que el papa aceptara mi renuncia como arzobispo de Buenos Aires en cuanto yo cumpliera los setenta y cinco años.

¿Pero qué les había hecho usted?

Sus motivos tendrían. [Francisco se ríe al responder, quizá para desdramatizar, pero mi impresión es que no bromea.]

¿Cómo se movieron?

Era el año 2011. El papa no lo sabía, pero ya estaba todo muy armado e incluso tenían el nombre del nuevo arzobispo de Buenos Aires que me habría sustituido. El caso es que, como es preceptivo, yo envié mi renuncia al Vaticano y el cardenal Marc Ouellet, que era el prefecto de esa congregación, llevó el acta al papa.[6]

Y ahí entró en escena Benedicto.

Parece que, cuando el cardenal se la entregó, él la tomó en la mano y la sacudió. [Mientras responde, Francisco toma los apuntes que yo había apoyado encima de la mesa y los agita.] «Yo no sé por qué tiene aquí tantos enemigos el cardenal Bergoglio», dijo Benedicto. El cardenal Ouellet le dio una respuesta de circunstancias: «Bueno, bueno, ahora cumple setenta y cinco años, por eso renuncia…». Entonces, el papa le devolvió el acta. «No, no. Prorroguemos dos años, que Bergoglio se quede como arzobispo otros dos años más». Viví esa decisión como una demostración de confianza en mí que agradecí mucho.

Por lo visto, había otros en el Vaticano que también

confiaban en usted, pues un año y pico más tarde lo eligieron papa.

Entré en el cónclave y terminé como terminé, que no digo que fuera bien ni mal. Lo que quiero decir es que Ratzinger, como cardenal, y luego como papa, fue un hombre que actuaba con gran libertad respecto a mí.

Sobre este asunto de la libertad, recuerdo que usted cita a menudo una idea de Benedicto que es muy interesante, cuando dice que no podemos reducir la Iglesia a un catálogo de prohibiciones.[7] **Sin embargo, hay católicos que siguen empeñados en hacerlo**.

Hay gente que reduce la Iglesia a una institución preceptiva: «Esto se puede, esto no se puede». O «hasta dónde se puede y hasta dónde no se puede». Esa «moralina», que es muy grave, a mí me tocó vivirla de adolescente. Presentaban la moral como algo no integrado en la vida. Pasaba en otros ámbitos de la vida de fe. Por ejemplo, cuando yo era chico, en la ceremonia del Sábado Santo se leían once o doce lecturas bíblicas en latín de las que nadie entendía nada. La gente iba solo para ver cuándo se caía el telón en la ceremonia y se perdía lo más importante.[8]

Hay otra idea de Benedicto que usted repite a menudo: que la Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción.[9]

Él dejó muy claro que la Iglesia no es un club que busca socios; que la Iglesia es otra cosa, no es una organización proselitista. Y, de alguna manera, con este principio descalificó también todo el trabajo de ciertas sectas que no se mueven para ayudar a las personas, sino para conseguir nuevos adeptos.

¿Piensa que Benedicto fue un papa conservador?

Fue un papa que vivió la vida de la Iglesia. ¿La Iglesia es conservadora? La Iglesia está viva, es un flujo que va creciendo. Te aconsejo que leas las obras del cardenal Ratzinger para entenderlo, o incluso lo que escribió años antes, cuando era perito en el Concilio Vaticano II. Fue un *enfant prodige,* un niño prodigio que iba por delante, nadie lo consideraba conservador.

Todos coinciden en que Benedicto fue un gran teólogo. ¿Puede ser que esta faceta lo convirtiera en una persona

«teórica», en un académico alejado de la vida cotidiana de las personas?

No, no. Era un pastor auténtico. Esa elegancia que él tenía no era una elegancia sofisticada. Era la elegancia del pastor. Era una persona con una actitud siempre muy pastoral.

¿Hay alguna obra de Benedicto XVI que a usted lo ayude especialmente en su vida de fe?

Sin dudarlo, los tres tomos que escribió sobre la vida de Jesús de Nazaret.[10]Esa obra es una fortuna.

¿Cuáles son los mayores motivos de agradecimiento de la Iglesia a Benedicto XVI?

En mi opinión, el principal es su teología abierta. No solo la del final de su vida, también la que publicaba en *Communio*. Ahí puntualizaba con gran agudeza cuestiones teológicas y luego abría caminos, abría caminos.

¿Por ejemplo?

Quiero decir que no abría solo caminos teológicos, también caminos de contemplación. Basta leer ese tríptico sobre la vida de Cristo para intuir la vida contemplativa que se cela detrás. Hacía teología seria y de rodillas.

¿Fue Benedicto XVI un papa diferente?

Lo mismo se podría decir de Pablo VI, que abrió una nueva fase de la historia de los papas, y también de Juan Pablo II, un polaco que revolucionó todo, que viajó y viajó y viajó para predicar el Evangelio en todas las naciones. Te diría que cada papa configura el pontificado con su estilo. Esa es la riqueza de la Iglesia, que no hay un manual para ser papa, sino que cada obispo de Roma, según su carisma, según su vida interior, va creando un estilo.

¿Qué decisión de Benedicto ha tenido mayor impacto?

No sabría decirte. A corto plazo, sin duda, su renuncia.

La renuncia

¿Cómo se enteró usted de que Benedicto XVI había renunciado al pontificado?

Veamos, era el 11 de febrero de 2013 por la mañana. En el Vaticano era casi mediodía, pero en Buenos Aires era todavía temprano. Yo ya estaba despierto y por eso me enteré pocos minutos después de que el papa lo comunicara, pues me llamó por teléfono un periodista amigo mío desde Roma. Recuerdo que me dijo: «El papa acaba de presentar su renuncia, después te llamo y te cuento lo que vayan explicando». Se lo agradecí mucho. Al rato dieron la noticia en Argentina y ya a partir de ahí la seguí por los medios. Mi amigo me volvió a llamar dos o tres horas más tarde y me contó algún otro detalle de lo ocurrido.

¿Y usted cómo reaccionó?

Hace poco vi lo que entonces declaré ese mismo día, en caliente, a la agencia ANSA Latina. Dije esto, entre otras cosas: «Creo que se trata de una decisión muy pensada delante de Dios y muy responsable por parte de un hombre que no quiere equivocarse él o dejar la decisión en manos de otros». Así lo vi.

Benedicto fijó el inicio de la sede vacante en las ocho de la tarde del 28 de febrero.

Me organicé para viajar al Vaticano después de esa fecha, pues las reuniones previas al cónclave no empezarían inmediatamente. Saqué boletos de avión para el 1 o 2 de marzo, porque me dije: «Aquí hay mucho que hacer y van a tardar en comenzar las plenarias de cardenales...». Pero aquel periodista me volvió a llamar y, cuando le expliqué mis planes, me desafió: «¡Pero bueno! ¿No vas a estar en la despedida?», me dijo.

Se refería al encuentro que Benedicto XVI convocó la mañana del 28 de febrero para despedirse de los cardenales,

¿verdad?

Así es. Cuando le respondí que no había caído en la cuenta, me dijo de todo. Fue muy valiente... Y esa misma tarde fui otra vez a la oficina de Aerolíneas Argentinas en Buenos Aires. Entré, me senté, saqué mi *billetito* de la cartera y esperé mi turno. Cuando llevaba así cuarenta minutos, entró el director, me vio y me preguntó: «¿Pero qué hacés...?». «No, es que vengo a cambiar el billete», le expliqué. Y tuve suerte, porque al cambiarlo gané ciento diez dólares. Me dieron un vuelo más barato.

La verdad es que a usted razón no le faltaba, pues la primera «congregación general» de la sede vacante no se convocó hasta el día 4 de marzo y pasaron tres días de brazos cruzados en Roma.

La cosa es que adelanté el viaje porque ese periodista, que es un buen amigo, me retó. Me dijo: «Usted tiene que estar en la despedida de Benedicto».

¿Cuándo llegó a Roma?

Llegué el miércoles 27 de febrero por la tarde. Recuerdo que en el aeropuerto de Fiumicino me crucé con varios cardenales: Gaudencio Rosales, arzobispo emérito de Manila (Filipinas), Odilo Scherer, arzobispo de São Paulo (Brasil), y el actual proprefecto del Dicasterio para la Evangelización, Luis Antonio Tagle. Los dos primeros vestían de *clergyman* estricto. Yo también. Pero monseñor Tagle iba con *jeans* y remera.

Iba de incógnito.

Al día siguiente, cuando entré en la Sala Clementina para despedirnos del papa Benedicto, allí estaba el cardenal Tagle ya vestido de púrpura, y le dije: «¿Vos sabés que ayer en el aeropuerto encontré a uno muy parecido a ti, vestido con *jeans*?». Le gustan las bromas...

¿Cómo fue la despedida de Benedicto?

Me alegré de haber llegado a tiempo para ese momento. Ahí Benedicto XVI se apartó del discurso que llevaba preparado y dijo una cosa muy linda: «Entre vosotros, en el Colegio de Cardenales, está también el futuro papa, al cual desde hoy prometo mi incondicionada reverencia y obediencia». Y lo cumplió. De eso doy

fe.

Cuando escuché esas palabras de Benedicto me parecieron un adelanto del rito de obediencia que hacen los cardenales al nuevo papa durante la misa de inicio de pontificado. Por cierto, durante ese encuentro también se despidió personalmente de cada uno de ustedes. ¿Qué se dijeron?

Ahora no recuerdo sus palabras exactas, pero sí que me dio las gracias y me habló con una cortesía muy linda. Me impresionó también que nos escuchó y conversó con cada uno.

Repasando los últimos discursos de Benedicto XVI, desde que anunció su renuncia hasta que esta entró en vigor, en prácticamente todos pide oraciones por su sucesor.

Él creía en la cadena sucesoria, creía en la cadena. Creía en la sucesión apostólica.

Otro cónclave

***Extra omnes*, «fuera todos los demás». Con esas palabras pronunciadas en latín, el 12 de marzo de 2013, el maestro de ceremonias Guido Marini cerró desde dentro las puertas de la Capilla Sixtina y, de nuevo, ciento quince cardenales se quedaron a solas para comenzar a votar. ¿Cuándo se dio cuenta de que usted iba a ser el próximo sucesor de san Pedro?**

Te confieso que no me di cuenta hasta que la cuestión estaba ya muy avanzada. Recibí algunos votos en el primer escrutinio, el del 12 de marzo por la tarde, y recibí muchos votos en los escrutinios de la mañana siguiente, el día 13. Pero los interpreté solo como «votos de depósito».

Recordemos cómo funciona el cónclave. Es un mecanismo diseñado para asegurar que el nuevo papa tiene amplio consenso. Por eso, necesita reunir dos tercios más uno de los votos, que en este caso eran, al menos, setenta y siete de los ciento quince. ¿Qué recuerdos tiene de aquel 13 de marzo?

Recuerdo que algunos se acercaban para hablar con el cardenal Angelo Scola y le preguntaban algo. Luego supe que este les había indicado: «Voten por Bergoglio».[1]

¿Y usted no se daba cuenta?

Nada. Antes del almuerzo fui a ver al cardenal Jaime Ortega, de La Habana, que me había pedido una copia del discurso que hice en las reuniones previas al cónclave. Yo estaba viviendo en esa misma planta, el segundo piso de Casa Santa Marta, y él vivía en el quinto. Le llevé un resumen escrito a mano de lo que había dicho. Cuando se lo entregué, se lo guardó y me dijo: «Me llevo un recuerdo del papa». Pero te aseguro que yo no lo entendí, no caí en la cuenta de lo que estaba diciendo.

¿A qué discurso se refiere?

Era el guion de mi intervención del 9 de marzo de 2013, durante la plenaria de cardenales antes del cónclave, en la que estábamos intercambiando impresiones sobre cómo debía ser el próximo papa.

Se dice que cada cardenal tenía a su disposición cinco minutos para hablar y que usted fue el único que habló menos de ese tiempo: le bastaron tres minutos y medio para exponer su opinión.

El texto del discurso está en la Arquidiócesis de La Habana. Si querés, tomalo de allí.

Lo copio a continuación, porque loque usted dijo en esa reunión a puerta cerrada convenció a los cardenales de que sería un buen sucesor de Pedro; algunos dijeron que fue un «discurso profético».

Se hizo referencia a la evangelización. Es la razón de ser de la Iglesia. «La dulce y confortadora alegría de evangelizar» (Pablo VI). Es el mismo Jesucristo quien, desde dentro, nos impulsa.

Evangelizar supone celo apostólico. Evangelizar supone en la Iglesia la parresía de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.

Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y entonces se enferma (cfr. la mujer encorvada sobre sí misma del Evangelio). Los males que, a lo largo del tiempo, se dan en las instituciones eclesiales tienen raíz de autorreferencialidad, una suerte de narcisismo teológico. En el Apocalipsis, Jesús dice que está a la puerta y llama. Evidentemente el texto se refiere a que golpea la puerta desde fuera para entrar... Pero pienso en las veces en que Jesús golpea desde dentro para que lo dejemos salir. La Iglesia autorreferencial pretende a Jesucristo dentro de sí y no lo deja salir.

La Iglesia, cuando es autorreferencial, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia; deja de ser el *mysterium lunae* y da lugar a ese mal tan grave que es la mundanidad espiritual (según De Lubac, el peor mal que puede sobrevenir a la Iglesia). Ese vivir para darse gloria los unos a otros. Simplificando, hay dos imágenes de Iglesia: la Iglesia evangelizadora que sale de sí, la *Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans*,[1] o la Iglesia mundana que vive en sí, de sí, para sí. Esto debe dar luz a los posibles cambios y reformas que haya que hacer para la salvación de las almas.

Pensando en el próximo papa: un hombre que, desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo, ayude a la Iglesia a salir de sí hacia las periferias existenciales, que la ayude a ser la madre fecunda que vive «de la dulce y confortadora alegría de evangelizar».

¿Cómo preparó ese discurso?

No lo llevaba escrito. Habitualmente iba caminando a esas reuniones de cardenales, pero ese día me dolían mucho los pies y fui en coche. Me acompañó otra persona y fuimos intercambiando impresiones. Hablando surgió la idea de buscar un papa que fuera misionero y una Iglesia que no fuera autorreferencial, que no pretendiera brillar por sí misma, sino con la luz de Dios. Él me dijo: «El *mysterium lunae*, hable del *mysterium lunae*».

Retomemos sus recuerdos del día que fue elegido papa. Me estaba contando que había entregado ese discurso al cardenal Ortega, quien lo recibió como «un recuerdo del papa».

Estábamos en el quinto piso, aquí en Casa Santa Marta. Le dejé mis apuntes del texto y tomé el ascensor para bajar a mi habitación. Este se detuvo en el cuarto piso y entró el cardenal Francisco Javier Errázuriz, de Santiago de Chile. Me miró y me dijo: «¿Preparaste ya el discurso?». «¿Qué discurso?», le respondí. «El que tenés que dar hoy», añadió con seguridad. Te aseguro que no entendí, no entendí.

Pero ¿cómo no se deba cuenta, si usted estaba recibiendo tantos votos?

Para comprenderlo hay que estar dentro, en la mecánica del cónclave. Interpreté esos apoyos como «votos de depósito». Significa que te votaban, pero que no querían elegirte a ti. Era un decir: «Yo no quiero que vos seas papa, pero veo que tenés diez o quince votos y yo, para ver a quién van a apoyar los demás, los meto en este candidato, con la idea de cambiarlo en cuanto me aclare». Es un fenómeno del cónclave, porque de repente tus votos desaparecen y van a otro.

Pero en algún momento se daría cuenta de que estaban pensando realmente en usted.

Me di cuenta exactamente después del almuerzo. Entré en el comedor con el cardenal argentino Leonardo Sandri. Íbamos juntos, pero había una mesa con cardenales europeos y me llamaron. «Eminencia, eminencia, venga, venga aquí, venga y cuéntenos algo de Latinoamérica», y Leonardo Sandri me dijo: «Andá, andá». Me senté con ellos y empezaron a acribillarme a preguntas.

¿Qué querían saber?

Me pidieron que les contara cosas de América Latina. Querían que les hablara del aspecto político de la teología de la liberación, la supuesta desviación política de esa teología. Casi todas las preguntas iban por ahí.

Parece un interrogatorio. Sospecho que tenían miedo de estar a punto de elegir un papa revolucionario.

Pero todavía yo no me di cuenta. Se acabó el almuerzo y, cuando estaba a punto de salir, se me acercó corriendo el cardenal español Santos Abril. Me dijo: «Eminencia, ¿es verdad que a usted le falta un pulmón?». «No, lo que me falta es el lóbulo superior derecho, que me lo extirparon a causa de unos quistes hidatídicos». «¿Y cuándo sucedió eso?», insistió. «En 1957, hace cincuenta y seis años», respondí, y se marchó rebufando: «Estas maniobras de último momento...». Y ahí entonces ya, con esas palabras, sí que me di cuenta. Fue al salir de aquel almuerzo.

¿Y se asustó mucho?

Creo que no. Me fui a dormir la siesta, estaba muy tranquilo.

Y, por la tarde, regresó a la Capilla Sixtina.

Es curioso. Cuando llegué, vi en la puerta al cardenal Gianfranco Ravasi y empezamos a charlar y a caminar. Le dije: «Yo uso sus comentarios a los Libros Sapienciales de la Biblia». Empezamos a hablar y él me explicaba esa obra. Y así seguíamos hablando y hablando y hablando en el umbral de la Sixtina. Entonces, escuché una voz detrás que nos dijo: «¿Ustedes van a entrar o no van a entrar?». Era monseñor Guido Marini, el maestro de ceremonias, que nos estaba avisando: «Voy a cerrar». Quizá me estaba frenando el subconsciente, ese en el fondo no querer entrar a la Sixtina y hacer tiempo con Ravasi, porque yo ya sabía que la cuestión era peligrosa.

¿Cómo vivió esa tarde?

Hubo una primera votación en la que recibí nuevos votos, pero aún no los suficientes para ser elegido papa. Entonces, el cardenal Cláudio Hummes, que estaba sentado detrás, se me acercó y me dijo: «Así obra el Espíritu Santo».

Imagino que querría tranquilizarlo, pero también asegurarse de que usted aceptaba en caso de ser elegido.

A continuación, hubo un segundo escrutinio, pero fue declarado nulo antes del recuento, ya que uno de nosotros introdujo por error dos papeletas en vez de una. Lo repetimos y ahí ya sí salí elegido. Cuando superé los dos tercios de los votos, mientras continuaba el recuento, Cláudio Hummes volvió a acercarse, me dio un beso y me dijo: «No te olvides de los pobres». Por eso elegí como nombre Francisco. Eso es lo que recuerdo de esa tarde en la Sixtina.

Por ahí se dice que usted quería llamarse «Juan», en recuerdo de Juan XXIII.

No, no, eso es mentira. No tenía pensado nada. El nombre me vino de golpe.

¿Tuvo en algún momento dudas de si aceptar o no?

No, no... Pero porque todo fue poco a poco, como ese columpio donde juegan los chicos en los parques y se deslizan...

El tobogán.

Fue como un tobogán... Yo no me daba cuenta. No me di cuenta hasta el almuerzo. Fue todo muy normal.

Tras aceptar la elección, el nuevo pontífice entra en la sacristía de la Sixtina y, por primera vez, se pone la sotana blanca. Dicen que ese lugar es la Sala de las Lágrimas, porque allí el nuevo sucesor de Pedro empieza a tomar conciencia de lo que le está pasando. ¿También usted estaba conmovido?

No, no… Ahí me ofrecieron ponerme zapatos rojos, pero los rechacé porque uso zapatos ortopédicos. También me propusieron llevar una cruz pectoral con brillantes. «No, uso la mía, que es de la ordenación episcopal», expliqué. Me mostraron el anillo que estaba previsto que llevara y también lo rechacé. «No, prefiero usar el mío, que es el del primer amor, el que recibí también cuando me ordenaron obispo». Durante esa conversación, recuerdo que el maestro de ceremonias, Guido Marini, fue muy respetuoso con lo que yo decía. Y así salí vestido solo de blanco, sin la mantelina, esa esclavina de color rojo que se lleva sobre los hombros. Me pareció lo más sencillo. Pero no fue una decisión premeditada, ocurrió todo con mucha naturalidad.

Y ahí tuvo lugar el primer saludo entre los cardenales y el nuevo papa.

Cuando salí de la sacristía –que vos llamás Sala de las Lágrimas–, lo primero que hice fue ir a saludar a un cardenal que estaba participando en el cónclave en su silla de ruedas, Ivan Dias, arzobispo emérito de Bombay. Cuando me estaba acercando, no vi un escalón y trastabillé, y les dije a todos: «El primer mal paso del papa». Los cardenales se rieron. Luego los saludé a todos, uno a uno.

¿Se fue acercando usted adonde ellos estaban?

No, no, venían ellos. Pero no los esperaba sentado en un trono, sino de pie.

Mientras tanto, en la plaza habíamos visto la fumata blanca y esperábamos el anuncio del nombramiento. Se dice que usted estaba en la Capilla Sixtina muy serio, como si sintiera el peso que le había caído encima, y que, antes de salir al balcón, se detuvo unos minutos para rezar en la Capilla Paulina y de allí salió más sereno.

Mirá, yo no tenía conciencia de lo que pasaba. Después de

saludar a los cardenales, entré en la Capilla Paulina, donde estaba expuesto el Santísimo, me abanqué y, luego, me avisaron de que había que salir al balcón. Por cierto, que sin querer hice una cosa contra el protocolo: tenía que haberme asomado a la plaza junto al camarlengo,[2] pero pedí que me acompañaran los cardenales Cláudio Hummes y Agostino Vallini, que entonces era el vicario de Roma. Les dije: «Vengan ustedes conmigo».

En ese momento, al otro lado en la plaza, escuchamos el «Habemus papam», que pronunció el cardenal Jean-Louis Tauran. Luego dijo en latín el nombre del elegido: «Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum, Dominum Georgium Marium, Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Bergoglio, qui sibi nomen imposuit Franciscum». Unos instantes después, nosotros lo vimos por primera vez ya vestido de blanco. ¿Cuándo se preparó el discurso que dio desde el balcón de la basílica de San Pedro?

Lo que dije en ese momento no lo había pensado, me salió solo.

Recuerdo que lo primero que hizo fue recordar a Benedicto XVI. Voy a transcribirlo, pues considero que reproduce muy bien lo que usted vivía en esos instantes. Impresiona también cómo adelanta algunos de los ejes de su pontificado.

Me parece bien que lo incluyas.

> Hermanos y hermanas, ¡buenas tardes!
>
> Como sabéis, el deber del cónclave era dar un obispo a Roma. Parece que mis hermanos cardenales han ido a buscarlo casi al fin del mundo..., pero aquí estamos. Os agradezco la acogida. La comunidad diocesana de Roma tiene a su obispo. Gracias. Y, ante todo, quisiera rezar por nuestro obispo emérito, Benedicto XVI. Recemos todos juntos por él, para que el Señor lo bendiga y la Virgen lo proteja.
>
> [Reza un padrenuestro, un avemaría y un gloria.]
>
> Y ahora comenzamos este camino: obispo y pueblo. Este camino de la Iglesia de Roma, que es

la que preside en la caridad a todas las Iglesias. Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros. Recemos siempre recíprocamente, el uno por el otro. Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad. Deseo que este camino de Iglesia, que hoy comenzamos y en el cual me ayudará mi cardenal vicario, aquí presente, sea fructífero para la evangelización de esta ciudad tan hermosa.

Y ahora quisiera dar la bendición, pero antes, antes, os pido un favor. Antes de que el obispo bendiga al pueblo, os pido que vosotros recéis para el que Señor me bendiga, la oración del pueblo, pidiendo la bendición para su obispo. Hagamos en silencio esta oración de vosotros por mí...

[El papa reclina la cabeza y mantiene un largo silencio mientras los peregrinos rezan por él.]

Ahora os daré la bendición a vosotros y a todo el mundo, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

[Da la bendición.]

Hermanos y hermanas, os dejo. Muchas gracias por vuestra acogida. Rezad por mí y hasta pronto. Nos veremos pronto. Mañana quisiera ir a rezar a la Virgen, para que proteja a toda Roma. Buenas noches y que descanséis.

Por cierto, dicen que antes de que lo viéramos en la plaza, usted había intentado llamar por teléfono a Benedicto XVI para saludarlo y comunicarle personalmente la elección.

Sí, pero en casa de Benedicto no contestaba nadie al teléfono, porque estaban mirando la televisión para ver quién era el nuevo papa y no querían que se los molestara. Después, cuando acabó todo, sí que conseguimos hablar.

¿Llamó a alguien más por teléfono esa noche?

Cuando llegué a Casa Santa Marta llamé al nuncio en Argentina, Emil Paul Tscherrig, para decirle que no vinieran católicos de mi patria a la ceremonia de inicio de pontificado. Le dije: «Mirá, que no venga nadie, que el dinero del viaje lo dejen para los pobres». Y después ya sí pude hablar por teléfono con Benedicto y lo saludé.

Mientras Francisco lo narra, recuerdo que el maltés Alfred Xuereb, que estaba al lado de Benedicto en Castel Gandolfo en aquel momento, recogió esa conversación telefónica en sus memorias. Dice que escuchó cómo Benedicto respondía: «Muchas gracias por haberse acordado de mí, santo padre. Le prometo desde ahora mismo mi obediencia. Le prometo mi oración por usted».[3]

Dos sucesores de Pedro

¿Cómo fue su primer encuentro con Benedicto XVI, ya como papa Francisco?

Fue diez días después de la elección. Para ser precisos, el 23 de marzo de 2013. Me trasladé a Castel Gandolfo en helicóptero y él me esperó en la misma pista de aterrizaje. Allí nos dimos el primer abrazo. Esa mañana hacía *fresquete,* él llevaba un abrigo, una campera. Rezamos juntos en una capilla. Benedicto me estaba cediendo el puesto de honor, pero le sugerí que nos arrodilláramos en el mismo banco. Él se resistía, pero le dije: «Somos hermanos», me salió así del corazón. Luego me acompañó a un salón para hablar a solas.

¿De qué hablaron?

Él estaba sentado ante una mesa sobre la que había una caja enorme y una carpetita. Me dijo: «Estas son las actas del juicio». Se refería a las conversaciones que los tres cardenales «investigadores» del caso Vatileaks, Jozef Tomko, Salvatore De Giorgi y Julián Herranz, habían mantenido con testigos y sospechosos. A propósito, Herranz es muy amigo mío. Acaba de sacar un libro, *Dos papas.*[1]

Sí, he usado ese libro como bibliografía. Por cierto, tengo la impresión de que dentro del escándalo Vatileaks hay dos casos diferentes: por un lado, que el mayordomo de Benedicto robó y filtró a la prensa documentos reservados –y fue condenado por eso–; por el otro, «disfunciones» en la curia, que los tres cardenales investigadores atribuyeron a «límites e imperfecciones propios del componente humano». ¿Algún día se sabrá lo que realmente ocurrió?

Mirá, fue una trenza.[2]Personas que maniobraban, puenteaban... Una de las víctimas había sido el ahora cardenal

Pietro Parolin, pues querían evitar que fuera secretario de Estado. Pero le digo algo sobre quienes estaban detrás: a la gente que hace un error, hay que perdonarla y pasar página. Otra cosa es el que es contumaz. Había algunos de segundo nivel que son los que tenían las manos en la masa.[3]

Tomko, De Giorgi y Herranz les siguieron la pista durante meses y entregaron sus conclusiones solo a Benedicto XVI, sin pasar por la Secretaría de Estado ni informar a otros.

Por eso, aquel día en Castel Gandolfo, Benedicto quiso explicarme personalmente las conclusiones que sacaron estos tres cardenales. Me entregó todo el material y me dijo: «Yo sustituí a esta persona y cambié a este otro y también a este. Y ahora sugiero sustituir a esta persona, a esta también, etcétera». Me contó todo. En un plazo de tiempo razonable, cambié a las personas que me había sugerido Benedicto y también a otras que consideré yo.

Recuerdo que aquel día, en Castel Gandolfo, usted entregó a Benedicto uno de los primeros regalos que le habían hecho como papa, un icono ruso de la Virgen de la Humildad que le había entregado el enviado del patriarca Kirill.

Fueron días en los que pasaron muchas cosas. De ese detalle no me acuerdo..., te digo la verdad.

Semanas más tarde, el 2 de mayo de 2013, Benedicto regresó al Vaticano y comenzó su nueva vida en el exmonasterio Mater Ecclesiae, a pocos minutos de Casa Santa Marta. Dicen que apreció mucho que usted lo esperara por sorpresa en la puerta de su nuevo hogar. Unas semanas más tarde, el 5 de julio, bendijeron juntos una estatua de san Miguel Arcángel en los jardines vaticanos.

En los primeros tiempos del papa emérito Benedicto XVI era muy común que estuviéramos juntos en encuentros públicos. Hasta que se fue limitando por la salud y lo otro que te dije antes.

Usted nos contaba en el avión, al regreso de Brasil: «Yo le he dicho a Benedicto que venga, que esté presente, que vaya a las cosas». Usted no quería que el papa emérito fuese una estatua.

Y así fue: él estuvo en muchos de los primeros actos que

hicimos.

Bueno, incluso escribieron juntos su primera encíclica, la *Lumen Fidei,* o *La luz de la fe*. ¿Cómo nació esa idea?

Benedicto había prácticamente terminado el borrador de una encíclica sobre la fe. La podría haber publicado él mismo, pero quiso tener esa delicadeza y dejarla para que el próximo pontífice decidiera qué hacer con ella. Yo, entonces, añadí algo de mi cosecha para que se viera mi pluma en algún punto, luego la publicamos explicando el proceso de elaboración. Debo decirte que me da pena que sea una encíclica un poco olvidada.

Cada pontificado tiene sus prioridades y un papa no tiene por qué ser igual a su predecesor, imitar su estilo o repetir sus decisiones. Sin embargo, ¿a qué aspectos del pontificado de Benedicto ha deseado dar continuidad?

Yo diría que el pontificado siempre tiene continuidad. Si yo te pregunto si cuando vos dejaste la niñez y empezaste la adolescencia querías dar continuidad a algún aspecto, me dirás que eso viene solo, que tenés que dejar que se desarrolle. Lo que veo en los últimos papas, pongamos desde León XIII en adelante, es que el que siguió siempre marcó continuidad, continuidad y diferencia, continuidad y diferencia.

¿A qué se refiere con «continuidad y diferencia»?

A que, dentro de la continuidad, cada uno aportó su carisma personal. Pensá en Juan Pablo II: lo eligieron después de Juan Pablo I, cuando parecía que los cardenales no conseguían llegar a ningún acuerdo. Y al día siguiente, lo primero que hizo como papa fue salir del Vaticano para visitar a su amigo Andrzej Maria Deskur, que estaba ingresado a causa de un ictus. Era un papa muy activo, pero lo que Deskur subrayaba de Karol Wojtyła era su capacidad de oración, cómo lo veía rezar delante del sagrario. No tengo duda de que hay un elemento enorme de continuidad... Siempre hay continuidad, no hay ruptura.

Imagino que es difícil que no haya rupturas.

Pero es necesario evitarlas. La primera ruptura que tenemos en los tiempos modernos es la de los «viejos católicos», que se separaron malamente de la Iglesia tras el Concilio Vaticano I,

supuestamente para defender la doctrina, y que ahora ordenan mujeres.[4]

Se negaron a aceptar los dogmas de la infalibilidad y la jurisdicción ordinaria universal del papa. Décadas más tarde, aprobaron la ordenación de mujeres y en 2003 una de sus Iglesias se separó de ellos porque no estaba dispuesta a aceptarlo.

Cuando se rompe la continuidad, pasa lo que pasa. Esta idea de continuidad se aplica también respecto al desarrollo de la teología.

¿La doctrina teológica puede cambiar?

Pensá que, en el pasado, la esclavitud estaba permitida por la moral católica, y que ahora es pecado. Lo que quiero decirte es que claro que la doctrina va cambiando, pero para bien. Eso significa que el cambio debe producirse con las condiciones que da Vicente de Lerins: «Ut annis consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate».[5]O sea, de tal manera que la teología, al crecer, se consolide; que con el tiempo se haga más amplia y, con los años, mucho más fina. Cuando vos estás en esa línea, cambiás, vas adelante con la savia que sube de la raíz al tronco del árbol. El problema es cuando te separás, porque provocás una herida, perdés las raíces y queda la secta.

¿Cómo eran sus encuentros privados con Benedicto? ¿De qué temas hablaban?

A veces yo tocaba un tema; otras lo sacaba él. «Estoy preocupado por esto que pasa aquí», decíamos. Por ejemplo, a él le preocupaba el camino sinodal de la Iglesia en Alemania. Le mostré la carta que preparé personalmente sobre esta cuestión, dirigida al pueblo alemán.[6]Benedicto decía que era uno de los documentos más relevantes e incluso más profundos que he escrito. Esto para decir que hablábamos de todo, con mucha libertad.

Usted nos contó una vez en una rueda de prensa que Benedicto nunca le daba una solución cerrada y que jamás le dijo lo que debía hacer.

Cuando yo le planteaba una cuestión, me decía: «Pues habría que mirar por acá, o por allá». Ampliaba el campo. Tenía esa

capacidad de ampliar la visión para ayudarme a tomar una buena decisión.

¿Le dio a entender alguna vez puntos de desacuerdo con usted?

No. Nunca decía: «No estoy de acuerdo». Sí recuerdo que decía: «Esto está muy bien así. Pero habría también que tener en cuenta esto otro...». Ampliaba, siempre ampliaba.

Era un modo de vivir el respeto hacia el sucesor de Pedro, ¿no? Por eso usted se refería a él como a un «abuelo sabio, venerado, amado, escuchado».

Es eso.

¿Es cierto que usted siempre le traía regalos de los viajes?

Sí, me gustaba llevarle a su casa alguna de las cosas que me traía de esas visitas. Eran las cosas típicas del lugar, como una imagen de la Virgen o algún recuerdo.

¿Conserva usted algún recuerdo material de Benedicto?

Tengo todas las cartas que me envió. Las guardo todas.

Muchas se han publicado.

Ahí quisiera subrayar el servicio de las mujeres Memores Domini, del movimiento Comunión y Liberación, que cuidaron de él, y también de su secretaria, sor Birgit Wansing. Esa mujer es genial. Ella le reconocía la caligrafía y le leía los labios. Ha sido una mujer fiel.[7]

¿Qué ha sido de ese grupo de mujeres que cuidaban de Benedicto? Eran muy discretas. Se llamaban Rossella, Cristina, Carmela y Loredana.

Una de ellas sigue trabajando en el Vaticano, pues cuando falleció Benedicto le faltaba más o menos un año para jubilarse. Las demás también estuvieron por aquí un tiempo antes de marcharse y ayudaron a Georg Gänswein a cargar los dos tráileres con los que trasladó sus cosas para la mudanza a Alemania.

¿Había alguna tensión con colaboradores de Benedicto que tuviera consecuencias en la relación entre los dos papas?

Bueno, como sabe, tras el libro que el cardenal Robert Sarah publicó, supuestamente firmado con el papa emérito, me vi obligado a pedir al secretario de Benedicto que solicitara una

«licencia voluntaria» o una «excedencia voluntaria», manteniendo el cargo de prefecto de la Casa Pontificia y también el sueldo.

* * *

Francisco menciona el episodio del libro publicado por el cardenal Robert Sarah. Fue uno de los momentos más delicados en las relaciones entre los dos pontífices, que vale la pena recordar para quien no esté familiarizado.

El 12 de enero de 2020, el cardenal Sarah anunció la publicación de un libro firmado junto a Benedicto XVI, *Desde lo más hondo de nuestros corazones.*[8]Explicó que la idea era declararse contra un cambio en la disciplina del celibato. La publicación coincidió con el periodo en que el papa Francisco preparaba una respuesta a la solicitud del sínodo sobre la Amazonia de permitir la ordenación sacerdotal de diáconos permanentes indígenas casados, con la idea de garantizar la llegada de los sacramentos a zonas remotas. Por eso, la supuesta intervención de Benedicto en este libro fue interpretada como una injerencia del papa emérito y un gesto público de presión contra el magisterio de Francisco.

Sin embargo, cuando Benedicto vio su propia foto en la portada, aseguró que no se reconocía como coautor de la obra, pues su artículo era una parte pequeña del libro y además no había autorizado su publicación. Para no poner en dificultad al cardenal Sarah, explicó que había sido fruto de un malentendido. En cualquier caso, solicitó que se retirara su firma de la portada para evitar equívocos, pues el título era en primera persona del plural y sugería que Benedicto compartía esa declaración. Sorprendentemente, la editorial propietaria de los derechos rechazó modificarla de modo claro.

Con todo, y en vista de lo ocurrido, Benedicto comunicó al papa Francisco que había decidido no volver a publicar ningún escrito.

* * *

¿Usted cómo lo vivió?

El cardenal Robert Sarah es un hombre bueno, muy bueno. Cuando era arzobispo en su diócesis, Conakri, era genial.[9] Quizá me equivoqué al nombrarlo prefecto del ahora Dicasterio para el Culto Divino, pues ahí enseguida fue manipulado por grupos separatistas. Pero es un hombre bueno. Es un hombre austero, de mucha oración. A veces tengo la sensación de que el trabajo en la curia vaticana lo volvió un poco amargo.

En estos años he constatado que los colaboradores del papa tienen una enorme responsabilidad y que su actuación pública tiene un impacto directo sobre toda la Iglesia.

Mirá, con esta experiencia y alguna otra anterior, decidí, de entrada, disolver la Secretaría papal. Trabajo con dos secretarios que tienen también empleos en otros departamentos y que me ayudan a tiempo parcial. Están conmigo cuatro o cinco años y después son sustituidos.

¿Por qué?

Porque no es buena cosa un secretario todopoderoso. Nunca me olvido de una anécdota. Un obispo argentino, que era muy de enroscar, vino a verme a Buenos Aires y me dijo que estaba a punto de salir hacia Roma. Traía una bolsa grande y le pregunté: «Che, ¿qué llevás ahí?». «Es dulce de leche para los secretarios de Juan Pablo II, que sé que les gusta», me respondió. Bueno, cuando un secretario empieza a recibir regalos, empiezo a preocuparme. A veces recibe esos regalos sin culpa por su parte, pero los obsequios lo condicionan. Ser secretario es muy difícil. Un buen secretario te ayuda y no deja huella.

Tensiones

¿A usted lo hacen sufrir las comparaciones con su predecesor?

Siempre se hacen comparaciones, ¿no es cierto? También Benedicto las sufrió, cuando lo comparaban con Juan Pablo II.

¿Tiene la impresión de que se ha utilizado a Benedicto para atacarlo a usted?

Solo lo han hecho quienes no tienen argumentos. No tienen argumentos para atacar y hacen esas cosas. Además, han atribuido cosas a Benedicto que no son verdad.

¿Por ejemplo?

Si había un hombre que andaba adelante, que era progresista, era él. Hasta el punto de que, en la época del Concilio Vaticano II, era visto con recelo. «Va muy adelantado este», decían. También la decisión de renunciar era muy avanzada, muy progresista.

Un cardenal dijo que la renuncia «es el único error que ha cometido Benedicto XVI».

Yo conozco a tres cardenales que dicen lo mismo. En público expresaron su desacuerdo con la renuncia de Benedicto, pues opinan que un pontífice no puede renunciar. Hay otras personas de fe que se tomaron a mal la renuncia, como si Benedicto hubiera actuado indignamente, como si fuera el final de la Iglesia y hubiera provocado el diluvio universal. Es una perspectiva un poco ideológica.

¿Cómo ha vivido usted las tensiones entre partidarios de Benedicto y partidarios de Francisco?

Eran tonterías. No me metí, no entré en ellas.

¿Pero las ha percibido?

Hay también mucha gente noble que se ha dejado arrastrar. Recuerdo que una elegante señora convocó hace dos o tres años un almuerzo con varios cardenales jubilados. Allí me sacaron el cuero

a ruleta entre todos.[1]Lo supe porque, por una carambola, me contaron la conversación. Sucedió que, unos días más tarde y durante un encuentro en el Vaticano, uno de aquellos cardenales se sentó a mi lado. «Che, ¡qué bien eso, lo de la señora elegante contigo y los cardenales tal, tal y tal! ¡Cómo me sacaron el cuero!», le dije, pues no pude contenerme. Entonces, él, al día siguiente, me escribió una carta y me explicó que se malinterpretaba lo sucedido y otras cosas. Qué se yo. Pero volvió a pensarlo y, dos días más tarde, durante un saludo en público, se me puso de rodillas delante y me pidió perdón por todo lo ocurrido. Eso es un hombre noble, un hombre de Iglesia.

Ninguno de los dos papas temía que verlos juntos, vestidos de blanco, creara confusiones. ¿Cree, sin embargo, que algunos sectores dieron a Benedicto XVI un papel de «garante del pontificado» que él en realidad no quería?

Algunos sectores fantasearon mucho sobre eso. Algunos *loquitos* sí, pero él no, Benedicto no. Él nunca dio lugar a eso.

He oído que Benedicto echó del monasterio Mater Ecclesiae a uno que había ido allí para hablar mal de usted.

Sí, le confirmo que lo echó de su casa, pero lo hizo con gentileza, con gentileza. Era un caballero. En cambio, le digo con pena que su secretario me lo hizo algunas veces difícil. Recuerdo un caso en el que sustituí a quien estaba al frente de un departamento y la decisión generó algunas polémicas. En medio de todo ese ruido, el secretario tuvo la iniciativa de llevarlo a ver a Benedicto, pues aquella persona deseaba saludarlo. Como el papa emérito era muy amable, aceptó. El problema es que difundieron la foto de ese encuentro, como si Benedicto estuviera contestando mi decisión. Honestamente, no fue correcto.

De fondo se repite esa idea de atribuir al papa emérito un papel que ni tenía ni quería tener, como si le correspondiera confirmar las decisiones del sucesor.

Muchos de los que lo apoyaban querían que él bajara más, que se pusiera más traumático, más contundente, más directivo, es decir, que dejara su papel de gran pastor y entrara en el juego de las polémicas. Pero él nunca lo hizo.[2]

¿Usted piensa que Benedicto era consciente de estas maniobras?

Creo que no, no era del todo consciente.

En julio de 2021 usted decidió derogar una de las medidas más comentadas de Benedicto XVI, el *motu proprio Summorum pontificum*. Con él, su predecesor había autorizado a celebrar sin límites la llamada «misa tridentina». Usted retiró ese permiso, pues consideró que la medida no estaba contribuyendo a la unidad de la Iglesia.[3] **¿Llegó a hablar con Benedicto de esta decisión?**

No, de esto no hablamos. Pero sí tuve una entrevista muy bella con él cuando algunos cardenales fueron a verle extrañados por mis palabras sobre el matrimonio, y él fue clarísimo con ellos.

¿Qué ocurrió?

Un día se presentaron en su casa para hacerme prácticamente un proceso y me acusaron ante él de que yo promovía el matrimonio homosexual. Benedicto no se agitó, porque sabía perfectamente lo que yo pienso. Los escuchó a todos, uno a uno, los calmó y les explicó todo.

¿Qué les preocupaba?

Fue una vez que mencioné que, como el matrimonio es un sacramento, no puede administrarse a parejas homosexuales, pero que, de alguna manera, había que dar una garantía o una protección civil a la situación de estas personas. Dije que en Francia existe la fórmula de las «uniones civiles», que, a primera vista, puede ser una buena opción, pues no se limita al matrimonio. Por ejemplo –pensaba–, se pueden acoger a ella tres ancianas jubiladas que necesiten compartir servicios de salud, herencia, vivienda, etcétera. Quería decir que me parecía una fórmula interesante.

Levantó una gran polvareda.

Algunos fueron a decirle a Benedicto que yo estaba diciendo herejías y qué sé yo. Él los escuchó y, con mucha altura, los ayudó a distinguir las cosas... Les dijo: «Esto no es una herejía». ¡Cómo me defendió! La situación me ayudó a comprender que tenía acá a personas que estaban medio tapaditas y que aprovechaban la

menor ocasión para morderme. Él siempre me defendió.

Escuchando lo que dice se entrevé que, en último término, a la hora de decidir, el papa está solo. ¿A usted le pesa la soledad del papa, ese gobernar la Iglesia solo?

Mirá, estás solo y no estás solo. Yo me siento acompañado. Vivir acá, en Casa Santa Marta, te quita la soledad.

Fue una buena decisión.

Al segundo día, cuando se acabó el cónclave, yo vivía acá enfrente: me tocó esa habitación de allí y tocó seguir el protocolo de retirar los sellos del Palacio Apostólico.

Lo acompañó a abrir las salas y los salones el cardenal Tarcisio Bertone, que llevaba la férula como cardenal camarlengo.

Así es. Cuando vi el Apartamento Pontificio, me dije: «Yo acá no puedo vivir. Esto es un embudo al revés, una entrada chiquitita y después, dentro, la gran soledad. Yo aquí solo no aguanto». Y me quedé con esa preocupación.

¿Cómo lo resolvió?

Casi por casualidad. Al día siguiente, salí de mi cuarto y vi abiertas las puertas de esta habitación. Entré y pregunté: «Y entonces, ¿qué es esto?». «No, que estamos limpiando este cuarto para el patriarca Bartolomé, que viene a Roma para la misa de inicio de pontificado», me explicaron.[4]Era un dormitorio con baño, con esta habitación donde estamos hablando, un despacho, etcétera. Pensé entre mí: «Ya está resuelto». Y, en cuanto se marchó Bartolomé, entré aquí yo.

Últimos días de Benedicto XVI

En la noche entre el 27 y el 28 de diciembre de 2022, empeoró bruscamente la salud de Benedicto XVI. ¿Cuándo supo usted que el papa emérito estaba grave?

El miércoles 28 de diciembre de 2022, por la mañana.

¿Quién lo avisó?

Antes de la audiencia general, me avisó uno de sus enfermeros. Había sido todo muy rápido. Benedicto se encontraba muy bien en Navidad; tanto es así que su secretario, Georg Gänswein, se había marchado el día anterior a Alemania. Entonces, durante la noche, sobrevino al papa emérito una crisis respiratoria grave, y el médico dijo que estaba entrando en fase terminal. Por eso me avisaron inmediatamente.

Muchos periodistas que estábamos fuera de Roma le agradecimos que diera la noticia, porque nos permitió regresar a tiempo.

Sí. En la audiencia general, antes de dar la bendición, dije: «Quisiera pediros a todos una oración especial por el papa emérito Benedicto, que en el silencio sostiene a la Iglesia. Acordaos de él –está muy enfermo– y pedid al Señor que lo consuele y lo sostenga en este testimonio de amor a la Iglesia, hasta el final». Lo improvisé. No era un texto escrito previamente, me salió de dentro hacer partícipes a las personas. Luego, nada más terminar los saludos, fui a verlo a su casa.

Fue su último encuentro. ¿Cómo lo recuerda?

Benedicto estaba acostado en la cama. Seguía consciente, pero no conseguía hablar. Me miraba, me apretaba la mano, entendía lo que yo le decía, pero no lograba articular palabra. Estuve un rato con él así, lo miraba y le tomaba la mano. Recuerdo perfectamente sus ojos claros... Le dije unas palabras con cariño y lo bendije. De

esta forma, nos despedimos y me marché. Pero, entonces, pasó una cosa muy fea.

¿Qué ocurrió?

Yo estaba saliendo, me acompañaba allí uno de los enfermeros, y uno de los médicos que estaban en el monasterio le dijo: «Tu sei uno spione», 'Eres un espía', acusándolo con tono despectivo. Esto que cuento es histórico.

¿Por qué le dijo eso?

La mentalidad de los médicos era mantener todo cerrado. De alguna forma, me hizo caer en la cuenta de que tenían a Benedicto casi «bajo custodia». Entiéndame, no digo preso o encerrado, pero sí algo «custodiado».

Escuchar que insultan al enfermero y lo llaman «espía» por haberlo informado a usted debió de ser un gran disgusto.

Voy adelante con el recuerdo…

Eso fue el miércoles 28 de diciembre, pero Benedicto falleció el sábado 31. ¿Cómo recibió la noticia del fallecimiento?

Estaba acá, en mi habitación en Casa Santa Marta, y me dijeron: «Acaba de fallecer». Me llamó Georg Gänswein, me avisó él personalmente. Eran en torno a las nueve y media de la mañana. Dejé lo que tenía entre manos e inmediatamente fui a rezar ante los restos de Benedicto.

Tengo la impresión de que, como papa, usted ha ido a muchos más velatorios que sus predecesores. ¿Es cierto que tiene una particular devoción a rezar ante un difunto, pues esa persona está en ese instante ya ante Dios?

Cierto, es cierto, sí. Me digo: «¿Qué estará viendo ahora esta persona, a quién estará mirando?». Es verdad.

Cuando estuvo ante los restos mortales de Benedicto, ¿le dio algún encargo?

No, no se me ocurrió. Me conmovió que las últimas palabras que le escucharon fueran: «Jesús, te amo».

De alguna forma, eran una síntesis de su vida.

Es verdad que eso es lo que él sentía. Era como un niño. A veces, la vejez está llena de vida. Pero, por su sencillez, la

expresión de esa vida se asemeja a la de los niños.

¿Tomó usted en aquel momento alguna decisión específica para los funerales?

Cuando falleció, me preguntaron qué se debía hacer y yo les dije: «Lo que decida el secretario de Benedicto». No me quise entrometer.

¿Había dejado Benedicto alguna disposición relativa al tono de las informaciones que debían darse sobre su fallecimiento?

Que yo sepa, no. Pero ahí había una aduana muy grande, yo nunca me enteré de nada. Le dejé hacer al secretario. Algunos criticaron los velatorios nocturnos que organizó en la basílica de San Pedro, pero la gente venía y, si hay gente a la que le ayuda, por mí, adelante.[1]Yo no me quise entrometer para nada. «Que proceda con total libertad», dije. Él siguió el protocolo fúnebre que entonces estaba vigente. Pero le confío una cosa, va a ser el último velatorio hecho así, con el cadáver del papa expuesto fuera del ataúd, en un catafalco. He hablado con el maestro de ceremonias y hemos eliminado eso y muchas otras cosas.

Ha modificado el ritual fúnebre de los papas, ¿por qué?

Estoy revisando el ritual con el maestro de ceremonias para que los papas sean velados y sepultados como cualquier hijo de la Iglesia. Con dignidad, como a cualquier cristiano, pero no sobre almohadones. En mi opinión, el ritual actual estaba demasiado recargado. Eso de hacer dos velatorios me parecía excesivo. Que se haga uno solo y con el papa ya en el ataúd, como en todas las familias. Cambié varias cosas, en línea con la reforma que ya hicieron Pablo VI y Juan Pablo II.

¿Qué más se ha cambiado?

Ya no se hará una ceremonia para el cierre del ataúd. Se hará todo en la misma ceremonia, como con cualquier cristiano. Además, en mi caso me van a tener que llevar a la basílica de Santa María la Mayor. Cuando termine el funeral, que me lleven allá.

Caramba, ¡qué sorpresa! Imaginaba que habría elegido las grutas vaticanas en San Pedro, pero, en efecto, la basílica

de Santa María la Mayor está muy ligada a su pontificado. Usted la visitó nada más ser elegido papa y allí regresa cada vez que sale o entra de Roma.

Tengo mucha devoción a Santa María la Mayor, ya desde antes de ser papa, desde siempre. Allí ya está todo preparado. Justo después de la escultura de la Reina de la Paz hay un pequeño recinto, una puerta que da a un cuarto que usaban para guardar los candelabros. Lo vi y pensé: «Ese es el lugar», y ya está preparado ahí el lugar de la sepultura. Me han confirmado que ya está listo.

No sé si sabe que, en la antigua Roma, en esa zona –el Esquilino– eran enterrados los esclavos y los pobres.

¡No lo sabía! Cuando me muera, eso te da para un artículo...

Ojo, que a lo mejor me toca a mí antes...

Estás joven todavía.

¿Cómo nació su devoción a la imagen de la Virgen María que hay en esa basílica?

No sé, fue creciendo. Cuando venía a Roma, andaba ahí a rezar, siempre, y una vez en esa zona me quisieron estafar.

¿Lo quisieron estafar? ¡Pues lo trataron como a un turista más!

Me pasó mientras iba camino de allí y no me lo olvido. Iba por la Via Merulana, ya cerca de la basílica. Entonces, me detuvo un señor y me dijo: «Mire, por favor, estoy pasando un mal momento. Necesito dinero para comprar gasolina y no llevo nada encima, pero tengo este reloj y se lo puedo dar si usted me da...», no sé cuánto me pidió, pero poca cosa. Yo le dije: «Ay, lo siento, pero no tengo». «No, pero algo habrá de tener, reverendo, qué se yo», respondió. «No, no tengo nada...», insistí por instinto. Después me dijeron que apenas yo hubiera sacado la billetera, me iba a dar un manotazo y se la habría llevado. Impresionante. Me ofrecía a cambio de poco un reloj muy vistoso, vete tú a saber si era una chafalonería.

Recuerdo que Juan Pablo II solicitó en su testamento que se quemaran todos sus papeles y también Benedicto XVI pidió que no se publicaran sus apuntes, pues eran notas no revisadas y fuera de contexto. ¿También usted solicitará algo

parecido?

No, no, ya me ocupo yo de adelantar ese trabajo.

Regresando al fallecimiento de Benedicto, debo confesarle que a muchos periodistas nos sorprendió el bajo perfil informativo que se estaba dando aquellos días por parte de la Santa Sede.

No me acuerdo.

Algunos lo interpretaron como un intento de rebajar la importancia de Benedicto.

Como te digo, delegué todo en monseñor Georg Gänswein.

¿Puedo confiarle una cosa? Mientras que en sus discursos de aquellos días usted incluyó frases muy cariñosas sobre Benedicto, por ejemplo, en el ángelus o en la audiencia general, algunos echaron de menos expresiones más cálidas en la homilía del funeral.

Quise que fuera un texto estrictamente homilético y no un elogio de su vida. Como quizá sepas, litúrgicamente, el elogio no se hace en la homilía, sino que se reserva para después de la bendición o al final de la misa. Pienso que es importante seguir esta pauta para las homilías, que sea siempre un texto teologal, también en los funerales. Me cuidé mucho de hacerla en ese estilo y la desarrollé usando palabras de Benedicto, su idea sobre qué es un pastor.

La impresión es que, cuando usted habla de sus predecesores en las homilías, evita usar alabanzas, pero le gusta mostrar la base teológica que los movió. Sucedió también cuando canonizó a Juan XXIII, Juan Pablo II o Pablo VI.

Yo, alabanzas, no. En ese sentido, prefiero no hacerlas.

Durante el funeral, me impresionó su gesto, cuando puso durante unos instantes la mano sobre el ataúd de Benedicto. Eso sí fue una alabanza…

Ese gesto me vino del corazón.

Coincidiendo con el fallecimiento de Benedicto, se han publicado libros de algún colaborador del Vaticano con críticas hacia usted. ¿Estos libros le afectan?

Me afectan con una gran pena: que el día del sepelio se publique un libro que me pone de vuelta y media, contando cosas que no son verdad, es muy triste.[2]Por supuesto, no me afecta en el sentido de que no me condiciona. Pero sí que me dolió que se usara a Benedicto. El libro salió publicado el día del entierro, eso lo viví como una falta de nobleza y de humanidad.

Doctor de la Iglesia

¿Benedicto XVI le hizo algún comentario sobre el ejercicio práctico del papado emérito?

Para nada. Él se sentía muy libre y yo también me sentía muy libre.

Cuando en la audiencia general avisó de que su salud estaba comprometida, usó una expresión muy curiosa. Dijo que Benedicto XVI estaba «sosteniendo a la Iglesia en el silencio». ¿A qué se refería?

A todo, porque algunas decisiones que tomé naturalmente no eran concordes a él, pero con su silencio las respetó siempre. Hace falta santidad y mucha hombría para eso.

Le leo una frase que usted dijo en la entrevista a *ABC* del 18 de diciembre de 2022, tan solo dos semanas antes del fallecimiento: «Para mí, Benedicto XVI es un santo». ¿Qué tipo de santidad veía en Benedicto?

Armonía y coherencia. Armonía con la vida, porque no era un tipo que armara rupturas, procuraba siempre la armonía. Una armonía coherente.

Muchos admiran a Joseph Ratzinger porque fue un gran teólogo. Pero usted también destacó que la clave de su vida era su «profundo arraigo en Dios».

Hace unos años lo escribí en el prefacio de un libro sobre Benedicto.[1]Dije que era sacerdote por encima de todo, que era un hombre de Dios. Se notaba que estaba enamorado de Dios y que le daba un valor prioritario. Desde una perspectiva de fe, si falta ese arraigo en Dios, el sacerdote se vuelve un asalariado, el obispo, un burócrata, y la Iglesia, una ONG superflua.

¿Hay alguna pregunta que hubiera querido hacer a Benedicto y que se haya quedado en el tintero?

No se me ocurre ninguna ahora mismo.

He pensado que para completar este libro podríamos incluir algunos discursos clave de estos años, en los que Benedicto ha hablado de usted o usted de Benedicto.

Claro, tienes mi permiso para publicarlos. Es importante que se recuerden.

¿Cree que veremos a Benedicto como doctor de la Iglesia?

En este momento están un poco frenados los procesos para nombrar nuevos doctores de la Iglesia, porque hay una enfermedad de las congregaciones religiosas, que es la de solicitar que sus fundadores sean nombrados doctor de la Iglesia. Yo lo paré porque, si empezamos a dar este título a todos, deja de tener sentido. Le confieso que está frenado. Pero, por supuesto, Benedicto XVI tiene categoría como para serlo.

¿Cómo le gusta recordar a Benedicto?

Como un grande. Es lo que me viene. Me viene decir que fue un grande.

¿Y a usted cómo le gustaría que fuera recordado Benedicto XVI?

Como lo que fue: un hombre que tuvo el coraje de renunciar y que, a partir de entonces, siguió acompañando a la Iglesia y a su sucesor.

III

Mirando al futuro

Puertas abiertas

Cuando terminamos, Francisco se pone de pie y me acompaña hasta la puerta de su apartamento. Camina con el bastón y va dando pasos muy cortos. «Revisa bien las respuestas y, como seguro que se te ocurren nuevas preguntas, si te parece, organizamos otro encuentro más adelante para verlas con calma», dice después de casi dos horas de interrogatorio durante el cual no ha mostrado señales de cansancio. Entiendo que quiere asegurarse de que he entendido lo que me ha explicado.

«Deja la puerta abierta», me despide cuando estoy a punto de cruzar el umbral. Luego da las gracias con un gesto al guardia suizo que ha estado vigilando todo el tiempo la entrada.

* * *

Abandono Santa Marta y, mientras regreso a mi casa costeando las murallas del Vaticano, intento ordenar las ideas y tomar mentalmente nota de los detalles. Mi experiencia es que las minucias que se perciben en caliente se convierten más tarde en el elemento que cambia el tono del texto final. Me vienen a la cabeza los cuadros con escenas de nieve en la sala de visitas de Santa Marta, la breve conversación con el guardia suizo en el ascensor, las fotografías que había apoyadas en la mesa frente a la puerta del apartamento del papa. Pero como lo importante es que Francisco pueda revisar la entrevista cuanto antes, esa misma tarde me pongo manos a la obra. Se trata de transcribir la larga grabación del encuentro y luego clasificar las respuestas, detectar contradicciones, redactar las preguntas, revisar el contenido, mejorar el estilo, componer el texto.

El resultado es un documento que llamo *Borrador número tres,*

y que envío a la Secretaría particular del papa. Más tarde, me confirman que lo han recibido y que está en la mesa de Francisco. Allí deberá esperar pacientemente su turno, bajo la montaña de trabajo pendiente del pontífice.

Pasan unas semanas. A finales de agosto, cuando me llama el papa por teléfono par continuar la revisión, yo estoy descansando en España y evita con delicadeza convocarme para esos días. Llega septiembre y, mientras la maquinaria vaticana se pone de nuevo en marcha tras las vacaciones de verano, al escritorio de Francisco van llegando muchas otras cuestiones prioritarias. Este libro pasa de nuevo a segunda o tercera fila.

El día 22 de septiembre, en el avión papal rumbo a Marsella, donde clausurará una cumbre de obispos de ciudades que asoman a este mar, hablamos brevemente y menciona «nuestro proyecto». «Escríbeme cuando regresemos a Roma y nos ponemos de acuerdo para revisarlo», me dice haciendo el gesto de una mano que escribe. Pero, como está a punto de comenzar el sínodo de obispos que lo mantendrá ocupado durante un mes, le propongo esperar a noviembre para no interferir.

Pasan las semanas y recibo una carta desde Santa Marta, con la caligrafía del papa Francisco –concreta, minúscula, rápida–: «Querido hermano, ¿te va bien el martes, 14 de noviembre, a las 9:45 en Santa Marta? Fraternalmente, Francisco».

* * *

A diferencia del mes de julio, el 14 de noviembre el tráfico ha invadido las calles de Roma y un embotellamiento matinal parece haberse confabulado para hacerme llegar tarde a nuestra cita. Muchas calles de la Ciudad Eterna están cortadas, pues el alcalde ha decidido excavar túneles para dejar más espacio a los peatones, con vistas al próximo Jubileo de 2025.

Camino del Vaticano me detengo en una pastelería en la que compro pasteles de nata, *cassatine, bignè al cioccolato* y otras delicias italianas para endulzar la mañana al papa y facilitar las respuestas. Envuelven la bandeja en un elegante papel azul con

cintas doradas.

A las 9:36, exactamente, me invitan a entrar en la sala de visitas de Santa Marta, y a las 9:39 estoy saliendo del ascensor que lleva al apartamento del papa. También en esta ocasión me recibe Piergiorgio: «Te está esperando», confirma en voz baja señalando con prisa hacia la puerta. Aunque está abierta, doy dos o tres toques antes de entrar. Dentro, el papa me recibe sonriente, sentado en el mismo sillón verde de la otra vez, con unos folios en la mano.

«¡*Buongiorno,* santo padre!»

Noto enseguida que tiene mucho mejor aspecto que en julio y que se ha recuperado de las consecuencias de la cirugía que entonces aún lo limitaban. Le pido que no se levante para estrecharme la mano, pero se pone de pie sin hacerme caso. Se da cuenta de que llevo una bolsa en las manos y la mira sospechoso. «¿Qué es esto que traes?», bromea.

«Reconozco que usted me dijo que viniera con las manos vacías, pero le he traído unos pastelillos, pues técnicamente no pueden considerarse un regalo...», le digo riendo.

Los dejo encima de la mesa y nos ponemos inmediatamente a trabajar.

«Te confieso que ya no me acuerdo de en qué punto estamos. Tengo aquí el *Borrador número tres.* Acercate una silla y, si querés, le damos una mirada», propone Francisco.

Mientras me acerco, advierto algunos cambios en la sala respecto a cuatro meses antes. ¿El principal? Una vela encendida sobre una repisa. Intuyo que quizá el papa usa esa misma habitación también como capilla, para evitar desplazamientos innecesarios. O que está rezando por alguna cuestión que le preocupa.

Empezamos a revisar el texto provisional. Francisco aclara conceptos, añade nuevos detalles y limpia el estilo. Elimina repeticiones, explica expresiones coloquiales, precisa episodios, pero respeta el trabajo hecho. En la revisión, añade nuevas respuestas, no elimina las anteriores. No cambia las cartas a mitad de la partida y, entre respuesta y respuesta, salen otras cuestiones

que añaden datos inéditos a la conversación inicial.

Horizonte

¿Qué es lo que más le cuesta de ser papa?

Muchas cosas, pero siempre digo que una de tantas es no poder caminar por la calle. Echo de menos callejear.

¿No echa de menos no poder dedicar más tiempo a sus cosas, a cuestiones personales?

No, no, no. A mí me encanta el ministerio sacerdotal. Eso siempre lo he vivido así.

Este libro, en el fondo, es un libro sobre la unidad. La unidad es un desafío en todos los ámbitos de la sociedad, en política, en las familias, también en la Iglesia… En su opinión, ¿cómo se construye la unidad cuando se está en el centro de tantas oposiciones?

La unidad es un camino de superación del conflicto. Los conflictos existen, pero los conflictos tienen que ayudar a crecer. Un conflicto siempre se resuelve por arriba, nunca en el mismo plano.

¿Qué quiere decir?

Que se debe resolver desde un plano superior, no como síntesis, no dando la mitad de la razón a cada una de las dos partes, sino de una manera de convivencia y, en parte, de fusión. Para entender esto me ayudó mucho un libro con el que trabajé en mi tesis, una obra de Romano Guardini.

¿Qué libro era?

Era su primera gran obra filosófica, en alemán se titula *Der Gegensatz*, traducido textualmente en español como ‘el contraste’. La conclusión que saqué es que la estrategia de buscar una síntesis para salir de los conflictos destruye la tensión humana de crecimiento. No hay que tener miedo a los conflictos, sino tomarlos de la mano y superarlos como un laberinto: el conflicto siempre es

laberíntico y de un laberinto se sale por arriba.

Con tantos líos y tantos problemas, ¿no se ha planteado tirar la toalla?

No es tirar la toalla ni hacer síntesis. Es ir más arriba. Las cosas se superan por elevación.

Muchos, al principio del pontificado, con intención poética, decían que el papa Juan Pablo II encarnó la Esperanza, Benedicto la Fe y usted la Caridad. ¿Se reconoce en esta lectura?

No, por favor, eso es artificial.

Le he traído unas páginas facsímiles de la entrevista que el periódico español donde trabajo hizo a su predecesor Benedicto XV en el lejano 1915. El rey Alfonso XIII le había propuesto refugiarse en El Escorial si se veía obligado a escapar de Italia por la I Guerra Mundial. Él lamentaba las presiones que estaba recibiendo para tomar partido por algún bando en ese conflicto.

Ese papa fue un mártir.

Por cierto, ¿está usted preparando alguna encíclica sobre la paz?

Por el momento nada, ya hablé demasiado.

¿Cuáles son sus prioridades en esta etapa del pontificado? En estos momentos, ¿tiene usted una sensación de «urgencia» interna para rematar asuntos prioritarios?

La prioridad es el camino sinodal, que todo el mundo participe, que todos hablen y que todos escuchen. Esa dimensión horizontal de la Iglesia ayuda. Es un camino que empezó san Pablo VI.

En estos años, ha llamado la atención la elección de nuevos cardenales de procedencias muy diferentes y que se conocen poco entre ellos. ¿No cree que esto dificultará el trabajo del futuro cónclave?

¡Al revés! Con este camino sinodal, y todo, se ven hasta los rincones...

Hay rumores de que está preparando una reforma de las normas del cónclave... ¿De esto puede decir algo?

Puedo decirte que no hay nada, no hay nada sobre esto. En el último siglo, prácticamente todos los papas han modificado las normas del cónclave: Pío X, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II… Yo todavía no lo he reformado; sobre todo, porque me parece una cosa secundaria. El mecanismo funcionó muy bien en los dos cónclaves en los que yo participé, estuvo muy bien llevado. Hay cosas que quizá convendría cambiar, pero no me parece que sean urgentes ni que yo me tenga que meter en eso, por el momento.

¿Le parece factible que le suceda un Francisco II, o más bien un Benedicto XVII o Pablo VII?

Mirá, no tengo ni idea…

Francisco mira la hora en su reloj y entiendo la indirecta: se ha acabado mi tiempo. Han pasado más de cuarenta minutos desde que entré por la puerta. «¿A qué hora hemos empezado?», pregunta. «A las 9:45». «Creo que me están esperando…», se disculpa. Doy por terminada la conversación. Se levanta y también yo me pongo de pie y empiezo a recoger las cosas. «Esperá, Javier, quiero enseñarte una cosa».

El papa toma su bastón y se dirige dando pequeños pasos hacia su despacho. «Vení, vení, entrá», me invita. «Quiero que veas el libro de Romano Guardini que te he mencionado y que me inspiró mucho sobre cómo resolver los conflictos», me explica. «Así copiás bien el título», añade.

Me señala una estantería repleta de libros dispuestos con orden, pero no de un modo sistemático. Imagino que son los libros a los que regresa de vez en cuando. «Debo de tenerlo por aquí», señala. «¿Lo encontrás?», me pregunta pidiéndome ayuda. Es una estantería de cuatro o cinco baldas. En la parte baja, veo entre otros libros la *Eneida,* de Virgilio, *El divino impaciente,* de José María Pemán, las *Poesías,* de Friedrich Hölderlin, las *Meditaciones sobre la Iglesia,* de Henri De Lubac… También obras de san Agustín, Borges, Dostoievski.

Y de Romano Guardini.

«Aquí está», le digo. El libro es una edición italiana que

traduce el título *Der Gegensatz* como *L'opposizione polare*. Tiene las tapas blancas. «Pasamelo», me pide. Se lo entrego, lo abre y busca el título original en alemán y lo lee en voz alta: *Der Gegensatz: Versuche zu einer Philosophie des Lebendig-Konkreten*. Me lo entrega y lo hojeo. Veo que el prólogo es de un intelectual jesuita amigo del papa Francisco, fallecido en 2022.

«Oh, lo introduce Diego Fares», le digo. «¿Querés que te lo preste?», me pregunta el papa. Dudo unos instantes. No quiero ponerlo en ese compromiso, pero pienso que contribuirá a encuadrar la conversación y aclarar algunos puntos del diálogo. «Sí, sí, claro», respondo confuso. «Muchas gracias. Pero se lo devolveré, no me lo quedo, se lo prometo», añado.

Mientras me acompaña hasta la puerta de su apartamento, guardo el libro en mi mochila. «Me interesa mucho leerlo», le aseguro como despedida. Salgo de allí sonriendo y sorprendido, al pensar que no es habitual que el papa te preste un libro. No imaginaba entonces que entre sus páginas encontraría una clave valiosísima para interpretar la relación entre Ratzinger y Bergoglio y que me abriría las puertas a un nuevo diálogo con el papa.

Oposición y contraste

Después de la conversación en Santa Marta, ya en casa, lo primero que hago es sacar de la mochila con extremo cuidado *L'opposizione polare*, como si fuera un jarrón de cristal. Desde que salí del Vaticano me iba preguntando si el papa me había prestado este libro con un mensaje oculto para completar esta entrevista y me estaba desafiando a descubrirlo.

Lo cierto es que Romano Guardini es un autor de referencia tanto para Benedicto XVI como para el papa Francisco. Jorge Mario Bergoglio se trasladó a Fráncfort en 1986 para estudiarlo en su idioma original y comenzar una tesis doctoral. Por su parte, desde muy joven, Benedicto conocía bien su pensamiento e incluso citó a Guardini en su último gran discurso como papa en el Palacio Apostólico, en su despedida de los cardenales. Releo lo que dijo entonces por si me da alguna pista:

> Desearía dejaros un pensamiento sencillo, que me importa mucho: un pensamiento sobre la Iglesia, sobre su misterio, que constituye para todos nosotros –podemos decir– la razón y la pasión de la vida. Me dejo ayudar por una expresión de Romano Guardini, escrita precisamente en el año en que los padres del Concilio Vaticano II aprobaban la constitución *Lumen gentium,* en su último libro, en el que me escribió una dedicatoria personal y por eso sus palabras son particularmente queridas para mí.
>
> Dice Guardini: «La Iglesia no es una institución inventada y diseñada con teorías [...], sino una realidad viviente [...]. Vive a lo largo del tiempo, en devenir, como todo ser vivo, transformándose. Sin embargo, su naturaleza sigue siendo siempre la misma y su corazón es Cristo».
>
> Lo experimentamos ayer, me parece, en la plaza;[1]ver que la Iglesia es un cuerpo vivo, animado por el Espíritu Santo, y vive realmente por la fuerza de Dios. Ella está en el mundo, pero no es del mundo: es de Dios, de Cristo, del Espíritu. Lo vimos ayer.
>
> Es verdad y elocuente también la otra famosa expresión de

> Guardini: «La Iglesia se despierta en las almas». La Iglesia vive, crece y se despierta en las almas, que –como la Virgen María– acogen la Palabra de Dios y la conciben por obra del Espíritu Santo; ofrecen a Dios la propia carne y, precisamente en su pobreza y humildad, se hacen capaces de generar a Cristo hoy en el mundo. A través de la Iglesia, el Misterio de la Encarnación permanece presente para siempre. Cristo sigue caminando a través de los tiempos y de todos los lugares.[2]

Benedicto se refería a un libro de Romano Guardini de 1965, publicado cuarenta años después del que me había prestado el papa Francisco. De ser el mismo, habría sido perfecto para cerrar simbólicamente la entrevista.

Miro de nuevo la portada de *L'opposizione polare*. Se trata de un volumen de tapas duras, con una bombilla sobre fondo blanco. Pertenece a una colección que preparó el periódico italiano *Corriere della Sera,* con la recopilación de los libros que han marcado al pontífice argentino. El título está escrito con letras doradas y se traduce, literalmente, como 'La oposición polar'. Sin embargo, el título de la edición en español de esta obra es *El contraste.*[3]Noto que del lomo parte una cinta blanca que está marcando una página.

Con terror a estropearlo, me lavo las manos antes de abrirlo. Luego paso deprisa sus hojas en busca de palabras subrayadas o notas que haya dejado su propietario. No encuentro ninguna.

Estudio el índice y leo de un tirón el prefacio preparado por Diego Fares, alumno y amigo de Jorge Mario Bergoglio. Me gusta que prepara ya el terreno para leer el texto con la perspectiva con la que lo leyó por primera vez Bergoglio, en aquel mayo de 1986. Se trataba de un momento particular en su vida. Tras seis años como superior provincial de los jesuitas en Argentina y otros seis como rector de una de sus principales instituciones educativas, el Colegio Máximo de San Miguel –años de profunda división en su país en los que intentó también reconciliar a dos corrientes dentro de la Compañía–, los nuevos superiores nombrados desde Roma decidieron, de alguna forma, desmantelar lo que Bergoglio había construido. Por eso, para no ser obstáculo y también para no sufrir, él decidió alejarse de Buenos Aires y tomarse un año sabático en

Alemania, con la idea de comenzar un doctorado.[4]

El título provisional de su tesis era *Oposición polar como estructura de pensamiento cotidiano y de proclamación cristiana.* Estaba buscando alternativas a la dialéctica hegeliana de «tesis-antítesis-síntesis».[5]Diego Fares lo resume como un intento por parte de Bergoglio de abrir «espacios de encuentro» en una sociedad en la que «la gente habla y se comporta como si estuviera en oposición o en contradicción entre ellos». Me recuerdo a mí mismo que el papa mencionó este libro cuando en la entrevista le pregunté cómo se construye la unidad entre tantas reacciones de oposición, en referencia a las críticas que erosionan su pontificado.

Leo también los dos prólogos a esta obra escritos por Guardini, uno de 1925 y el otro de 1955, y luego el primer capítulo, «La problemática».

Se trata de un texto complejo, una obra de metafísica, materia con la que estoy muy poco familiarizado. Como me cuesta aferrar el contenido y necesito releer varias veces cada párrafo y tomar muchas notas, opto por comprar una edición idéntica para poder subrayarla.

Mientras la consigo, repaso la vida de su autor, uno de los intelectuales que más han influido en el catolicismo del siglo XX. Romano Guardini (1885-1968) fue un filósofo y teólogo con raíces en dos culturas diferentes. Aunque nació en Verona, Italia, toda su familia emigró a Maguncia, Alemania, cuando él tenía solo un año. En casa asimiló la cultura mediterránea y en las aulas adquirió formación intelectual alemana. En 1925, cuando publicó *L'opposizione polare,* tenía ya cuarenta años y había adquirido prestigio en círculos católicos. Dedicó el libro a su amigo Karl Neundörfer, quien fallecería dramáticamente un año más tarde a causa de un accidente de alpinismo. Aseguraba que Neundörfer podría figurar como coautor de esta obra, pues las reflexiones partieron cuando tenían diecinueve años y Guardini le confió, por un lado, las dudas que lo habían alejado de la fe cristiana y, por el otro, más adelante, su propia conversión. La amistad contribuyó a que ambos se ordenaran sacerdotes a la vez en 1910 y continuaran reflexionando juntos. En *L'opposizione polare,* Guardini recogió las

conclusiones que habían madurado durante aquel periodo y que él mismo había expuesto de modo sistemático entre 1923 y 1924 en sus lecciones en la Universidad de Berlín.

En 1939, hostigado por los nazis, tuvo que interrumpir sus clases. Las retomó después de la II Guerra Mundial, en 1945, en Tubinga. En 1947, Romano Guardini se trasladó a la ciudad de Frisinga y es probable que entonces, entre sus alumnos, se colara un tímido seminarista de poco más de veinte años llamado Joseph Ratzinger. Muchos años después, el 29 de octubre de 2010, el anciano pontífice recordó cómo eran aquellas lecciones: «Nos guiaba para dialogar con la verdad. Su palabra clave era: "Mirad...", porque quería guiarnos a "ver", y él se mantenía en un diálogo interior con quienes le escuchaban».[6]

Benedicto citó entonces la frase que Guardini repetía en sus clases de teología, la expresión que lo conquistó de forma definitiva: «Lo que me interesa –decía Guardini– no es lo que alguien haya dicho sobre la verdad cristiana, sino qué es lo verdadero».[7]Esa propuesta resonaba con fuerza en el entonces futuro papa, que, hablando por él y por sus compañeros, aseguró: «No queríamos conocer "un castillo de fuegos artificiales" de opiniones de dentro o fuera del cristianismo: queríamos conocer la verdad».[8]Como los grandes maestros, Guardini en sus aulas no «repetía» citas de autores ilustres, sino que enseñaba a pensar. A «mirar».

Para Guardini, y también para Ratzinger, esa búsqueda de la verdad, ese «mirar», no se limitaba al plano teórico, pues «lo sigue un *ethos,* una base para nuestro comportamiento moral hacia el prójimo, como exigencia de nuestra existencia».[9]

También el interés concreto de Bergoglio por *L'opposizione polare* de Guardini tenía que ver con «mirar» la verdad; con la necesidad de verla sin separarse de la realidad y con el comportamiento moral hacia el prójimo. Pero, en su caso, se ceñía al entendimiento entre personas de fe. El filósofo Massimo Borghesi ha encontrado rastros de esa búsqueda ya en algunos escritos y apuntes de Jorge Mario Bergoglio, cuando era provincial de los jesuitas en su propio país.

«De las conferencias y de las relaciones de entonces emergía el esfuerzo del joven jesuita de conducir a la Compañía más allá de la contraposición, violenta y despiadada, que dividía la Argentina entre la junta militar y la guerrilla revolucionaria. Los jesuitas no debían dividirse entre las facciones opuestas, sino luchar por la unidad del pueblo lacerado».[10]Según Borghesi, «la Iglesia, en la visión de Bergoglio, era la *complexio oppositorum* de los contrastes que, en el plano natural, no podían conciliarse, al degenerar en contradicciones insalvables. El catolicismo, como sujeto de paz, se oponía al maniqueísmo y trabajaba para que los polos opuestos –por ejemplo, progresistas-reaccionarios– encontraran una conciliación superior, sin que con esto se eliminaran».[11]

Ya entonces, Jorge Mario Bergoglio buscaba un modelo para afrontar con serenidad las diferencias en el ámbito eclesiástico e impedir que las discrepancias de visión condujesen a las instituciones de la Iglesia a una ruptura o a la parálisis. En el pensamiento de Guardini, Bergoglio se topó con «la idea de la vida, personal y comunitaria, como necesaria tensión polar entre los opuestos, como tensión de oposición y no contradictoria».[12]«Me dio una nueva percepción para enfrentar los conflictos analizando su complejidad y evitando todo reduccionismo simplificador», explicó Francisco a su biógrafo Austen Ivereigh, refiriéndose al libro *L'opposizione polare*.[13]

¿Qué encontró allí Bergoglio que marcó su pensamiento? ¿Cuál es la intuición de Guardini en esta obra? En *L'opposizione polare* Romano Guardini explica que, en la vida de cada persona, a quien se refiere como «un concreto viviente», hay muchos ámbitos que, de alguna forma, están en «oposición» –también lo define como «contraposición»–, pero no en «contradicción». Por ejemplo, realidades como «silencio y palabra» o «individuo y comunidad». No habría silencio si no hubiera palabras y las palabras se pueden distinguir gracias al silencio. Asimismo, yo soy yo mismo como individuo, pero estoy hecho para vivir en comunidad. De esta forma, sin la comunidad no estaría el individuo, pero sin el individuo, tampoco podría haber comunidad.

Se trata de «polos» con identidad propia que no pueden existir

por separado ni mezclarse. Hay una oposición entre ambos, pero no hay ruptura: es una oposición fecunda, una oposición que da vida. Guardini se refiere a esta situación como atracción de «polos opuestos» u «oposición». Es una oposición no antagónica, es decir, no contradictoria, sino complementaria, y por eso la llama «tensión polar».

El filósofo la distingue de las realidades «contradictorias», que son inconciliables y que por lo tanto no pueden dar vida. Por ejemplo, son contradictorias realidades como «el bien y el mal», «la belleza y la fealdad», «lo verdadero y lo falso». La presencia de una excluye a la otra.

El tercer paso es que la clave para superar las divergencias, o para no confundir realidades opuestas con contradictorias, es identificar esa unidad superior fecunda que las contiene en tensión polar.

Aunque Jorge Mario Bergoglio no concluyó la tesis, sus estudios sobre esta cuestión marcan su pensamiento. En 1994, no muchos años después de su periodo en Alemania, participó como obispo auxiliar de Buenos Aires en el sínodo vaticano sobre «La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo». Allí, dijo: «Una tensión, para que la vida que tiene se mantenga viva, no se puede resolver por asimilación de uno de los polos en desmedro de los otros, ni por síntesis (de tipo hegeliano) que anule las polaridades. La tensión (y en este caso la tensión eclesial) debe resolverse en un plano superior, que no sea síntesis, sino que la resolución contenga virtualmente las polaridades tensionantes».[14]

Francisco, ya como papa, ha abordado en varias ocasiones la huella que le dejó este modo de razonar. Por ejemplo, lo hizo en el libro entrevista *Soñemos juntos,* un diálogo con el periodista británico Austen Ivereigh:

> Uno de los efectos del conflicto es ver como contradicciones lo que en realidad son contraposiciones. En una contraposición hay dos polos en tensión, que tiran cada uno para su lado: horizonte y límite, local y global, el todo y la parte, etcétera. Son contraposiciones porque, aun siendo contrarias, interactúan en una tensión fecunda y creativa. Como Guardini me enseñó, la creación

> está llena de estas polaridades vivas o *Gegensätze;* nos dan vida y dinamismo. Las contradicciones, *Widersprüche,* por el contrario, exigen una elección entre lo correcto y lo incorrecto. (El bien y el mal nunca pueden ser contraposición, porque lo malo no es la contraparte de lo bueno, sino su negación.)
>
> Considerar las oposiciones[15]como contradicciones es fruto de un pensamiento mediocre que nos aleja de la realidad. El mal espíritu –el espíritu del conflicto, que socava el diálogo y la fraternidad– busca transformar siempre la contraposición en contradicción exigiendo una elección y de este modo reduce la realidad a simples binarios. Así actúan las ideologías y los políticos sin escrúpulos. Es así como, al toparnos con una contradicción que no nos permite avanzar hacia la solución real, sabemos que estamos ante un esquema mental reduccionista y parcial que hay que superar.
>
> Pero el mal espíritu también puede negar la tensión de los dos polos en contraposición, optando por una especie de paz estática. Este es el peligro del relativismo o del falso irenismo, la actitud de «paz a cualquier costo», donde el objetivo es evitar por completo el conflicto. En este caso, no hay una solución, porque la tensión ha sido negada y abandonada. Esto también es negarse a aceptar la realidad.[16]

Esta idea de Guardini ha impregnado el magisterio del papa Francisco. Por ejemplo, su propuesta de la «cultura del encuentro», que ha sido una de las constantes del pontificado. También, las «polaridades» que menciona en *Evangelii gaudium:* el tiempo es más grande que el espacio; la unidad es superior al conflicto –«que no consiste en la absorción de uno en el otro, sino en la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna»–; el todo es más grande que la parte y las realidades son más importantes que las ideas.[17]O la propuesta de la encíclica *Fratelli tutti* de que «los conflictos, las tensiones e incluso los que se podrían haber considerado opuestos en el pasado, pueden alcanzar una unidad multiforme que engendra nueva vida».[18]Además, el modelo del papa Francisco es el poliedro: muestra la posibilidad de la unidad en la diversidad, en contraste con la esfera, que es una propuesta que anula las diferencias.

¿Era el libro *L'opposizione polare* una respuesta del papa a quienes presentan como «contradictorias» las dos visiones de la Iglesia que encarnan Francisco y Benedicto? ¿Una respuesta a

quienes reducen la relación entre estos dos sucesores de Pedro a un combate entre verdad y misericordia, doctrina contra praxis, dogma contra testimonio?[19]

¿Acaso esas diferencias o «contraposiciones», vistas como «tensión fecunda», no podrían ser imágenes de dos pontificados, el de Benedicto y el de Francisco, que no se contradicen y se complementan, pues en último término apuntan a conducir a cada persona a «encontrarse» con Dios? Si Benedicto gobernó la Iglesia de puertas adentro, sacando brillo a la liturgia y a la doctrina, buscando mostrar la racionalidad de la fe al mundo actual, Francisco la gobierna con espíritu de misionero que intenta llegar más allá de sus «fronteras», preocupado por la principal obra de la Creación –las personas– y por mostrar la humanidad de la fe.

Aunque no se trata de buscar parecidos o de delinear diferencias entre ambos pontífices –eso sería caer de nuevo en un «laberinto»–, tomo nota de estas cuestiones para planteárselas a Francisco antes de concluir el libro.

Lo que sí me parece claro es que me estaba dando un antídoto contra un modo equivocado de mirar la realidad y que está envenenando la sociedad actual con posiciones ideológicas y polarizaciones letales. Es una invitación a salir del maniqueísmo para no perder de vista la perspectiva completa de la verdad. Un modo «católico», universal, de «mirar» lo que ocurre, lo que ha ocurrido y lo que puede ocurrir. Un modelo que puede aplicarse a muchas facetas de la vida y de la sociedad; una interesante vía para salir del laberinto en el que parece haberse atascado el siglo XXI, este vendaval ideológico peligrosamente parecido al que soplaba en Europa en 1939.

Con el libro, quería invitarme a salir de los laberintos siempre por elevación, buscando un plano superior. Llegué a esa conclusión gracias también a otro punto de encuentro entre Romano Guardini, Benedicto XVI y el papa Francisco.

Ambos papas reconocen que han leído, y apreciado mucho, otra de sus obras más importantes, *El Señor,*[20]una recopilación de homilías y meditaciones sobre Jesús de Nazaret publicada por primera vez en 1937. Los dos la consideran fundamental en su

formación espiritual.

Y así recordé que cuando se analiza lo que pasa en el Vaticano hay un factor que, si no se toma en cuenta desde el principio, distorsiona irremediablemente la conclusión y la condena al error. Cuando se habla de un papa, que es, por encima de todo, el sucesor del apóstol Pedro, cuando se habla de sus decisiones, de su relación con la Iglesia y con la sociedad, si se pierde de vista a Jesús de Nazaret, el resultado final es una caricatura.

Un consejo de Benedicto XVI

Entre vaticanistas comentábamos que una de esas caricaturas que peor se ajustaban a la realidad era la de llamar a Benedicto XVI con el apodo de Pastor Alemán o Rottweiler de Dios. Pude constatarlo durante mi primer encuentro «periodístico» con el cardenal Joseph Ratzinger, en febrero de 2005, dos meses antes de que lo eligieran papa. Fue cuando presentó el libro de Juan Pablo II *Memoria e identidad,* imponente testamento intelectual y espiritual de un pontífice que había guiado los destinos de la Iglesia católica a lo largo de veintisiete años.[1]

Recuerdo que, cuando concluyó aquel encuentro, en uno de los salones barrocos del Palazzo Colonna de Roma, su secretario, Georg Gänswein, y el entonces portavoz del Vaticano, Joaquín Navarro-Valls, intentaron, sin éxito, espantar a la nube de periodistas que acosaba al cardenal con preguntas sobre la salud de Karol Wojtyła. Navarro-Valls iba explicando con paciencia que el cardenal necesitaba retirarse e intentaba abrirle camino hacia la salida. Me impresionó la sonrisa serena de Ratzinger, quien no parecía temer ni a las cámaras ni a las preguntas. De hecho, con cierta timidez aseguró que, si le dábamos dos minutos para beber un vaso de agua, nos atendería uno por uno. El peso de la experiencia llevó a mis compañeros a desconfiar de la propuesta e insistieron en bloquearle el paso con elegancia, temiendo que el purpurado se «escapara» por la puerta de atrás. Pero Ratzinger hablaba en serio: «De verdad, les aseguro que regreso enseguida», prometió.

Minutos más tarde volvió, efectivamente, y se ofreció a responder a nuestras preguntas. Recuerdo que lo interrogaron sobre las condiciones de Juan Pablo II –entonces muy enfermo–, los entresijos del atentado de 1981 contra el papa que se

mencionaban en el libro que acababa de presentar y la agenda vaticana para las próximas semanas.

Lo cierto es que, cuando llegó mi turno, se habían acabado las cuestiones de actualidad y opté por lanzarle una provocación, más para entender la personalidad de quien tenía delante que por interés en su respuesta.

«Usted es uno de los cardenales más inteligentes y mejor preparados del Vaticano», le dije con cierta capciosidad. «Me pregunto si ha aprendido algo nuevo con este libro de Juan Pablo II». Recuerdo que Ratzinger me escuchaba con atención y percibí que me estaba tomando en serio. Si no me falla la memoria, el cardenal no respondió inmediatamente y dejó pasar uno o dos segundos, quizá calibrando el tono que debía dar a sus palabras. Luego, fue cuestión de un momento, me pareció entrever que se le iluminaba la mirada, señal de que recogía el guante y apreciaba el desafío, y comenzó a responder con una tímida sonrisa. «Bueno, le aseguro que por lo menos he aprendido una cosa: que el mal es una fuerza grande, pero que tiene un límite tanto de duración como de existencia, y que ese límite es la misericordia de Dios», respondió.

No recuerdo si mi predisposición era ya entonces positiva, pero sí que, desde entonces, Ratzinger, de alguna forma, me conquistó. Su preocupación por los límites del mal en el mundo no encajaba con las etiquetas de *Panzerkardinal* y Doctor No con las que a menudo lo presentaban los medios. Y mucho menos con los ladridos de un rottweiler. Con el tiempo, escuchando sus advertencias contra la «dictadura del relativismo», sus explicaciones sobre la racionalidad de la fe o sus catequesis sobre los primeros grandes autores del cristianismo, pero también recordando aquel encuentro, me convencí de que era difícil reconciliar la elevada perspectiva desde la que afrontaba las cuestiones de nuestro mundo con la «rapidación» en la que fluctúan los medios hoy en día.[2]Ratzinger miraba tan de lejos, y tan a lo lejos, que no daba buenos titulares –o, mejor dicho, no daba titulares fáciles– y por eso caímos en la trampa de minusvalorar lo que decía y reducir sus decisiones a sentencias de

la ex Inquisición o de un supuestamente implacable «guardián de la fe».

De hecho, yo mismo aparqué mi breve «entrevista» y no la emití por televisión, pues aquellas declaraciones sobre el mal no me encajaron en ninguna noticia de actualidad. Hasta que fue elegido papa.

Es fácil recordar el momento exacto en el que las usé, la tarde del 19 de abril de 2005, poco después de la *fumata bianca.* Ese día, el tímido Joseph Ratzinger, de setenta y ocho años, aceptó el desafío de convertirse en sucesor de Pedro, sabiendo que habría salido perdiendo de cualquier comparación con el volcánico Juan Pablo II.

Una de las primeras cosas que hice fue avisar al canal de televisión con el que entonces trabajaba, TV Azteca, de México, de que teníamos unas «declaraciones» más o menos recientes del nuevo pontífice. Si lo que decía era demasiado profundo, si su perspectiva sobre «los límites del mal» podía parecer lejana de la actualidad en el informativo de la hora de la cena, aquella noche ya no era un problema. Lo importante era mostrar cómo se comportaba ante las cámaras.

En el futuro caería en la cuenta de que, de modo particular, su capacidad de afrontar la realidad desde una perspectiva elevada fue una de las lecciones más importantes que recibí en mi carrera, pues me ayudó a interpretar no solo su pontificado, sino también los desafíos del tiempo que estábamos viviendo y mi propia vida.

A partir de esa tarde de abril, me ocupé de cubrir como periodista todo el pontificado de Benedicto XVI. Fueron años apasionantes. Estuve en Ratisbona el día de su polémico discurso sobre la racionalidad y la razonabilidad de la fe y también en Estambul cuando rezó en la Mezquita Azul para mostrar que no tenía prejuicios contra el islam. También en La Habana cuando se reunió con el anciano Fidel Castro, quien se sintió fascinado por su visión del mundo y le pidió que le recomendara algunas lecturas. Pude acompañarlo igualmente en la ceremonia de beatificación de Juan Pablo II, recoger sus encuentros con víctimas de abusos y asistir a sus diálogos de preguntas y respuestas con jóvenes en

Roma.

Constaté esa lucidez y honestidad intelectual estudiando sus grandes discursos políticos en el Collège des Bernardins de París, en el Westminster Hall en Londres y en el Bundestag de Berlín. También sus tres grandes encíclicas, sus discursos sobre las repercusiones de las obras maestras de música clásica y sus catequesis sobre los primeros seguidores de Jesús, en las que mostró las raíces del cristianismo. Sin alzar la voz, pero con la solidez de un roble, afrontaba con desconcertante claridad los problemas culturales, intelectuales y filosóficos de su tiempo. Usaba palabras sencillas para describir las trampas del pensamiento, explicar la deshumanización a la que conduce ignorar la existencia de Dios y mostrar vías para escapar de la crisis cultural.

Escudriñando sus expresiones y sus gestos, saltaba a la vista que nunca había dejado de estudiar y que eso le permitió convertirse en el papa «de lo esencial», interesado, sobre todo, en mostrar al auténtico Jesús de Nazaret para hacer accesibles los contenidos de la fe a un mundo que había perdido el sentido religioso y ayudar a experimentar la presencia de Dios en las propias vidas.

Asistí con pena y desconcierto al caso Vatileaks, también cuando resultó claro que no siempre pudo contar con la colaboración leal de quienes le asistían en el Gobierno de la Iglesia, así como cuando, ya anciano, descubrió que incluso uno de sus cuidadores del hogar estaba filtrando a la prensa los documentos que pasaban por su mesa. Vi la sencillez que mostró protegiendo la buena fe de sus consejeros, que, personalmente, me parecieron demasiado interesados en intrigas palaciegas, y escuché con sorpresa el discurso con el que anunciaba su valiente renuncia al ministerio petrino, por falta de fuerzas para seguir llevando el timón de la Iglesia católica.

Sin embargo, de todos aquellos años, guardo con particular cariño el recuerdo de una breve conversación privada que mantuve con Benedicto.

En aquel entonces, los corresponsales en el Vaticano

presenciábamos también parte de los encuentros a puerta cerrada entre el pontífice y los jefes de Estado y de Gobierno, en el Palacio Apostólico, y eran los únicos instantes en los que podíamos dialogar directamente con él.

El líder llegaba escoltado por guardias suizos y *gentiluomini* vaticanos y nosotros nos comportábamos como «testigos de piedra» de su paso bajo los frescos de Rafael. En un estricto silencio, asistíamos a los saludos iniciales con el pontífice, que tenían lugar en la biblioteca del papa, y nos retirábamos cuando se sentaban cara a cara y comenzaba la reunión privada. Unos treinta minutos más tarde, Benedicto tocaba un timbre para avisar de que la conversación había concluido y que los periodistas y fotógrafos podíamos volver a entrar para ver el intercambio de regalos y escuchar los saludos oficiales.

Una vez que el jefe de Estado o de Gobierno hubiera abandonado la habitación, lo habitual era que Benedicto se detuviera unos instantes con los dos o tres periodistas que habían presenciado el encuentro para un saludo bastante apresurado. Era una oportunidad para intercambiar impresiones sobre cuestiones de actualidad, así como un modo de constatar cuánto ganaba el papa Benedicto en las distancias cortas en humanidad y cordialidad.

En esas ocasiones, el entonces portavoz Federico Lombardi le decía nuestro nombre y él respondía con afecto. A veces mencionaba un detalle del país de procedencia del periodista o un recuerdo de su medio de comunicación.

«Javier Martínez-Brocal viene de España», me presentó. «¿Cómo está?», me dijo amablemente el papa. «¡Gracias, santo padre! Muy bien... Por cierto, tengo una curiosidad que me gustaría consultarle», le respondí. Se hizo un pequeño silencio alrededor, no sin cierta dosis de expectación. «¿Hay alguna virtud concreta que, en su opinión, deban cultivar los periodistas?», le pregunté. Uno de sus secretarios, que escuchaba a su lado con atención, interpreté que intentando «proteger» al papa, me indicó amablemente la puerta y me invitó con elegancia a abandonar la sala y a no insistir. *«Grazie, grazie»,* me repetía sonriendo y

señalando la salida. Cabe pensar que el secretario intentara solo que no se alargara el saludo, pero lo viví como ejemplo de ese exceso de «protección» a Benedicto que fue el talón de Aquiles de aquel pontificado. Lo cierto es que Benedicto lo detuvo con un gesto veloz, me tomó ambas manos y me dijo con una bondadosa mirada: «Diría que dos virtudes: la paciencia y la veracidad».

No fue una respuesta automática. Fue la lección de un papa profesor, uno de los intelectuales más finos de su tiempo, que durante veinticinco años había dado clases en las aulas de las turbulentas universidades alemanas, pasado casi cinco años como arzobispo de Múnich, en Alemania, y veintitrés como prefecto de la delicada Congregación para la Doctrina de la Fe.

* * *

«Paciencia y veracidad». Entendí su respuesta como una invitación a sopesar las ideas en tiempos de prisas e inmediatez informativa, a confirmar la veracidad de lo que se viene a saber y a presentarla en su propio contexto para asegurarse de que quien recibe esa información la perciba del modo más cercano posible a la realidad. Se trata, en el fondo, de respetar de modo escrupuloso el pacto informativo con el lector, que justamente confía en que lo que escribes es cierto.

«Paciencia y veracidad». Era una receta que él mismo aplicaba a su modo de actuar. Estos años he pensado a menudo en que viajé con Benedicto en el avión que tomó el 29 de marzo de 2012, de regreso de su visita triunfal a México y Cuba. Y, mientras sobrevolábamos el Atlántico, el papa empezaba a debatirse con una de las decisiones más duras de su vida. Como llevaba el solideo, ninguno de nosotros notó que durante el viaje tuvo un pequeño accidente en el baño, se hizo una herida en la cabeza y el médico tuvo que ponerle unos puntos. Aquella noche, durante el vuelo de regreso a Roma, al recordar los grandes momentos del viaje que acababa de concluir, reconoció que estas visitas eran enormemente valiosas para los católicos y que era imprescindible que un papa pudiera hacerlas. Pero esa caída en México, en vísperas de cumplir

los ochenta y cinco años, le había dado la certeza de que no tenía fuerzas para seguir viajando.

Y así, mientras sobrevolábamos el Atlántico, empezó a madurar la idea de presentar su renuncia al pontificado.

Con «paciencia», esperó otros cinco meses, hasta agosto de 2012, para tomar la decisión definitiva y así, con esa misma actitud, la sopesó hasta que el 11 de febrero de 2013 la anunció en público.

Con «veracidad», que en este caso era sobre todo realismo y humildad, al saber que sería una decisión que a muchos les costaría comprender –«después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia»–, reconoció no tener «fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino» y cedió el paso a una persona «más joven y más vigorosa».

El 27 de febrero de 2013, un día antes de que entrara en vigor la renuncia, se subió por última vez al papamóvil para despedirse de los peregrinos en la plaza de San Pedro. Lo retransmití en directo y fue la última vez que lo vi como pontífice. Me impresionó la limpieza con la que se estaba marchando, sin dejar huellas de resentimiento. Por mi parte, aquella mañana me despedí de él.

Como todos los periodistas en Roma, un día más tarde seguí por televisión su último saludo a los cardenales, antes de quitarse para siempre el anillo del pescador: «Entre vosotros está el futuro papa, al cual ya desde hoy prometo mi incondicional reverencia y obediencia», les dijo.

Benedicto no podía imaginar las presiones que iba a recibir para traicionar esa promesa. Pero resistió los embates y cumplió su palabra hasta sus últimos instantes, cuando, de nuevo y casi sin hacer ruido, se marchó para siempre.

La gran despedida

Cada año, cuando llega la Navidad, el Vaticano se queda vacío. Después de la misa del gallo en Nochebuena y la bendición *urbi et orbi* del 25 de diciembre, la mayoría de los cardenales y obispos de la curia hacen las maletas para celebrar el resto de las fiestas con sus parientes. El único que nunca se marcha es el papa. Esos días, Francisco –como hacían en el pasado sus predecesores– suele reducir un poco su agenda, aunque lo cierto es que sigue bastante ocupado, pues no vive ese ser sucesor del apóstol Pedro como un mero empleo del que poder tomarse días libres.

El miércoles 28 de diciembre de 2022 tuvo su tradicional audiencia general ante unos siete mil peregrinos en el Aula Pablo VI, el gran salón de audiencias del Vaticano. Ese día centró su catequesis en explicar la Navidad y luego, como es habitual, dedicó mensajes específicos a grupos de visitantes divididos por idiomas. Hubiera sido un encuentro similar a los de todos los miércoles si no fuera porque a las 9:47, justo antes de dar la bendición y despedirse, lanzó una bomba informativa: «Quisiera pediros una oración especial por el papa emérito Benedicto, que en silencio está sosteniendo a la Iglesia», aseguró, apartándose del texto que llevaba escrito. «Acordaos de él, pues está muy enfermo. Pedid al Señor que lo consuele y lo sostenga en este testimonio de amor a la Iglesia, hasta el final», añadió. Instintivamente, quienes allí lo escucharon respondieron con un aplauso de cercanía hacia el papa emérito, pues en lenguaje vaticano Francisco acababa de anunciar que estábamos asistiendo a las últimas horas de Benedicto XVI.

Joseph Ratzinger tenía entonces noventa y cinco años y las fotografías que se habían publicado de él en los últimos meses ya lo mostraban muy débil. Tras las palabras de Francisco, el portavoz del Vaticano aclaró que en las últimas horas se habían «agravado

las condiciones de salud del papa emérito debido a la edad avanzada». Otras fuentes añadieron que acusaba una afección respiratoria y problemas de riñón.

Más tarde sabríamos que la salud de Benedicto había colapsado en cuestión de horas y que ese día tuvo que regresar deprisa a Roma su secretario, Georg Gänswein, quien se había desplazado pocas horas antes a la Selva Negra, en Alemania, para saludar a su familia. Cuando llegó esa misma tarde, administró a Benedicto la unción de enfermos.

También yo, que estaba de vacaciones, tomé lo antes posible ese miércoles un par de vuelos desde España y por la noche, ya de madrugada, estaba de regreso en la Ciudad Eterna.

* * *

El jueves 29 de diciembre los portavoces del Vaticano esperaron con prudencia hasta las dos y cuarto de la tarde para publicar el segundo parte médico. «La situación, de momento, es estable», recitaba el breve comunicado. «Benedicto XVI está consciente y lúcido y ha conseguido descansar la noche del miércoles», añadieron. Pero lo cierto es que el equipo médico que atendía al papa emérito consideraba que la situación era ya irreversible y que se estaba apagando lenta e inexorablemente.

Decían que Benedicto estaba transcurriendo esas horas «con la mayor serenidad». Prefirieron no llevarlo al hospital, pues en su casa tenían todo lo necesario para cuidarlo. Permaneció en su propia habitación, en el primer piso del antiguo monasterio Mater Ecclesiae, donde había residido desde que presentó su renuncia. Así pudieron acompañarlo por turnos las personas de su familia; en primer lugar, las mujeres que lo atendían desde que fue elegido papa: Carmela, Loredana, Rossella y Cristina. También Birgit Wansing, su secretaria, quien se había ocupado a lo largo de esos años de pasar a ordenador lo que Benedicto escribía a mano. De fuera se permitía la entrada a muy pocas personas, entre ellas a su médico personal, Patrizio Polisca, y a sus enfermeros –Benedicto apreciaba mucho la ayuda de uno de ellos, llamado fray Eligio, de

la orden hospitalaria de San Juan de Dios–.

Francisco decidió pasar a un segundo plano: evitó ese jueves mantener encuentros públicos y se limitó a publicar un mensaje en redes sociales en el que solicitaba oraciones por Benedicto XVI «en estas horas difíciles». Mientras tanto, habían regresado al Vaticano algunos altos funcionarios para revisar el dispositivo que entraría en vigor en caso de que falleciera el papa emérito.

En el periódico *ABC* resumimos la jornada con el titular: «La Iglesia empieza a despedirse de Benedicto».

* * *

El viernes 30 de diciembre se estabilizó la salud de Benedicto y el Vaticano comenzó a filtrar noticias más tranquilizadoras. «Anoche el papa emérito pudo descansar bien. También participó el jueves por la tarde en la celebración de la Santa Misa en su habitación. Actualmente, su estado es estacionario», recitaba el parte médico enviado por Matteo Bruni a las tres de la tarde. Me hicieron notar que «estacionario», en el ámbito médico, se refiere a pacientes cuya condición clínica está bajo control y que no precisan de dispositivos de cuidados intensivos. Lo interpreté como que el papa emérito estaba respondiendo bien a la terapia para controlar el supuesto bloqueo renal y las dificultades respiratorias.

En aquellas horas, en la intimidad de su casa, quienes lo cuidaban decían que Benedicto XVI insistía en disculparse con un hilo de voz «por la lata que les estoy dando y les he dado en estos años». El anciano pontífice sonreía y desdramatizaba. Desde hacía tiempo, aseguraba entre bromas que no se imaginaba que iba a durar tanto después de la renuncia. «No me esperaba que fuera tan largo el camino entre la sede de Pedro y las puertas del Cielo», repetía.

Aquel viernes, ya muy tarde, desde el periódico me solicitaron, sin prisa, que escribiera un perfil para conocer mejor la figura de Georg Gänswein, así que empecé a reunir datos sobre su vida. En 2003, cuando tenía cuarenta y seis años, se había convertido en secretario del cardenal Joseph Ratzinger, entonces

prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El purpurado había superado ya la edad de jubilación y planeaba retirarse lo antes posible a su Baviera natal. «Usted será mi secretario solo por unos meses, hasta que acabe mi encargo en el Vaticano», le había explicado. Como se sabe, aquella jubilación no llegó nunca y tanto Ratzinger como don Georg tuvieron que cambiar de planes a causa del resultado del cónclave de la primavera de 2005. Él mismo ha recordado que cuando Benedicto acababa de ser elegido y estaba a punto de salir de la Capilla Sixtina lo dejaron entrar junto a otras personas para un primer saludo. Allí, se acercó a su jefe y, sin dudarlo, le prometió «total disponibilidad para la vida y para la muerte». «Lo está cumpliendo», pensé entonces mientras lo escribía.

* * *

Benedicto comenzó a agonizar pocas horas más tarde, al amanecer, y falleció el último día del año, el sábado 31 de diciembre, a las 9:34 de la mañana. La primera persona a la que avisaron de fuera del monasterio fue el papa Francisco. El pontífice acudió enseguida para rezar ante los restos mortales de su predecesor, que seguía en su habitación. Georg Gänswein lo acompañó y le contó cómo habían sido sus últimos momentos. Le dijo que las últimas palabras inteligibles que le escucharon durante la noche fueron: «Jesús, te amo», mirando a un crucifijo. Según algunos, las dijo en alemán, «Jesus, ich liebe dich», y según otros, en italiano, «Signore, ti amo». También le relató que esa misma mañana Benedicto entendía lo que le preguntaban, pero ya no lograba responder, y que a las nueve entró en agonía «muy tranquilo» y «sonriente».

El Vaticano anunció la noticia una hora más tarde. «Con pesar informo de que el papa emérito Benedicto XVI ha fallecido hoy, a las 9:34 horas, en el monasterio Mater Ecclesiae del Vaticano. Apenas sea posible se proporcionará más información», explicó el portavoz, Matteo Bruni.

Desde hacía tiempo, yo tenía listas las primeras palabras de la crónica de aquel luto, esbozadas durante un almuerzo años antes

con un amigo periodista: «El Vaticano llora por segunda vez la pérdida del papa Benedicto XVI. La primera fue hace casi diez años, cuando anunció su renuncia y abandonó la Ciudad Eterna en helicóptero rumbo a Castel Gandolfo. Hoy lo llora de nuevo, tras su fallecimiento en su residencia en los jardines vaticanos».

A mediodía, compareció Matteo Bruni en la sala de prensa del Vaticano. Lo noté conmovido. Explicó en varios idiomas que «el papa Francisco presidirá el funeral el jueves 5 de enero a las nueve y media en la plaza de San Pedro» y que Benedicto XVI había solicitado «que la ceremonia se caracterice por la sencillez y sobriedad». Confirmó que iban a preparar «funerales sobrios, pero solemnes». Veríamos un funeral casi idéntico al de un pontífice «reinante», pero con una diferencia radical: que lo iba a celebrar otro papa.

* * *

Francisco abrió su primer ángelus del año, el domingo 1 de enero, recordando a su predecesor: «En estas horas invocamos la intercesión de la Madre de Dios en particular por el papa emérito Benedicto XVI, que ayer por la mañana dejó este mundo». Los peregrinos respondieron con un fuerte aplauso y el papa interrumpió su discurso, asintiendo agradecido. «Nos unimos todos, con un solo corazón y una sola alma, para dar gracias a Dios por el don de este fiel servidor del Evangelio y de la Iglesia», añadió.

Mientras tanto, durante aquel primer día de 2023, decenas de empleados del Vaticano estaban ya manos a la obra, preparando la basílica de San Pedro para acoger el velatorio solemne de Benedicto. La idea era abrir sus puertas a primera hora del lunes 2 de enero para consentir que el mayor número posible de peregrinos pudieran dar allí su último adiós a los restos de Benedicto. Para conseguirlo, también la policía italiana hizo horas extras, creando corredores de entrada y de salida en las calles adyacentes.

Mientras tanto, se abrió el velatorio «familiar» en el monasterio Mater Ecclesiae y el Vaticano permitió por sorpresa el

acceso de todo aquel que lo deseara. De alguna forma, el peso de la muerte de un papa cambiaba durante unas horas las rígidas reglas de este pequeño país. Los guardias suizos, que normalmente desconfían de todos, entonces se fiaban. «Voy al monasterio Mater Ecclesiae», expliqué cuando me cortaron el paso en el llamado *cancello petrino,* junto a la sede del antiguo Santo Oficio. «Pase, pase», respondieron señalando hacia los jardines, detrás de la cúpula de San Pedro. «Siga recto, suba esas escaleras, y un gendarme le explicará hacia dónde debe dirigirse».

Era necesario caminar poco más de diez minutos, pero parecía un viaje a otro mundo o a una nueva dimensión, pues de repente se dejaba atrás el caos de tráfico y turistas que había en esas fechas a pocos metros, en las calles de Roma.

Dentro de los muros vaticanos se respiraba gran serenidad. Al pasar junto a la estatua del arcángel san Miguel, general de los ejércitos celestiales que vela por la seguridad de este lugar, recordé que la bendijeron Francisco y Benedicto XVI en su primera aparición juntos en público.

Pocos metros más adelante, después de varias curvas entre plantas exóticas y fontanas, se enfilaba la Via del Monastero. Y a mitad de esa calle, que era más bien un camino, se llegaba a un portón entreabierto que conducía a la casa del pontífice emérito, el monasterio Mater Ecclesiae. A partir de ese punto, los últimos pasos del camino hasta una corta escalinata estaban señalados con antorchas pequeñas.

Por fuera, el edificio no parece un monasterio, sino un chalé elegante de dos cuerpos construido en los años sesenta. Antes de ser monasterio fue usado como residencia de jesuitas y después como oficinas de los gendarmes. Para entrar en la capilla ardiente había que atravesar un porche a la izquierda de la entrada principal en el que otras diez o doce personas esperaban su turno en fila, evitando así aglomeraciones en el interior.

En la puerta, Gänswein y una de las mujeres que atendían al papa emérito recibían a quienes iban llegando. «Gracias, gracias por venir», repetían con triste sonrisa. También me pareció ver a fray Eligio, que fue quien escuchó las últimas palabras de

Benedicto. Había varias coronas de flores apoyadas en la entrada; no muchas, cuatro o cinco.

No hizo falta aguardar mucho tiempo para entrar, no esperé más de cinco minutos. Un gendarme vestido de gala daba paso a medida que los visitantes salían. «Pase, pase...», me indicó también a mí.

Dentro, lo que más me llamó la atención fue la sencillez del velatorio del papa emérito. En la capilla habían mantenido los discretos adornos de Navidad, el árbol, el pesebre y algunas ramas de abeto o de pino con velas rojas. Benedicto estaba en un catafalco burdeos dispuesto ante el altar, bajo un sobrio crucifijo de madera. Llevaba la mitra de obispo, el alba blanca, que recordaba la sotana de pontífice, y una casulla roja, el color del luto papal. Para evocar su renuncia, no llevaba los símbolos de la potestad de Gobierno: ni el palio papal, la cinta de lana con cruces que se usa sobre los hombros, ni la cruz pastoral, el bastón rematado con una cruz que empuña en las ceremonias. Tenía puesto un anillo con la efigie de san Benedicto y entre los dedos le habían entrelazado un rosario de color oscuro, marrón o negro. A su lado habían encendido un cirio labrado con la imagen de la Virgen de Altötting, el santuario de la Alta Baviera en el que se conocieron sus padres y donde le enseñaron a rezar.

A los pies del cadáver dispusieron, cuatro reclinatorios que algunos utilizaban para rezar. En la capilla había, un poco apretadas, otras veinte personas: sacerdotes, monjas, empleados del Vaticano, estudiantes, amigos...

También yo, como ellos, me detuve unos minutos. Me arrodillé, lo miré y pensé que Benedicto XVI había sido de veras un gran papa. Le agradecí su incansable búsqueda de Dios y todo lo que había aprendido cubriendo su pontificado. Recordé de nuevo el consejo que me dio: «Paciencia y veracidad». Paradójicamente, en ese momento, caí en la cuenta de que debía marcharme a toda prisa, pues antes de una hora tenía que redactar y enviar a la redacción un reportaje completo.

* * *

Los papas y la Santa Sede se expresan a través de una rica simbología que se remonta a tradiciones de hace muchos siglos. Por eso el fallecimiento de Benedicto XVI, el primer pontífice que presentó su renuncia en tiempos modernos, obligó al Vaticano a replantearse el protocolo existente para la muerte de un sucesor de Pedro y también a inventarse uno nuevo. No es formalismo. La clave es que quien falleció no era ya jefe de Estado y mucho menos vicario de Cristo y que, por lo tanto, no le correspondía ser tratado como tal. Por eso no fue declarado luto oficial en el Vaticano ni se dispuso que las banderas estuvieran a media asta.

Al no tratarse de un papa reinante, el velatorio comenzó en su propia casa y no en la Sala Clementina del Palacio Apostólico. Tampoco se informó de modo oficial a la curia vaticana ni al cuerpo diplomático. Sin embargo, durante la segunda parte del velatorio, el que tuvo lugar en la basílica de San Pedro, sí que estuvo escoltado, en todo momento, por guardias suizos en posición de firmes, a pesar de que este ejército está reservado exclusivamente al pontífice.[1]

Los restos mortales fueron trasladados hasta la basílica vaticana en coche fúnebre el lunes 2 de enero a las siete de la mañana. Era aún de noche cuando abandonó el monasterio Mater Ecclesiae, seguido de un puñado de colaboradores que marcharon a pie y en silencio. En pocos minutos llegaron hasta un acceso lateral de la basílica, la *Porta della Preghiera,* la ‘Puerta de la oración’, donde lo esperaban quince sediarios pontificios, el cuerpo protocolario encargado de recibir a los invitados durante los encuentros con el papa. Su nombre, «sediario», deriva de que en el pasado eran los responsables de cargar con los pontífices en la silla gestatoria. Entonces les correspondió cargar por turnos con el ataúd de Benedicto.

Dentro de la basílica acogió los restos el cardenal arcipreste, Mauro Gambetti, y el coro de la Capilla Sixtina, que, entonando la letanía de los santos, repetía: «Ora pro eo», ‘Ruega por él’. Para entrar en San Pedro, Benedicto pasó bajo el imponente monumento fúnebre que Bernini realizó para Alejandro VII, en el que un

esqueleto que representa la muerte se abre paso entre los pliegues de un manto de jade y muestra un reloj de arena al pontífice para avisarlo de ha llegado su hora.

En pocos minutos prepararon de nuevo el catafalco, esta vez sobre terciopelo de color ocre. Lo dispusieron ante el altar de la confesión y el baldaquino vaticano, muy cerca de la tumba del primer apóstol. Y entonces, a las nueve de la mañana en punto, abrieron las puertas centrales de la basílica y pudo comenzar una conmovedora procesión de peregrinos. Desde ese instante, y hasta el miércoles 4 de enero a las siete de la tarde, pasaron por allí unas doscientas mil personas. La mayoría hicieron alrededor de una hora de fila para entrar. Mostraron, en general, una tristeza serena, sin lágrimas, caminando en respetuoso silencio, algunos quizá rezando rosarios o dejando flores.

* * *

Cuando, el miércoles 4 de enero por la noche, la basílica cerró sus puertas, tuvo lugar ante un puñado de testigos –cardenales, colaboradores y amigos de Benedicto– la última parte del ritual fúnebre del papa emérito. Primero, los restos de Benedicto XVI fueron llevados a un ataúd de ciprés. Como es tradicional, el secretario del papa difunto y el maestro de ceremonias cubrieron el rostro del cadáver con un velo de seda blanca. Georg Gänswein, que no pudo contener las lágrimas, cumplió el gesto con extrema delicadeza, mientras el cardenal Gambetti guiaba el ritual y pedía a Dios que «el rostro de Benedicto, que ha escrutado tus caminos para mostrárselos a la Iglesia, vea ahora tu rostro paternal».

A continuación, depositaron dentro del ataúd una bolsa de tela con medallas para marcar la duración del pontificado: siete de oro, por los años que duró, diez de plata, por los meses extra, y nueve de bronce, por los días. También dejaron allí los tres palios que Ratzinger había llevado a lo largo de su vida: uno como arzobispo de Múnich, otro como decano del Colegio Cardenalicio y el último como obispo de Roma. Y, por último, introdujeron un tubo de plomo lacrado con cera que custodiaba para la posteridad

la biografía del papa escrita en un pergamino. «Benedicto XVI fue el 265.º papa. Su recuerdo permanece en el corazón de la Iglesia y de toda la humanidad», recitaba.

Después, cerraron el ataúd y los guardias suizos regresaron a su lado para custodiarlo por última vez, durante toda la noche. Se hizo de nuevo el silencio.

* * *

Estoy convencido de que la ciudad de Roma tiene alma de poeta. Si durante el funeral de Juan Pablo II, el 8 de abril de 2005, se alzó un inusitado viento en la plaza de San Pedro que hizo ondear las casullas rojas de los cardenales, el día del funeral de Benedicto, el jueves 5 de enero, la basílica y la plaza se despertaron cubiertas de una espesísima niebla. A primera hora de la mañana, mientras entraban los peregrinos a la misa, la nube impedía que se vieran la fachada y la cúpula, como si estuviera abrazándolas. No es un fenómeno habitual. No se alzó ni siquiera a las nueve, cuando se abrieron los cortinajes rojos de la cancela principal para abrir paso, por última vez, al ataúd de Benedicto, llevado en hombros por los sediarios. Estos caminaban compungidos, con paso lento y mirada baja, al compás de la campana de difuntos. Los guiaba el maestro de ceremonias del papa Francisco, Diego Ravelli, y los seguían los principales colaboradores del papa emérito.

El ataúd de ciprés llevaba labrado el escudo papal de Benedicto, con la cabeza de moro de la diócesis de Múnich y Frisinga: la concha que evocaba tanto a los antiguos peregrinos como la reflexión de san Agustín sobre la inmensidad de los misterios de la fe y el oso de san Corbiniano, símbolo bávaro de la gracia de Dios.

Presenciaron la escena unas veinte delegaciones oficiales, pues muchas autoridades solicitaron participar, a pesar de que la Santa Sede solo había invitado formalmente a Italia y Alemania. En primera fila estaban los presidentes de estos dos países junto a la reina Sofía de España y los reyes de Bélgica, Felipe y Matilde. A su lado, los jefes de Estado de Portugal, Polonia, Lituania, Hungría,

Eslovenia, Togo y San Marino, los primeros ministros de Italia, República Checa, Eslovaquia y Gabón y el lugarteniente de la Orden de Malta. Además, países como Reino Unido, Francia, Colombia, Croacia y Chipre enviaron representaciones oficiales presididas por ministros.

Como primer gesto de la ceremonia, Georg Gänswein colocó sobre el ataúd un ejemplar de los Evangelios en recuerdo de la vía que inspiró a Benedicto a lo largo de su vida. A las nueve y media llegó el papa Francisco ya revestido para comenzar la misa. Junto a él la celebraron ciento treinta cardenales, cuatrocientos obispos y tres mil setecientos sacerdotes.

La misa fue breve, con las rúbricas en latín, las lecturas en español, inglés e italiano y las oraciones en alemán, francés, portugués y árabe. La homilía que leyó Francisco era un profundo retrato místico sobre el alma de Joseph Ratzinger: el papa escarbó en ella hasta dar con la fuerza que guio sus decisiones. «Estamos aquí con el perfume de la gratitud y el ungüento de la esperanza para demostrarle, una vez más, ese amor que no se pierde; queremos hacerlo con la misma unción, sabiduría, delicadeza y entrega que él supo esparcir a lo largo de los años», explicó. «Benedicto, fiel amigo del Señor, que tu gozo sea perfecto al oír definitivamente y para siempre la voz de Dios», se despidió de él.

Cuando terminó la misa, como es tradicional en el rito católico, el féretro fue incensado y bendecido mientras se rezaba por el eterno descanso de su alma. Después, los sediarios se acercaron de nuevo para trasladarlo al lugar de la sepultura, las grutas vaticanas, cerca de la tumba del primer apóstol. Como si fuera un panteón familiar, utilizaría el mismo lugar en el que depositaron los ataúdes de sus predecesores Juan XXIII y Juan Pablo II, cuyos restos años más tarde habían sido trasladados a capillas de la nave principal de San Pedro.

Cuando alzaron el ataúd, muchos en la plaza reaccionaron con aplausos emocionados para despedirlo. Hubo también quien solicitó sin perder las formas que Benedicto fuera proclamado santo súbito, mientras que otros alzaron banderas de su Baviera natal y cantaron las palabras de su himno: «Gott mit dir, du Land

der Bayern», ‘Que Dios te acompañe, tierra de los bávaros’.

Y, justo entonces, aquella niebla densa, caprichosa y poética que en la tradición bíblica, cuando cubre el templo, evoca la compañía de Dios, decidió que era el momento de retirarse.

También Francisco se puso de pie para despedirse de Benedicto. Con fatiga, dio unos pasos cojeando y se detuvo en el atrio para esperar el paso del ataúd. Cuando este estuvo cerca, lo bendijo de nuevo. Luego, puso con fuerza una mano sobre el féretro, tanto sosteniéndolo como apoyándose en él, cerró los ojos y rezó así unos instantes que parecieron interminables.

Fue el último encuentro de los dos papas, el gesto que selló este periodo de la historia de la Santa Sede.

Continuidad

Pocos días después de la despedida de otro sucesor de Pedro escuché una frase que se me quedó grabada y me hizo cambiar la perspectiva. Era abril de 2005, Juan Pablo II había fallecido unos días antes y los cardenales estaban a punto de empezar las reuniones para delinear el perfil del nuevo papa, mientras los católicos de todo el mundo estaban de luto por la muerte de un pontífice gigante, que había gobernado la Iglesia durante casi veintisiete años.[1]En Roma, cientos de periodistas íbamos a la caza y captura de cualquier cardenal, en busca de declaraciones que nos dieran pistas sobre el próximo timonel del Vaticano o, al menos, nos ayudaran a confeccionar la lista de «papables».

No sé cómo lo conseguí, pero, gracias a una carambola, me topé con uno de los ciento quince purpurados que participarían en el cónclave, quien, al saber que era periodista, se negó en redondo a conceder una entrevista. Le debí de dar un poco de lástima, porque no me despachó con contundencia y pudimos charlar unos minutos *off the record,* o sea, con los micrófonos apagados y sin poder identificar al interlocutor.

Vistas las reticencias, no le hice ninguna pregunta comprometedora. Quizá le pregunté solo cuáles eran, en su opinión, las prioridades de la Iglesia en aquel momento, cómo iban las reuniones precónclave o cómo estaba viviendo él personalmente esa etapa. Al final, casi al despedirnos, apunté de pasada: «La verdad es que les va a costar mucho encontrar un sucesor de Juan Pablo II, alguien que sea capaz de ponerse en sus zapatos». «Es cierto que es muy difícil, pero todavía más complicado es encontrar a alguien que pueda ponerse en las sandalias del apóstol Pedro. El próximo papa será sucesor de Pedro, no sucesor de Juan Pablo II», me explicó.

Ese breve diálogo con aquel anciano cardenal fue un máster de «vaticanismo». Aprendí algo que ahora me parece obvio, pero que entonces ni siquiera intuía: que un papa ni es ni puede ser una fotocopia de su predecesor. Primero, porque cuando los cardenales lo eligen, buscan, en primer lugar, a alguien capaz de afrontar los desafíos de la Iglesia en ese preciso momento, que son, evidentemente, diferentes de los que encontró su predecesor. Y segundo, porque, para afrontarlos, el nuevo papa no debe mirar de modo primordial a su predecesor, sino, sobre todo, al apóstol san Pedro y a la misión que Jesús le encomendó, tal y como aparece en el Evangelio: «Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos».[2]

Constaté esa «libertad» del papa respecto a las decisiones de su inmediato predecesor ya durante el pontificado de Benedicto XVI. Por ejemplo, cuando, para admitir en la Iglesia católica a comunidades anglicanas que deseaban reconciliarse con Roma sin perder sus tradiciones, autorizó la ordenación sacerdotal de pastores que estaban casados y se convirtió en el primer pontífice que abría la puerta a excepciones en la disciplina del celibato sacerdotal en el rito latino. También cuando –aunque las ceremonias de beatificación y canonización fueron una de las banderas del pontificado de Juan Pablo II– consideró oportuno reducir el número de nuevos santos y delegar las ceremonias de beatificación a un representante personal enviado a la diócesis que promoviera la causa, en lugar de celebrarlas él mismo en Roma. O como cuando, al percibir con mayor claridad la dimensión del fenómeno de los abusos sexuales a menores en la Iglesia, endureció la legislación entonces vigente y expulsó a cientos de sacerdotes culpables.

También Francisco ha hecho cambios respecto a la praxis de sus sucesores. Algunos de ellos, como la prohibición de celebrar el antiguo rito de la misa, la admisión de mujeres en el sínodo de obispos o la decisión de autorizar la bendición informal a una

pareja homosexual o de divorciados vueltos a casar, han resultado desconcertantes para católicos que los consideraban una ruptura con el pasado y, en algunos casos, una fractura traumática con la línea de Benedicto.

Sin embargo, puedo decir, con la perspectiva que ofrece el seguir a diario la actividad de los pontífices, que el modo más acertado de interpretar las decisiones de los papas es lo que Benedicto XVI llamaba «hermenéutica de la continuidad», pues sortea las falsas oposiciones que mencionaba Romano Guardini en *L'opposizione polare*.

El papa emérito mencionó la continuidad entre su magisterio y el de Francisco en una carta del 7 de febrero de 2018 al sacerdote Dario Viganò, entonces prefecto de la Secretaría para la Comunicación de la Santa Sede. En la misiva, Benedicto acusaba recibo de una colección de once libros muy breves editados por la Libreria Editrice Vaticana sobre la teología del papa Francisco: «Aplaudo esta iniciativa que trata de oponerse y reaccionar contra el necio prejuicio de que el papa Francisco es solo un hombre práctico sin una particular formación teológica o filosófica, mientras que yo sería un mero teórico de la teología que comprende poco la vida concreta del cristiano de hoy», escribió Benedicto.

Añadió, además, que esos once «pequeños volúmenes muestran justamente que el papa Francisco es un hombre de profunda formación filosófica y teológica y que, por lo tanto, ayudan a ver la continuidad interior entre los dos pontificados, con todas las diferencias de estilo y temperamento».

La carta dio entonces mucho que hablar, pero no por las palabras de Benedicto, sino porque el prefecto Viganò había mostrado solo una parte del texto y omitido las críticas del papa emérito a uno de los autores de la colección, lo que fue considerado una censura intolerable cometida por el principal responsable de la comunicación vaticana. Con coherencia, Viganò presentó su dimisión unos días más tarde.

Este suceso es paradigma de cómo esa «continuidad interior» citada por Benedicto XVI ha pasado desapercibida a causa del

«ruido» que ha enturbiado estos años las noticias sobre los dos papas. «Ruido» provocado, a menudo, tanto por sus supuestos defensores como por sus aparentes opositores.

Como periodista, he intentado mantenerme al margen de esas discusiones y centrar mis esfuerzos en explicar los motivos que llevan a cada pontífice a tomar sus decisiones y los criterios que lo guían, sin que el punto de partida sea si estoy de acuerdo o en desacuerdo con él. Seguramente, el resultado no siempre habrá estado a la altura, pero sí reconozco que ha sido un viaje apasionante y que, como resultado, he podido constatar la continuidad que guía a los sucesores de Pedro.

Recuerdo el entusiasmo con el que leí en enero de 2006 la primera encíclica de Benedicto XVI, un texto que muchos pontífices usan para plantear su programa de gobierno. Desde que comenzó aquel pontificado, algunas «aves de mal agüero» habían apostado que el «severo» Joseph Ratzinger dedicaría su primer gran texto magisterial a poner los puntos sobre las íes en cuestiones doctrinales o a atajar errores litúrgicos. Como se vio, las prioridades de Benedicto eran muy diferentes.

Sorprendentemente, tituló su primera encíclica *Deus caritas est* (‘Dios es amor’) y la dedicó a un asunto fundamental para cualquier persona, el amor. Benedicto no lo abordó de modo genérico, sino que partió del *eros,* amor como atracción sexual, para llegar al *agape,* el amor desinteresado de amistad o de familia, que no se busca a sí mismo.

De aquel texto me impresionó también su valentía intelectual, pues comenzó el razonamiento a partir de una frase muy dura contra la fe cristiana. «El cristianismo, según Friedrich Nietzsche, habría dado de beber al *eros* un veneno, el cual, aunque no lo llevó a la muerte, lo hizo degenerar en vicio», citó el papa. Reconoció que «el filósofo alemán expresó una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregustar algo de lo divino?».[3]No abordaré aquí el resto de la

encíclica, con la que el papa rebatió la afirmación de Nietzsche.[4]La he sacado a colación porque me interesa destacar otro punto.

En el primer párrafo de ese documento, Benedicto constataba que nadie «comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».[5]Es una experiencia vital que comprenden con facilidad las personas de fe: el cristianismo no es la adhesión a un código moral, sino la certeza de un Dios que te mira con cariño y te invita a hacer lo mismo con todas las personas y con todo lo que haces.

Lo interesante es que esa frase sí sintetizaba el programa del pontificado que acababa de iniciar; describía el objetivo al que Benedicto dirigiría a partir de entonces todos sus esfuerzos y talentos: facilitar ese «encuentro». Eso explica, por ejemplo, que dedicara todos sus tiempos «libres» a escribir un libro sobre Jesús de Nazaret, que reivindicara en sus discursos en parlamentos y universidades la complementariedad y no contradicción entre fe y razón, o que prestara especial atención a los elementos de la liturgia durante las ceremonias para que reflejaran con delicadeza el hecho religioso.

Sin duda, el principal desafío al que se enfrenta cada sucesor de Pedro es ayudar a las personas de su propio tiempo a entablar ese «encuentro» personal con Dios. Para conseguirlo, debe encontrar el lenguaje adecuado en ese momento histórico, los gestos y las palabras que entienda la audiencia a la que se dirige. Además, sería una contradicción que el papa diga una cosa e institucionalmente la Iglesia dé la impresión de actuar de un modo diferente.[6]En este sentido, la misión fundamental de cada pontífice es vigilar para que nada en la Iglesia impida o frene ese «encuentro» con Dios que mencionaba Benedicto.

En lo específico, tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI y Francisco han considerado prioritario recordar a los católicos las consecuencias tangibles de la «misericordia» de Dios. En la práctica significa que, en el cristianismo, el cariño de Dios por las personas, por cada mujer y por cada hombre, es anterior a sus méritos, a sus

buenas obras o a su rectitud moral, y radicalmente independiente de estas.

Sin ánimo de ser exhaustivo, recuerdo que Juan Pablo II contribuyó a difundir este aspecto con su segunda encíclica, *Dives in misericordia,* e instituyendo la fiesta litúrgica de la Divina Misericordia, que se celebra cada año el domingo siguiente a la Pascua. Puso en práctica algunos gestos rompedores para mostrar «misericordia», como la visita en la cárcel al hombre que le disparó en la plaza de San Pedro en 1981, la petición de perdón por las culpas de la Iglesia en el Jubileo del año 2000 o el saludo lleno de paternal cariño a algunas prostitutas en varios encuentros públicos.

Benedicto mantuvo esa misma actitud. Por ejemplo, cuando amplió la posibilidad de celebrar serenamente la llamada misa tridentina en todas las iglesias, lo hizo también para tender una mano a los lefebvrianos, la comunidad cismática que se separó de Roma en 1988 y que consideraba que este era el único rito válido para la Eucaristía. También fue el primer papa que se atrevió a reunirse personalmente con víctimas de abusos cometidos por sacerdotes y a pedirles perdón en nombre de la Iglesia, lo que significaba asumir, sin tenerla, parte de la culpa por lo ocurrido.

En el caso de Francisco, pienso que él considera su principal responsabilidad hacer presente la misericordia de Dios de un modo activo, es decir, «saliendo en busca» de las personas y no esperando a que llamen a las puertas de las iglesias para pedir ayuda. Es un eco quizá del carisma «misionero» de los jesuitas, que viajan hasta las fronteras más lejanas para hablar de Dios a quien ni siquiera sabe que existe. Hace siglos, ese viaje era geográfico, ya fuera al Extremo Oriente –como hicieron san Francisco Javier o Matteo Ricci– o entre los indígenas del Nuevo Mundo –como ocurrió con las reducciones jesuíticas guaraníes en Paraguay–. Actualmente, ese viaje es «existencial» y por eso Francisco sale al encuentro de los «descartados» en todos sus niveles, desde los pobres, los emigrantes o los ancianos que viven solos hasta los transexuales, las personas homosexuales o los divorciados que consideran que no tienen sitio en la Iglesia.

Esas decisiones y gestos reflejan teológicamente que la

salvación que anuncia el cristianismo es gratuita y no puede «comprarse» simplemente comportándose bien. Si acaso, esas buenas obras son una consecuencia y un testimonio de que se ha experimentado un «encuentro» con Dios, que una persona lo ha encontrado en la propia vida y ha dado nueva luz a sus anhelos más íntimos y profundos.

Mirando con un poco de perspectiva las decisiones de los últimos papas, salta a la vista que todas apuntan hacia el mismo objetivo: hacer posible el encuentro con Dios de una sociedad que parece mirar las religiones cada vez con mayor indiferencia. (Digo «parece», porque nadie ha dejado de interrogarse sobre el misterio del dolor, la inmortalidad del alma, el anhelo de infinito que siente cada persona, el vínculo que liga con otras personas o el sentido del mal.) Ese objetivo común de todos los papas es el gran factor de continuidad.

Lógicamente, en la práctica, para facilitar ese «encuentro» cada pontífice se mueve con libertad y creatividad entre cuatro polos: el mandato de Jesús a san Pedro, el legado que ha recibido de sus sucesores, su propio equipaje vital y espiritual y la situación del mundo contemporáneo, con su propia sensibilidad y lenguaje.

En el caso del papa Francisco, pienso que está intentando que la Iglesia –cada católico– aborde la realidad «no como juez, sino como buen samaritano».[7]Que cuando vea las «heridas» de sus contemporáneos (soledad, abandono, fragilidades, pecados, indiferencia...) no reaccione valorando si esa persona ha actuado de acuerdo con la moral cristiana o contra ella, sino buscando el modo de ayudarla a alzarse en pie. Por eso compara la Iglesia con el médico de un hospital de campo de batalla, que debe afrontar las lesiones graves de los heridos antes de ocuparse de patologías menores como el sobrepeso, un resfriado o problemas de digestión. Se trata, por lo tanto, de ayudar a las personas en la situación en la que están y no en la que «deberían estar», pues –como dice– «la realidad es superior a la idea».

Esa perspectiva permite encuadrar mejor aquellas decisiones que han desconcertado a algunos sectores católicos, como su propuesta de que los sacerdotes presten atención espiritual a

personas divorciadas y vueltas a casar para que, en algunos casos, puedan también recibir la comunión; su decisión de autorizar que los sacerdotes puedan impartir bendiciones a parejas homosexuales, siempre que no se confunda con una boda, o la insistencia en prestar ayuda humanitaria a quienes se ven forzados a abandonar su país a causa de la miseria, la guerra o la violencia.

Propone, en todo caso, que la Iglesia no actúe como una «aduana» que decide lo que puede o no puede admitir, sino como familia que ayuda a las personas a tener una vida plena, lo cual incluye una vida espiritualmente plena. Su misión prioritaria no es «controlar o dar permiso», sino «facilitar y ayudar». Además, Francisco, igual que sus predecesores, considera que la fe es un don y que quien no la tiene no puede ser tratado ni con desprecio ni con indiferencia.

En paralelo, juzga necesario dar libertad a los futuros sucesores de san Pedro para que no se sientan «atados de manos» a modos de hacer de sus predecesores, desde la casa donde residir en el Vaticano hasta la procedencia de los nuevos cardenales o el lugar de su tumba. También está intentando despojar al papado de elementos superficiales que fueron útiles en el pasado, pero podrían eclipsar la misión del sucesor de Pedro en este momento histórico, como tronos dorados, cruces con vistosa apariencia de joyas, coches de lujo con cristales blindados o el uso de un lenguaje difícil de entender.

Algunos advierten que este modo de proceder no ha obtenido una mayor afección hacia el papa o hacia la Iglesia y que en algunos casos incluso está vaciando las iglesias o creando confusión. Podría ser, pues, de hecho, el anuncio de algunas de sus medidas ha provocado encendidas protestas contra Francisco en ciertos sectores. Sin embargo, no se trata de una estrategia para llegar a nuevas personas o contentar a los que ya practican la fe, sino del modo en que el sucesor de Pedro considera que se debe encarnar el mensaje del Evangelio en el siglo XXI.

Lo resumía en pocas palabras Juan Pablo II, al explicar aquella misteriosa frase del Evangelio de Mateo con la que Jesús establece el primado de Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra

edificaré mi Iglesia y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos…».

«No se trata solo de poder enunciar afirmaciones doctrinales o dar directrices generales de acción», explicaba el pontífice polaco durante una audiencia general en noviembre de 1992. «Según Jesús, es poder "de desatar y de atar", o sea, de tomar todas las medidas que exija la vida y el desarrollo de la Iglesia. [...] Ahora bien, es preciso añadir enseguida que la finalidad de este poder consiste en abrir el acceso al reino, no en cerrarlo: "abrir", esto es, hacer posible el ingreso al reino de los cielos y no ponerle obstáculos, que equivaldrían a "cerrar". Esa es la finalidad propia del ministerio petrino, enraizado en el sacrificio redentor de Cristo, que vino para salvar y ser puerta y pastor de todos en la comunión del único redil», recordó.

Abrir y no cerrar. En eso consiste la continuidad.

Enseñé esta frase al papa Francisco. «Che, es muy buena esta cita, no la conocía», respondió. No la conocía, pero la vivía.

La renuncia

Fue una suma de factores. Había terminado el manuscrito, pero no podía quitarme de la cabeza que quedaban siete u ocho cuestiones en el aire. Eran solo flecos, pero cualquier lector atento habría notado esas lagunas en la conversación y solo el papa Francisco podía responder a ellas. «Hay que terminar las cosas bien», me repetía una y otra vez, pero me frenaba el miedo a abusar de la paciencia del pontífice.

Por otro lado, la editorial necesitaba unas fotos que documentaran la entrevista y yo seguía teniendo en casa el ejemplar de *L'opposizione polare* que me había prestado el papa y que le había prometido que le devolvería lo antes posible. Por eso, me decidí a llamar de nuevo a su puerta.

«Estoy a disposición. ¿Puedes venir el 10 de enero a las cinco de la tarde a Casa Santa Marta?», me propuso.

Esa tarde llegué con una hora de adelanto, pues el fotógrafo, Christian Gennari, quería preparar a conciencia las luces y los equipos. Entramos en una sala de estar en la planta baja de la residencia del papa, un amplio salón con varios ambientes, presidido por una imagen de la Madonna Desatanudos.

Avisaron a Francisco, quien no quiso hacernos esperar y entró en la sala media hora antes de lo previsto. Llegó solo, sin avisar, y, cuando entró, detrás de la puerta se quedaron dos gendarmes, que no nos perdieron de vista a través de los cristales.

«¡Santo padre, buenas tardes!», le dije al acercarme. El papa traía unos folios y unos sobres y los apoyó en una mesa. «Estos rosarios son para vosotros», me dijo. «¡Gracias! Hoy le traigo a algunos de los mejores fotógrafos de Roma. Son Christian y sus asistentes Alessandro y Davide», le conté mientras él les estrechaba la mano.

Francisco estaba sonriente, pero lo noté un poco más serio, pensativo y reservado que en las otras ocasiones. Quizá era el cansancio del día, la presencia de desconocidos o preocupaciones ligadas a su tarea. Durante el encuentro, mencioné la situación delicada de los católicos en un país. «Esta misma tarde tengo una reunión con el cardenal Parolin, a ver si podemos hacer algo», respondió.

«¿Me siento aquí?», me preguntó mientras nos acercábamos a dos sillas dispuestas ante una mesa baja. «Sí, sí». Me puse a su lado y le entregué una copia de las cuestiones pendientes para poder cerrar el libro. «Preguntá, preguntá», repitió de nuevo, sin mirarlas. Esta vez, fuimos hablando sin seguir un hilo conductor preciso. Íbamos saltando de un tema a otro de un modo desordenado, pero no pareció molestarle.

Cuando empezamos la entrevista usted me habló de aquella ópera, *Turandot*, que interpretaron Birgit Nilsson y Montserrat Caballé en Buenos Aires. He encontrado la grabación y se la he traído como recuerdo de estas conversaciones.

¡Ah, mirá! Allí la Caballé se lució con sus fiatos. ¿Esto de dónde lo sacaste?

Lo he comprado en internet. Es la grabación de la ópera que hicieron en el Teatro Colón en septiembre de 1965.

¡Pero qué lindo!

Se escuchan incluso los aplausos del público…

Nilsson, Caballé… ¡Ah! Veo que también interviene De Narké. Era un grande, pero nunca se hizo ver. A este lo oí cantar tantas veces.

¿A quién se refiere?

Victor de Narké. Es un bajo barítono que actuó mucho aquellos años en el Teatro Colón. Como yo iba siempre al gallinero porque era barato, lo escuchaba. Este regalo me toca el corazón. Te lo agradezco mucho. Gracias… Me hace recordar una experiencia de vida muy hermosa.

Bueno, santo padre, los últimos meses están siendo

difíciles... Algunas decisiones suyas han sido contestadas incluso por obispos, sobre todo de corte conservador. En su opinión, ¿qué es lo que no se está entendiendo de usted?

Ahí sí que no sé decirte. Pero creo que el problema es que no dialogan. Yo les digo: «Pregunten, dialoguen, traigan los problemas reales a Roma, no las hipótesis de los problemas». Creo que los problemas hay que dialogarlos siempre.

Algunos de ellos han hablado en público contra *Fiducia supplicans,* el documento sobre las bendiciones a parejas.[1]

Hubo un cardenal de África, Fridolin Ambongo, que vino a Roma porque no lo entendía y trajo la recopilación de las respuestas perplejas de conferencias episcopales africanas. Pero habló con la Congregación para la Doctrina de la Fe y quedó contento. Se le aclararon las cosas, se le explicaron... Lo que quiero decir con esto es que, a veces, algunas personas se quedan con la duda en vez de ir a preguntar a quien puede explicarles las decisiones.[2]

¿Y usted cómo vive personalmente esta situación?

A mí me duele un poco todo eso. Quizá no se comprende que yo sea tan desordenado, porque soy desordenado. Tendría que ser más cuidadoso en eso.

Quizá esperan que usted se quede cruzado de brazos.

Pero un papa no puede ser estático. La Iglesia está en camino y un papa va caminando con la Iglesia. Hay muchas cuestiones de dogma y de moral que se han clarificado en el último siglo. Son verdades que ya estaban, pero que era necesario clarificar. Hoy decimos que la pena de muerte es inmoral, pero eso hace dos siglos no se podía decir. Hoy lo digo yo y se acepta sin problemas. Hoy decimos que la mera posesión de armas atómicas es inmoral, por el riesgo que producen. Pero antes no se podía decir. Como ves, se va progresando en el conocimiento de la moral, de la fe. No es que cambien, es que se van explicitando mejor algunas realidades.

Aún recuerdo cuando a usted le preguntaron si se considera conservador o liberal y respondió: «Las definiciones son limitantes. Yo intento ser no conservador, sino fiel a la Iglesia y siempre abierto al diálogo».[3]

Ser fiel a la Iglesia supone abrirse al diálogo.

El Evangelio de Lucas recoge una promesa de Jesús dirigida al apóstol Pedro que, de alguna forma, sus sucesores van heredando, como parte de su misión: «Yo he rezado por ti». ¿Qué significa para usted, como sucesor de Pedro?[4]

Yo le pido al Señor que no me deje, que no me abandone. Nunca le digo que rece por mí, sino que no me deje. Que yo nunca meta la pata y que, si la meto, me perdone. Pero siempre es pedir ayuda.

Para los católicos, el sucesor de Pedro tiene una asistencia especial del Espíritu Santo, quien lo ayuda a tomar decisiones. ¿Alguna vez el Espíritu Santo le ha hecho cambiar de opinión?

Bueno, yo vine a Roma con lo puesto, Dios me llevó por otro lado y aquí estoy. Dios nos ayuda a todos y a lo largo de mi vida yo siempre lo he sentido de alguna forma.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo, en los años de mi «destierro» a Córdoba, en Argentina, unos meses muy oscuros, yo dedicaba mucho tiempo a escuchar confesiones.[5]Entonces, para pasar el rato en los momentos libres, agarré de la biblioteca de la casa de los jesuitas la larga *Historia de los papas,* de Ludwig von Pastor.[6]Lo recordaba estos días, pues no entiendo por qué se me ocurrió leer esa obra. Pero el Señor quiso que lo hiciera.

Se dice que para usted fueron muy difíciles aquellos veintiún meses, pero que fue un momento de renovación espiritual. ¿Es en esa etapa donde nació su devoción por la Virgen de la Ternura, esa imagen que cubre con su manto a las personas?

El manto de la Virgen tiene para mí un significado especial, porque en ese periodo en Córdoba yo rezaba en la iglesia de la Compañía de Jesús y me ponía bajo la imagen de la Virgen, Madre de la Compañía, que protege con su manto. A mí esa imagen me dice mucho.

¿Todavía le sigue diciendo?

Claro, por supuesto.

Sé que en ese periodo en Córdoba también continuó profundizando en obras de Romano Guardini. Por cierto, he disfrutado mucho *L'opposizione polare.* No es fácil de leer, pero es fantástico.

Es el primer libro metafísico de Romano Guardini. No es fácil, pero es un gran autor. Es un libro muy bueno. Me gusta esa filosofía de superación de las polaridades.

Al contextualizar su etapa de estudios en Alemania he explicado que usted se marchó de Argentina para quitarse de en medio, pues estaban desmantelando lo que había construido como superior provincial de los jesuitas y rector del Colegio Máximo.

Vos podés decir lo que quieras, pero no fue así. Fui a Alemania porque tenía interés en llevar adelante el estudio sobre Romano Guardini, que además me vino muy bien. Me vino francamente bien la estancia, ya sea en la ciudad de Boppard, donde estuve dos meses, ya sea en Rothenburg ob der Tauber, donde estuve solo un mes.

Leyendo el libro de Romano Guardini me preguntaba si una de esas falsas oposiciones es la que algunos ven entre Francisco y Benedicto.

Ah, sí. Esa es una oposición artificial, totalmente falsa.

Acaba de cumplirse un año del fallecimiento de Benedicto XVI. Usted lo recordó ese mismo día y también lo vimos en unas fotos reunido con el secretario del papa emérito y con las mujeres que lo atendían. Se los veía muy sonrientes. ¿Cómo fue ese encuentro?

Estuvo muy bien. Fue una alegría poder encontrarlos. Quería que se sintieran en casa. Vinieron a San Pedro para celebrar una misa por el aniversario el mismo 31 de diciembre, me pareció normal que quisieran hacerlo. Fueron muy amables. Fue un encuentro tranquilo. Fue breve, pero estuvo bien.

¿Qué ha sido del monasterio Mater Ecclesiae, donde residió el papa emérito?

Ha vuelto allí una comunidad de religiosas de clausura que se dedica a rezar por el papa. El otro día fui a visitarlas.

Ahora que ha pasado tiempo y se puede considerar lo ocurrido con mayor perspectiva, en su opinión, ¿por qué Benedicto XVI renunció al papado?

Lo que voy a contarte no es una hipótesis mía. Lo sé porque me lo dijo él mismo. Una vez estábamos hablando y salió esta cuestión. Benedicto renunció por honestidad. Sintió que las fuerzas no le daban y esto era un problema, pues además tenía por delante el viaje a Río de Janeiro previsto para julio de 2013, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. Su renuncia fue un gesto de honestidad. Era un hombre que para nada estaba apegado al poder. Justo estos días estoy leyendo algunas cosas sobre esto.

Con la experiencia de estos años de convivencia, ¿usted ve más ventajas o inconvenientes en la posibilidad de que los futuros papas renuncien?

Creo que depende de cada persona. Ahora esa puerta está abierta. Lo cierto es que siempre existió esa posibilidad, pero Benedicto la abrió. Algunos me preguntan si yo me planteo renunciar. Es una posibilidad posible, pero por el momento no he sentido la necesidad.

Entendido. Gracias, muchas gracias, por esta conversación, santo padre.

IV
Siete discursos clave sobre la relación entre dos papas

Benedicto XVI explica cómo ejercerá el papado emérito

La última audiencia general de su pontificado

El último gran encuentro público del pontificado de Benedicto fue una despedida durante la audiencia general del miércoles 27 de febrero de 2013, a poco más de veinticuatro horas de la entrada en vigor de la renuncia.

Fue la última vez que se subió al papamóvil y bendijo a los católicos desde la plaza de San Pedro.

Aquella mañana de febrero, entre los miles de peregrinos, había un reducido grupo de personas que alzaron una pancarta con una curiosa petición en italiano: «Benedetto XVI di nuovo papa!», '¡Benedicto XVI, papa de nuevo!'. Representaban a un sector de admiradores de Ratzinger que no comprendían ni compartían su decisión de renunciar al pontificado.

Benedicto XVI aseguró en su discurso de despedida que se sentía «conmovido» y fue una de las pocas veces en estos años que reconoció sus sentimientos en público. También explicó que, cuando se iniciase la sede vacante a las ocho de la tarde del día siguiente, no tenía intención de «regresar a la vida privada, a una vida de viajes, encuentros, recepciones, conferencias». «Ya no tengo la potestad del oficio para el gobierno de la Iglesia, pero en el servicio de la oración permanezco, por así decirlo, en el recinto de San Pedro», aseguró.

Papa Benedicto XVI
Plaza de San Pedro
Miércoles, 27 de febrero de 2013

Venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, distinguidas autoridades, queridos hermanos y hermanas:

Os doy las gracias por haber venido, y tan numerosos, a esta que es mi última audiencia general.

Gracias de corazón. Estoy verdaderamente conmovido y veo que la Iglesia está viva. Y pienso que debemos también dar gracias al Creador por el buen tiempo que nos regala ahora, todavía en invierno.

Como el apóstol Pablo en el texto bíblico que hemos escuchado, también yo siento en mi corazón que debo dar gracias, sobre todo a Dios, que guía y hace crecer a la Iglesia, que siembra su Palabra y alimenta así la fe en su Pueblo.[1]En este momento, mi alma se ensancha y abraza a toda la Iglesia esparcida por el mundo y doy gracias a Dios por las «noticias» que en estos años de ministerio petrino he recibido sobre la fe en el Señor Jesucristo y sobre la caridad que circula realmente en el Cuerpo de la Iglesia y que lo hace vivir en el amor, y sobre la esperanza que nos abre y nos orienta hacia la vida en plenitud, hacia la patria celestial.

Siento que llevo a todos en la oración, en un presente que es el de Dios, donde recojo cada encuentro, cada viaje, cada visita pastoral. Recojo todo y a todos en la oración para encomendarlos al Señor, para que tengamos pleno conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual, y para que podamos comportarnos de manera digna de Él, de su amor, fructificando en toda obra buena (cfr. Col 1, 9-10).

En este momento, tengo una gran confianza, porque sé, sabemos todos, que la Palabra de verdad del Evangelio es la fuerza de la Iglesia, es su vida. El Evangelio purifica y renueva, da fruto, dondequiera que la comunidad de los creyentes lo escucha y acoge la gracia de Dios en la verdad y en la caridad. Esta es mi confianza, esta es mi alegría.

Cuando, el 19 de abril de hace casi ocho años, acepté asumir el ministerio petrino, tuve esta firme certeza que siempre me ha acompañado: la certeza de la vida de la Iglesia por la Palabra de Dios. En aquel momento, como ya he expresado varias veces, las palabras que resonaron en mi corazón fueron: «Señor, ¿por qué me pides esto y qué me pides? Es un peso grande el que pones en mis

hombros, pero si Tú me lo pides, por tu palabra echaré las redes, seguro de que Tú me guiarás, también con todas mis debilidades». Y ocho años después puedo decir que el Señor realmente me ha guiado, ha estado cerca de mí, he podido percibir cotidianamente su presencia. Ha sido un trecho del camino de la Iglesia que ha tenido momentos de alegría y de luz, pero también momentos no fáciles; me he sentido como san Pedro con los apóstoles en la barca en el lago de Galilea: el Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa suave, días en los que la pesca ha sido abundante; ha habido también momentos en los que las aguas se agitaban y el viento era contrario, como en toda la historia de la Iglesia, y el Señor parecía dormir. Pero siempre supe que en esa barca estaba el Señor y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino que es suya. Y el Señor no deja que se hunda; es Él quien la conduce, ciertamente también a través de los hombres que ha elegido, pues así lo ha querido. Esta ha sido y es una certeza que nada puede empañar. Y por eso hoy mi corazón está lleno de gratitud a Dios, porque jamás ha dejado que falte a toda la Iglesia y tampoco a mí su consuelo, su luz, su amor.

Estamos en el Año de la Fe, que he proclamado para fortalecer precisamente nuestra fe en Dios en un contexto que parece rebajarlo cada vez más a un segundo plano. Desearía invitaros a todos a renovar la firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, también en la dificultad. Me gustaría que cada uno se sintiera amado por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha mostrado su amor sin límites. Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano. En una bella oración para recitar a diario por la mañana se dice: «Te adoro, Dios mío, y te amo con todo el corazón. Te doy gracias porque me has creado, hecho cristiano...». Sí, alegrémonos por el don de la fe; es el bien más precioso que nadie nos puede arrebatar. Por ello demos gracias al Señor cada día, con la oración y con una vida cristiana coherente. Dios nos ama, pero espera que también nosotros lo amemos.

Pero no es solo a Dios a quien quiero dar las gracias en este momento. Un papa no guía él solo la barca de Pedro, aunque sea esta su principal

responsabilidad. Yo nunca me he sentido solo al llevar la alegría y el peso del ministerio petrino; el Señor me ha puesto cerca a muchas personas que, con generosidad y amor a Dios y a la Iglesia, me han ayudado y han estado cerca de mí. Ante todo, vosotros, queridos hermanos cardenales: vuestra sabiduría y vuestros consejos, vuestra amistad, han sido valiosos para mí; mis colaboradores, empezando por mi secretario de Estado,[2]que me ha acompañado fielmente en estos años; la Secretaría de Estado y toda la curia romana, así como todos aquellos que, en distintos ámbitos, prestan su servicio a la Santa Sede. Se trata de muchos rostros que no aparecen, permanecen en la sombra, pero precisamente en el silencio, en la entrega cotidiana, con espíritu de fe y humildad, han sido para mí un apoyo seguro y fiable. Un recuerdo especial a la Iglesia de Roma, mi diócesis. No puedo olvidar a los hermanos en el episcopado y en el presbiterado, a las personas consagradas y a todo el Pueblo de Dios: en las visitas pastorales, en los encuentros, en las audiencias, en los viajes, siempre he percibido gran interés y profundo afecto. Pero también yo os he querido a todos y cada uno, sin distinciones, con esa caridad pastoral que es el corazón de todo Pastor, sobre todo del Obispo de Roma, del Sucesor del apóstol Pedro. Cada día he llevado a cada uno de vosotros en la oración, con el corazón de padre.

Desearía que mi saludo y mi agradecimiento llegaran además a todos: el corazón de un papa se extiende al mundo entero. Y querría expresar mi gratitud al cuerpo diplomático ante la Santa Sede, que hace presente a la gran familia de las Naciones. Aquí pienso también en cuantos trabajan por una buena comunicación y a quienes agradezco su importante servicio.

En este momento, desearía dar las gracias de todo corazón a las numerosas personas de todo el mundo que en las últimas semanas me han enviado signos conmovedores de delicadeza, amistad y oración. Sí, el papa nunca está solo, ahora lo experimento, una vez más, de un modo tan grande que toca el corazón. El papa pertenece a todos y muchísimas personas se sienten muy cerca de él. Es verdad que recibo cartas de los grandes del mundo –de los jefes de Estado, de los líderes religiosos, de los representantes del mundo de la cultura, etcétera–. Pero recibo también muchísimas cartas de personas humildes que me escriben con

sencillez desde lo más profundo de su corazón y me hacen sentir su cariño, que nace de estar juntos con Cristo Jesús, en la Iglesia. Estas personas no me escriben como se escribe, por ejemplo, a un príncipe o a un personaje a quien no se conoce. Me escriben como hermanos y hermanas o como hijos e hijas, sintiendo un vínculo familiar muy afectuoso. Aquí se puede tocar con la mano qué es la Iglesia –no una organización, una asociación con fines religiosos o humanitarios, sino un cuerpo vivo, una comunión de hermanos y hermanas en el Cuerpo de Jesucristo, que nos une a todos–. Experimentar la Iglesia de este modo, y poder casi llegar a tocar con la mano la fuerza de su verdad y de su amor, es motivo de alegría, en un tiempo en que tantos hablan de su declive. Pero vemos como la Iglesia hoy está viva.

En estos últimos meses, he notado que mis fuerzas han disminuido y he pedido a Dios con insistencia, en la oración, que me iluminara con su luz para tomar la decisión más adecuada no para mi propio bien, sino para el bien de la Iglesia. He dado este paso con plena conciencia de su importancia y también de su novedad, pero con una profunda serenidad de ánimo. Amar a la Iglesia significa también tener el valor de tomar decisiones difíciles, sufridas, teniendo siempre delante el bien de la Iglesia y no el de uno mismo.

Permitidme aquí volver de nuevo al 19 de abril de 2005.[3]La seriedad de la decisión reside precisamente también en el hecho de que, a partir de aquel momento, me comprometía siempre y para siempre con el Señor. Siempre, pues quien asume el ministerio petrino ya no tiene ninguna privacidad. Pertenece siempre y totalmente a todos, a toda la Iglesia. Su vida, por así decirlo, viene despojada de la dimensión privada. He podido experimentar, y lo experimento precisamente ahora, que uno recibe la vida justamente cuando la da. Antes he dicho que muchas personas que aman al Señor aman también al sucesor de san Pedro y le tienen un gran cariño; que el papa tiene verdaderamente hermanos y hermanas, hijos e hijas en todo el mundo y que se siente seguro en el abrazo de vuestra comunión, porque ya no se pertenece a sí mismo, pertenece a todos y todos le pertenecen.

El «siempre» es también un «para siempre»: ya no existe una vuelta a lo privado. Mi decisión de renunciar al ejercicio activo del ministerio no

revoca esto. No vuelvo a la vida privada, a una vida de viajes, encuentros, recepciones, conferencias, etcétera. No abandono la cruz, sino que permanezco de manera nueva junto al Señor crucificado. Ya no tengo la potestad del oficio para el gobierno de la Iglesia, pero en el servicio de la oración permanezco, por así decirlo, en el recinto de san Pedro. San Benito, cuyo nombre llevo como papa, me será de gran ejemplo en esto. Él nos mostró el camino hacia una vida que, activa o pasiva, pertenece totalmente a la obra de Dios.

Doy las gracias a todos y cada uno también por el respeto y la comprensión con los que habéis acogido esta decisión tan importante. Continuaré acompañando el camino de la Iglesia con la oración y la reflexión, con la entrega al Señor y a su Esposa, que he tratado de vivir hasta ahora cada día y quisiera vivir siempre. Os pido que me recordéis ante Dios y, sobre todo, que recéis por los cardenales, llamados a una tarea tan relevante, y por el nuevo sucesor del apóstol Pedro: que el Señor lo acompañe con la luz y la fuerza de su Espíritu.

Invoquemos la intercesión maternal de la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, para que nos acompañe a cada uno de nosotros y a toda la comunidad eclesial; a Ella nos encomendamos, con profunda confianza.

Queridos amigos, Dios guía a su Iglesia, la sostiene siempre, también y sobre todo en los momentos difíciles. No perdamos nunca esta visión de fe, que es la única visión verdadera del camino de la Iglesia y del mundo. Que en nuestro corazón, en el corazón de cada uno de vosotros, esté siempre la gozosa certeza de que el Señor está a nuestro lado, no nos abandona, está cerca de nosotros y nos cubre con su amor.

Gracias.

«Si tuviese una dificultad o algo que no entiendo, le llamaría»

Rueda de prensa del papa Francisco durante el vuelo Río de Janeiro-Roma

Fue la primera rueda de prensa del papa Francisco y tuvo lugar unos cuatro meses después de su elección. La conversación con los setenta reporteros que lo acompañábamos en el avión papal duró más de una hora. Francisco estaba regresando de su primer viaje internacional, una visita de más de una semana a Brasil que lo llevó a Aparecida y a Río de Janeiro, donde reunió a más de tres millones de personas en la Jornada Mundial de la Juventud.

Su diálogo con los periodistas, el primero de una larga serie que caracterizaría al pontificado, fue una sorpresa para todos. Como método de trabajo, los corresponsales se dividen por idiomas y deciden juntos las preguntas, que luego alguno de ellos formula en nombre del grupo.

Nadie se esperaba que el obispo de Roma afrontara de modo tan libre cuestiones delicadas, incluso relacionadas con polémicas de la actualidad. El papa no había sido informado de los temas que se abordarían. Durante la conversación respondió por primera vez en público a preguntas sobre su relación con Benedicto XVI.

Papa Francisco
Sobrevolando el océano Atlántico
Domingo, 28 de julio de 2013

Pablo Ordaz (corresponsal de *El País,* España): Queríamos saber cómo es su relación de trabajo, no tanto la amistosa; cómo es

su colaboración con Benedicto XVI. No ha habido antes una circunstancia así... ¿Tienen contactos frecuentes? ¿Lo está ayudando en esa carga? Muchas gracias.

Papa Francisco: Creo que la última vez que hubo dos papas, o tres papas, no se hablaban entre ellos, estaban peleando a ver quién era el verdadero. Tres llegó a haber en el Cisma de Occidente.

Hay algo que caracteriza mi relación con Benedicto: yo lo quiero mucho. Siempre lo he querido. Para mí es un hombre de Dios, un hombre humilde, un hombre que reza. Me alegré mucho cuando fue elegido papa. También cuando dimitió fue un ejemplo de grandeza. Un grande. Solo un grande hace esto. Un hombre de Dios y un hombre de oración.

Ahora reside en el Vaticano y algunos me dicen: «Pero ¿cómo puede ser esto? ¡Dos papas en el Vaticano! ¿Pero no te estorba? ¿No te hace la revolución en contra?». Todas esas cosas me dicen, ¿no? He encontrado una frase para responder a esto: «Es como tener al abuelo en casa», pero un abuelo sabio. Cuando, en una familia, el abuelo está en la casa, es venerado, querido, escuchado. ¡Es un hombre prudente! No se mete en nada. Yo le he dicho muchas veces: «Santidad, usted reciba, haga su vida, venga con nosotros». Vino a la inauguración y a la bendición de la estatua de san Miguel.

Esa frase lo dice todo: para mí es como tener al abuelo en casa, mi papá. Si tuviese una dificultad o algo que no entiendo, le llamaría. «Pero, dígame, ¿puedo hacerlo, eso?» Y cuando he ido para hablar de aquel grave problema, el de Vatileaks, él me ha dicho todo con sencillez... al servicio. Es algo que no sé si ustedes saben, creo que sí, pero no estoy seguro: cuando nos habló en el discurso de despedida, el 28 de febrero, nos dijo: «Entre ustedes está el próximo papa, yo le prometo obediencia». Es un grande, es un grande.

* * *

Elisabetta Piqué (corresponsal de *La Nación,* Argentina): Papa

Francisco, ante todo en nombre de los cincuenta mil argentinos que encontré ahí y me decían: «¿Vas a viajar con el papa? Por favor, decile que fue fantástico, estupendo. Preguntale cuándo va a viajar [a Argentina]». Pero ya dijo que no va a viajar… Entonces le voy a hacer una pregunta más difícil: ¿se asustó cuando vio el informe Vatileaks?

Papa Francisco: No. Te voy a contar una anécdota sobre el informe Vatileaks. Cuando fui a ver al papa Benedicto, después de rezar en la capilla, fuimos a su estudio y vi una caja grande y un sobre grueso. Benedicto me dijo, me decía: «En esta caja grande están todas las declaraciones, lo que han dicho los testigos, todas están ahí. Pero el resumen y el juicio final están en este sobre. Y aquí se dice ta, ta, ta». Tenía todo en la cabeza. Pero ¡qué inteligencia! Todo de memoria, todo. Pero no, no me he asustado, no. No, no. Pero es un problema grave, ¿eh? Pero no me he asustado.

«Nadie puede medir cuánto bien ha hecho Benedicto con este regalo»

El papa Francisco y las obras de Ratzinger

En este discurso, el papa Francisco explica por qué la trilogía sobre Jesús de Nazaret es la obra que más aprecia de Benedicto XVI.

Se trata del libro al que su predecesor dedicó todos los tiempos «libres» de su pontificado y que firmó como papa y también a título personal como Joseph Ratzinger, para no darle necesariamente valor magisterial. En esta obra combina la lectura teológica y el análisis histórico de la vida de Jesús.

Benedicto la fue publicando dividida en tres partes, por si acaso «no me llegan las fuerzas» para completarla. Así, en 2007 llegó a las librerías el primer volumen, dedicado a los episodios de la llamada «vida pública» de Jesús; el segundo, en 2011, sobre la Pasión y Muerte de Cristo, y el tercero, sobre los episodios de su infancia, lo concluyó en verano de 2012 y lo publicó meses antes de su renuncia, en noviembre de 2012.

Francisco pronunció este discurso durante la entrega del Premio Ratzinger 2013, considerado el Nobel de Teología. Se trataba de la primera vez que se celebraba tras la renuncia de Benedicto, quien no estaba presente. Los galardonados eran el ministro anglicano Richard Alan Burridge, decano del King's College de Londres, y el alemán Christian Schaller, subdirector del Instituto Papa Benedicto XVI de Regensburg, docente de Teología Dogmática y maestro del entonces prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Gerhard Ludwig Müller.

Papa Francisco
Sala Clementina (Palacio Apostólico Vaticano)
Sábado, 26 de octubre de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy las gracias y me alegra encontrarme con vosotros, sobre todo como signo de nuestro reconocimiento y de nuestro gran afecto hacia el papa emérito Benedicto XVI.

Desearía compartir con vosotros una reflexión que me surge espontánea cuando pienso en el don verdaderamente singular que él hizo a la Iglesia con los libros sobre Jesús de Nazaret.

Recuerdo que, cuando salió el primer tomo, algunos decían: «Pero ¿qué es esto?» ¡Un papa no escribe libros de teología, escribe encíclicas...!». Ciertamente el papa Benedicto se había planteado esta misma cuestión, pero también en este caso, como siempre, siguió la voz del Señor en su conciencia iluminada. Con esos libros no hizo magisterio en sentido propio y no hizo un estudio académico. Hizo un regalo a la Iglesia, y a todas las personas, de lo más valioso que tenía: su conocimiento de Jesús, fruto de años y años de estudio, de confrontación teológica y de oración. Porque Benedicto XVI hacía teología de rodillas y todos lo sabemos. Y puso a disposición esta teología de la forma más accesible.

Nadie puede medir cuánto bien ha hecho con este regalo. ¡Solo el Señor lo sabe! Pero todos nosotros tenemos una cierta percepción de ese bien, pues hemos escuchado a muchas personas que gracias a esos libros sobre Jesús de Nazaret alimentaron su fe, la profundizaron o, incluso, se acercaron por primera vez a Cristo de forma adulta, conjugando las exigencias de la razón con la búsqueda del rostro de Dios.

Al mismo tiempo, la obra de Benedicto XVI ha estimulado una nueva época de estudios sobre los Evangelios entre historia y cristología y en este ámbito se sitúa también vuestro simposio, por el cual felicito a los organizadores y relatores.

Felicitaciones especiales dirijo al reverendo profesor Richard Burridge y al profesor Christian Schaller, a quienes ha sido asignado este año el Premio Ratzinger. En nombre también de mi amado predecesor –con quien he estado hace tres o cuatro días– os expreso vivas felicitaciones: que el Señor os bendiga siempre a vosotros y al trabajo que hacéis al servicio de su Reino.

Y que os bendiga a todos vosotros, queridos amigos, y a vuestros seres queridos.

¡Gracias!

«Usted, santidad, sigue prestando un servicio a la Iglesia»

Homenaje a Benedicto XVI por los sesenta y cinco años de su ordenación sacerdotal

Benedicto XVI cumplió sesenta y cinco años como sacerdote el 29 de junio de 2016. A la vista de su delicada salud y de que tenía ochenta y nueve años, el papa Francisco quiso presidir este homenaje público a su predecesor. El papa emérito viviría otros seis años y medio y en 2021 celebraría en privado el setenta aniversario de su ordenación sacerdotal.

Francisco había explicado dos días antes, durante el vuelo papal de regreso de Armenia, que tenía pensado participar en este homenaje para «decir algunas cosas sobre este gran hombre de oración, de coraje, que es el papa emérito –no el segundo papa–, que es fiel a su palabra y que es un hombre de Dios».[1]

Fue un discurso importante porque en él, sin saberlo, Francisco adelantó las últimas palabras que Ratzinger pronunciaría antes de morir. Además, detalló con delicadeza la ayuda espiritual que Benedicto le estaba prestando con su cercanía.

Papa Francisco
Sala Clementina (Palacio Apostólico Vaticano)
Martes, 28 de junio de 2016

Santidad:

Hoy festejamos la historia de una llamada que inició hace sesenta y cinco años con su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en la catedral de

Frisinga el 29 de junio de 1951. Pero ¿cuál es la nota de fondo que recorre esta larga historia y que desde aquel primer inicio hasta hoy la domina cada vez más?

En una de las muchas y bonitas páginas que usted dedica al sacerdocio destaca cómo, en la hora de la llamada definitiva de Simón, Jesús, mirándolo, en el fondo solo le pregunta una cosa: «¿Me amas?». ¡Qué bonito y verdadero es esto! Porque es aquí, nos dice usted, en ese «¿Me amas?», donde el Señor funda el apacentar, porque solo si existe el amor al Señor Él puede apacentar a través de nosotros: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo» (cfr. Jn 21, 15-19). Esta es la nota que domina una vida entera entregada al servicio sacerdotal y a la teología, que usted, no por casualidad, definió como «la búsqueda del amado»; es esto lo que usted siempre ha testimoniado y sigue testimoniando hoy: que lo decisivo en nuestras jornadas –de sol o de lluvia–, aquello de lo que se deriva todo lo demás, es que el Señor esté verdaderamente presente, que lo deseemos, que interiormente estemos cerca de Él, que lo amemos, que de verdad creamos profundamente en Él y creyendo lo amemos de verdad. Es esta forma de amar la que nos llena el corazón, este creer es lo que nos hace caminar seguros y tranquilos sobre las aguas, incluso en medio de la tempestad, precisamente como le sucedió a Pedro. Este amar y este creer es lo que nos permite mirar al futuro no con miedo o nostalgia, sino con alegría, incluso en la edad ya avanzada de nuestra vida.

Y así, precisamente viviendo y testimoniando hoy de un modo tan intenso y luminoso esta única cosa verdaderamente decisiva –tener la mirada y el corazón orientados hacia Dios–, usted, santidad, sigue sirviendo a la Iglesia, no deja de contribuir verdaderamente con vigor y sabiduría a su crecimiento; y lo hace desde ese pequeño monasterio Mater Ecclesiae en el Vaticano, que se revela de ese modo como algo distinto a uno de esos rinconcitos olvidados en los cuales la cultura del descarte de hoy tiende a relegar a las personas cuando, con la edad, sus fuerzas disminuyen. Es todo lo contrario. Y esto permita que lo diga con fuerza su sucesor, que eligió llamarse Francisco. Porque el camino espiritual de san Francisco se inició en la iglesia de San Damián, pero el verdadero lugar amado, el corazón pulsante de la

Orden [de los franciscanos], allí donde la fundó y donde, al final, entrega su vida a Dios, fue la Porciúncula, la «pequeña porción», el rinconcito junto a la Madre de la Iglesia; junto a María, que, por su fe tan firme y por su forma tan íntegra de vivir de amor y en el amor con el Señor, todas las generaciones llamarán bienaventurada. Así, la Providencia quiso que usted, querido hermano, llegase a un lugar, por decirlo así, precisamente «franciscano», del cual emana una tranquilidad, una paz, una fuerza, una confianza, una madurez, una fe, una entrega y una fidelidad que me hacen mucho bien y nos dan mucha fuerza a mí y a toda la Iglesia. Y me permito decir también que de usted viene un sano y alegre sentido del humor.

El deseo con el cual deseo concluir es una felicitación que dirijo a usted y al mismo tiempo a todos nosotros y a toda la Iglesia: que usted, santidad, pueda seguir sintiendo la mano del Dios misericordioso que lo sostiene, que pueda experimentar y testimoniarnos el amor de Dios; y que, con Pedro y Pablo, pueda seguir exultando con gran alegría mientras camina hacia la meta de la fe (cfr. 1 P 1, 8-9; 2 Tm 4, 6-8).

«Su bondad es el lugar donde vivo y me siento protegido»

Respuesta de Benedicto al papa Francisco

Se trata del último discurso del papa emérito Benedicto XVI, pronunciado en un momento de gran carga emocional. Aquella mañana de 2016 estaban conmemorando el sesenta y cinco aniversario de su ordenación sacerdotal, que él consideraba el día más importante de su vida. Era la primera vez desde su renuncia que ponía pie en la casa en la que residió casi ocho años como pontífice, el Palacio Apostólico.

Durante su última audiencia general, el 27 de febrero de 2013, Benedicto había explicado que después de renunciar no pretendía regresar a su vida privada, sino que permanecería «en el recinto de san Pedro». En este discurso aclara que no se trata solo de una referencia geográfica a los jardines vaticanos y que su cercanía al sucesor de Pedro era de un nivel superior –«es el lugar donde vivo y me siento protegido», llega a confiar–.

Por deseo de Benedicto, fueron invitadas pocas personas al homenaje: el papa Francisco, los cardenales y obispos de la curia y algunos más. El discurso del papa emérito no estaba previsto y Benedicto habló espontáneamente, sin leer un guion. Cuando concluyó, Francisco se alzó emocionado para estrecharle las manos.

Papa emérito Benedicto XVI
Sala Clementina (Palacio Apostólico Vaticano)
Martes, 28 de junio de 2016

Santo padre, queridos hermanos:

Hace sesenta y cinco años, un hermano que fue ordenado conmigo decidió escribir en el recordatorio de la primera misa, además del nombre y las fechas, solo una palabra en griego: «Eucharistoùmen», convencido de que, con esta palabra en sus muchas dimensiones, ya está dicho todo lo que se puede decir en este momento.

«Eucharistoùmen» es un agradecimiento humano, gracias a todos.

¡Gracias sobre todo a usted, santo padre! Su bondad, desde el primer momento de la elección y en cada momento de mi vida aquí, me admira, me hace partícipe, realmente; me llega hasta lo más profundo. Más que en los jardines vaticanos, con su belleza, es su bondad el lugar donde vivo y me siento protegido. Gracias también por la palabra de agradecimiento, por todo, y esperamos que usted pueda seguir adelante con todos nosotros por esta senda de la misericordia divina, mostrando el camino de Jesús, hacia Jesús, hacia Dios.

Gracias también a usted, eminencia, cardenal Angelo Sodano, por sus palabras que han tocado verdaderamente el corazón: «Cor ad cor loquitur».[1] Usted ha recordado tanto la hora de mi ordenación sacerdotal como mi visita en 2006 a Frisinga, donde reviví esto. Solo puedo decir que así, con estas palabras, usted ha interpretado lo esencial de mi visión del sacerdocio, de mi obrar. Le agradezco la relación de amistad que desde hace mucho tiempo continúa hasta ahora, de tejado a tejado:[2] es casi presente y tangible.

Gracias, cardenal Müller, por el trabajo que hace para la presentación de mis textos sobre el sacerdocio, con los cuales trato de ayudar también a mis hermanos a entrar siempre de nuevo en el misterio donde el Señor se entrega en nuestras manos.

«Eucharistoùmen»; en aquel momento, mi amigo [Rupert] Berger quería mencionar no solo la dimensión del agradecimiento humano, sino, naturalmente, la palabra más profunda que se esconde, y que se hace presente en la liturgia, en la Escritura; en las palabras «gratias agens benedixit fregit deditque» [palabras de la consagración en la misa]. «Eucharistoùmen» nos remite a esa realidad de dar gracias, a esa nueva dimensión dada por Cristo. Él transformó en acción de gracias y así en bendición la cruz, el sufrimiento, todo el mal del mundo. Y así, fundamentalmente, transubstanció la

vida y el mundo y nos dio, y nos da cada día, el pan de la vida verdadera, que supera los límites del mundo gracias a la fuerza de su amor.

Al final, queremos entrar en este «gracias» del Señor y así recibir realmente la novedad de la vida y ayudar en la transubstanciación del mundo: que no sea un mundo de muerte, sino de vida. Un mundo en el cual el amor ha vencido la muerte.

Gracias a todos vosotros, que el Señor nos bendiga a todos.

Gracias, santo padre.

«Padre y hermano»

Francisco felicita a Benedicto XVI durante el ángelus de la fiesta de San Pedro

Cuando Benedicto anunció su renuncia en 2013, tenía previsto pasar a llamarse padre Benedicto, como gesto, a la vez, de ruptura y continuidad. Significaba prescindir del título papal y mantener simbólicamente el nombre que tomó cuando fue elegido pontífice. Pero sus colaboradores y los consejeros de la Secretaría de Estado vieron más acorde que se convirtiera en papa emérito o romano pontífice emérito y que las personas se dirigieran a él como «su santidad». Benedicto estaba entonces agotado y, una vez más, pensó que lo más prudente era no insistir y que se hiciera como sus colaboradores proponían.

En 2021, Francisco aprovecha el saludo a los peregrinos después de rezar el ángelus, la oración que los pontífices tienen los domingos y días de fiesta a mediodía desde la ventana que asoma hacia la plaza de San Pedro, para recordar a Benedicto XVI. El papa pide que le den un aplauso por el setenta aniversario de su ordenación sacerdotal y destaca que su predecesor es «obispo emérito de Roma», título que, según numerosos canonistas, es el más acorde para futuros pontífices que presenten la renuncia. Ese día era también la fiesta de San Pedro y San Pablo, patronos de Roma.

Papa Francisco
Plaza de San Pedro
Martes, 29 de junio de 2021

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

[…] Hoy se cumple un aniversario que nos toca el corazón a todos: hace setenta años, el papa Benedicto XVI fue ordenado sacerdote.

A ti, Benedicto, querido padre y hermano, va nuestro cariño, nuestra gratitud y nuestra cercanía.

Él vive en el monasterio, un lugar que se hizo para acoger a comunidades contemplativas aquí en el Vaticano, para que rezaran por la Iglesia. Actualmente, es él el contemplativo del Vaticano, que pasa su vida rezando por la Iglesia y por la diócesis de Roma, de la que es obispo emérito.

Gracias, Benedicto, querido padre y hermano. Gracias por tu testimonio creíble. Gracias por tu mirada continuamente dirigida hacia el horizonte de Dios: ¡gracias! […].

Hoy me dirijo de manera especial a los romanos, en la fiesta de nuestros santos patronos, san Pedro y san Pablo. ¡Os bendigo, queridos romanos! Deseo todo lo mejor a la ciudad de Roma: que, con el esfuerzo de todos vosotros, de todos los ciudadanos, sea habitable y acogedora, que nadie quede excluido, que se cuide a los niños y a los ancianos, que haya empleo y que sea digno, que los pobres y los últimos estén en el centro de los proyectos políticos y sociales. Rezo por esto.

Y vosotros también, queridos fieles de Roma, rezad por vuestro obispo. Gracias.

¡Feliz fiesta a todos! Buen almuerzo y hasta pronto.

«En vista de la hora del juicio»

Carta del papa emérito Benedicto XVI acerca del informe sobre abusos entre 1945 y 2019 en la arquidiócesis de Múnich y Frisinga, en Alemania

Después de su renuncia, Benedicto XVI siguió reflexionando sobre las decisiones que había tomado durante su pontificado y no eludió la responsabilidad que se derivaba de estas.

Diez meses antes de su fallecimiento, cuando tenía noventa y cuatro años, dejó constancia con esta carta del dolor por los abusos cometidos mientras él ocupaba cargos de gobierno en la Iglesia: en sus cinco años como arzobispo de Múnich, veintitrés como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y durante sus casi ocho como papa.

También negó contundentemente las acusaciones de haber actuado con negligencia. Estas fueron planteadas entre las conclusiones del informe elaborado a petición de la Iglesia bávara por el bufete de abogados Westpfahl Spilker Wastl. Los abogados investigaron las respuestas de la arquidiócesis de Múnich y Frisinga a cada señalación de abusos recibida desde 1945 hasta 2019 y plantearon dudas sobre la respuesta de Joseph Ratzinger a cuatro casos de abusos protagonizados por eclesiásticos durante sus años como arzobispo.

Esas acusaciones «no se corresponden a la verdad», escribió Benedicto en esta carta de febrero de 2022.

Meses más tarde, en noviembre de 2022, aceptó también defenderse de la acusación de encubrimiento presentada ante el tribunal civil de Traunstein, Alemania, por una víctima de uno de esos sacerdotes incriminados. Sugería que, si Ratzinger hubiera

actuado, él no habría sufrido molestias años más tarde. En el sistema jurídico alemán, la causa civil solo se abre si lo aprueba la defensa. Ratzinger estaba tan convencido de su inocencia que aceptó participar. El proceso, que no tenía relevancia penal, quedó en el aire a causa del fallecimiento del papa emérito.

El papa Francisco ha elogiado los pasos que dio Benedicto para contrastar los abusos. Como cardenal, Joseph Ratzinger propuso y consiguió trasladar la competencia para juzgar a sacerdotes que habían cometido abusos desde la Congregación del Clero a la Congregación para la Doctrina de la Fe para asegurarse de que fueran procesados.

Como papa, actualizó la normativa para que fuera más eficaz y acorde con el drama de los supervivientes. Fue el primer obispo de Roma que se reunió con víctimas y, en sus dos últimos años de pontificado, expulsó del sacerdocio a casi cuatrocientos sacerdotes culpables de este delito.

Papa emérito Benedicto XVI
Monasterio Mater Ecclesiae
Domingo, 6 de febrero de 2022

Queridas hermanas y queridos hermanos:

Tras la presentación del informe sobre los abusos en la arquidiócesis de Múnich y Frisinga el 20 de enero de 2022, quisiera dirigiros a todos vosotros unas palabras personales. En efecto, aunque fui arzobispo de Múnich y de Frisinga menos de cinco años, sigo teniendo un profundo sentimiento de pertenencia a la arquidiócesis de Múnich como mi patria.

En primer lugar, me gustaría expresar unas palabras de sincero agradecimiento. En estos días de examen de conciencia y reflexión he experimentado tanto apoyo, tanta amistad y tantas muestras de confianza como no hubiera imaginado. Quisiera agradecer especialmente al pequeño grupo de amigos que redactó, con abnegación, mi memorial de ochenta y dos páginas para el bufete de abogados de Múnich que realizó esta investigación, que no podría haber escrito solo. Además de las respuestas a las preguntas que me planteó el bufete, también se añadían la lectura y

el análisis de casi ocho mil páginas de documentos en formato digital. Estos colaboradores me ayudaron después a estudiar y analizar el informe pericial de casi dos mil páginas. El resultado se publicará más adelante, como suplemento a esta carta.

En la gigantesca tarea de aquellos días –la redacción del pronunciamiento– se produjo un error en cuanto a mi participación en la reunión del ordinariato del 15 de enero de 1980. Este error que lamentablemente se produjo no fue intencionado y espero que sea disculpado. Decidí, en su momento, que el arzobispo Gänswein lo hiciera presente en el comunicado de prensa del 24 de enero de 2022. Esto no disminuye en absoluto el cuidado y la dedicación que era y sigue siendo un imperativo evidente para esos amigos. Me afectó profundamente que el descuido se utilizara para dudar de mi veracidad y presentarme incluso como mentiroso. Pero me han conmovido aún más las numerosas expresiones de confianza, los cordiales testimonios y las conmovedoras cartas de aliento que he recibido de tantas personas.

Estoy especialmente agradecido al papa Francisco por la confianza, el apoyo y las oraciones que me ha manifestado personalmente.

Por último, quisiera agradecer a la pequeña familia del monasterio Mater Ecclesiae, cuya comunión de vida en los momentos felices y en los difíciles me da esa solidez interior que me sostiene.

A las palabras de agradecimiento es necesario que siga ahora una confesión. Cada vez me llama más la atención que, día tras día, la Iglesia ponga al principio de la celebración de la santa misa –en la que el Señor nos entrega su palabra y a sí mismo– la confesión de nuestras culpas y la petición de perdón. Rogamos públicamente al Dios vivo que perdone nuestra culpa, nuestra grande, grandísima, culpa. Está claro que la palabra «grandísima» no se aplica de la misma manera a cada día, a cada día en particular. Pero cada día me interpela si también hoy no deba hablar de grandísima culpa. Y me dice de forma consoladora que, por muy grande que hoy sea mi culpa, el Señor me perdona si me dejo examinar sinceramente por él y si estoy realmente dispuesto al cambio de mí mismo.

En todos mis encuentros con víctimas de abusos sexuales por parte de sacerdotes, especialmente durante mis numerosos viajes

apostólicos, he percibido en sus ojos las consecuencias de una grandísima culpa y he aprendido a entender que nosotros mismos caemos dentro de esta grandísima culpa cuando la descuidamos o cuando no la afrontamos con la necesaria decisión y responsabilidad, como ha sucedido y sucede demasiadas veces. Como en aquellos encuentros, hoy nuevamente puedo solo expresar a todas las víctimas de abusos sexuales mi profunda vergüenza, mi gran dolor y mi sincera petición de perdón. Ya que he tenido importantes responsabilidades en la Iglesia católica, mayor es mi dolor por los abusos y errores que se han producido durante el tiempo de mi misión en los respectivos lugares. Cada caso de abuso sexual es terrible e irreparable. Me siento consternado por cada uno de ellos en particular y a las víctimas de esos abusos quisiera hacerles llegar mi más profunda compasión.

Comprendo cada vez más la repugnancia y el miedo que Cristo experimentó en el Monte de los Olivos cuando vio todas las cosas terribles que debía superar interiormente. El hecho de que los discípulos estuvieran dormidos en ese momento representa, por desgracia, una situación que se repite incluso hoy y por la que también me siento interpelado. Por eso, solo puedo elevar mis oraciones al Señor y suplicar a todos los ángeles y a los santos, y a vosotros, queridas hermanas y queridos hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Muy pronto me presentaré ante el juez definitivo de mi vida. Aunque pueda tener muchos motivos de temor y miedo cuando miro hacia atrás en mi larga vida, me siento sin embargo feliz, porque creo firmemente que el Señor no solo es el juez justo, sino también el amigo y el hermano que ya padeció Él mismo mis deficiencias, y por eso, como juez, es también mi abogado (Paráclito[1]). En vista de la hora del juicio, la gracia de ser cristiano se hace evidente para mí. Ser cristiano me da el conocimiento y, más aún, la amistad con el juez de mi vida y me permite atravesar con confianza la oscura puerta de la muerte. A este respecto, recuerdo constantemente lo que dice Juan al principio del Apocalipsis: ve al Hijo del Hombre en toda su grandeza y cae a sus pies como muerto. Pero el Señor, poniendo su mano derecha sobre él, le dice: «No temas: soy yo…» (cfr. Ap 1,12-17).

Queridos amigos, con estos sentimientos os

bendigo a todos.

V
Cronología de la convivencia entre los dos papas



2 de abril de 2005

A las 9:37 de la noche fallece en el Vaticano Juan Pablo II, a los ochenta y cuatro años, tras una larga enfermedad que lo debilitó visiblemente durante la última década de su pontificado.

18 de abril de 2005

Se abre el cónclave en la Capilla Sixtina. En el primer escrutinio, los cardenales que reúnen más apoyos son Joseph Ratzinger y Jorge Mario Bergoglio. Les siguen Carlo Maria Martini, Camillo Ruini y Angelo Sodano.

19 de abril de 2005

Joseph Ratzinger es elegido papa. Toma el nombre de Benedicto XVI en recuerdo del papa que intentó, sin éxito, detener la I Guerra Mundial.

29 de agosto de 2006

Benedicto XVI redacta la versión definitiva de su testamento. También deja lista una declaración de renuncia, que entraría en

vigor en el caso de impedimento físico o mental para ejercer su ministerio. No se conocerá su existencia hasta después de su fallecimiento en 2022.

17 de diciembre de 2011

Jorge Mario Bergoglio cumple setenta y cinco años, la edad prescriptiva de jubilación en la Iglesia católica, y envía a Benedicto XVI su renuncia como arzobispo de Buenos Aires. El papa la rechaza y le solicita que se mantenga otros dos años más en el cargo.

25 de enero de 2012

Un reportaje televisivo da a conocer la correspondencia privada dirigida al papa en la que sus colaboradores le alertan de «corrupción, prevaricación y mala gestión» en la adjudicación de obras públicas en el Vaticano.

A partir de ese momento, comienzan a filtrarse a la prensa otros documentos delicados sobre finanzas, nombramientos eclesiásticos y decisiones tomadas por Benedicto XVI. Es el inicio del llamado caso Vatileaks, que erosionará la imagen pública de la curia vaticana.

18 de febrero de 2012

Benedicto XVI crea dieciocho nuevos cardenales electores. Se extiende un cierto malestar: una desproporcionada mayoría de ellos, siete, son italianos.

Entre el 23 y el 29 de marzo de 2012

Benedicto XVI tiene problemas de insomnio y, durante un viaje a México, sufre una caída en su dormitorio y se hace una pequeña herida en la cabeza. Su médico personal, mientras le cura y le cose unos puntos, le desaconseja informalmente realizar nuevos viajes fuera de Europa.

31 de marzo de 2012

El papa encarga a tres cardenales de más de ochenta años, y sin

cargos ejecutivos, que investiguen la filtración de documentos, el caso Vatileaks. Son Julián Herranz (España), Salvatore De Giorgi (Italia) y Jozef Tomko (Eslovaquia). Les da total libertad para revisar documentos, solicitar encuentros e interrogar a testigos y sospechosos. La decisión se hace pública el 26 de abril.

16 de abril de 2012

Benedicto XVI cumple ochenta y cinco años.

30 de abril de 2012

Benedicto XVI comunica a su número dos, el cardenal secretario de Estado Tarcisio Bertone, que está considerando la idea de presentar la renuncia al pontificado.

25 de mayo de 2012

La Gendarmería Vaticana arresta a Paolo Gabriele, mayordomo personal de Benedicto. Es el principal sospechoso de la sustracción de documentos de la oficina del papa y de su filtración a la prensa. El fiscal lo acusará más adelante de «hurto agravado».

30 de mayo de 2012

Benedicto habla por primera en público del caso Vatileaks. Durante una audiencia general, dice que «los acontecimientos de los últimos días en relación con la curia y mis colaboradores han llenado mi corazón de tristeza. Deseo renovar mi confianza y aliento a mis colaboradores más cercanos y a todos aquellos que cada día, con lealtad y espíritu de sacrificio y en silencio, me ayudan en el cumplimiento de mi ministerio».[1]

23 de junio de 2012

Benedicto XVI se reúne con cinco cardenales de su plena confianza para abordar la crisis en la curia. Se trata de Jozef Tomko, miembro de la comisión que está investigando el caso Vatileaks; George Pell, arzobispo de Sídney, Australia; Marc Ouellet, prefecto de la Congregación para los Obispos; Jean-Louis Tauran, presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso; y Camillo

Ruini, expresidente de la Conferencia Episcopal italiana. Llama la atención la ausencia, entre los convocados, del secretario de Estado, el cardenal Bertone.

Segunda quincena de agosto de 2012

Benedicto XVI confirma al cardenal Tarcisio Bertone que ha tomado la decisión de renunciar y que la hará pública en Adviento, el tiempo litúrgico previo a la Navidad. El purpurado lo convence de retrasar el anuncio hasta después de esas fiestas. El papa también se lo comunica a su hermano, Georg Ratzinger.

25 de septiembre de 2012

Benedicto XVI informa a su secretario personal, Georg Gänswein, de que ha tomado la decisión de renunciar al ministerio petrino, porque se está quedando sin fuerzas.

6 de octubre de 2012

El mayordomo del papa, Paolo Gabriele, es condenado a tres años de reclusión, reducidos a un año y seis meses, por sustracción de documentos reservados. No presentará recurso contra la decisión del tribunal.

11 de octubre de 2012

Benedicto XVI inaugura el Año de la Fe, que se prolongará hasta el 24 de noviembre de 2013.

Mediados de octubre de 2012

Benedicto XVI sugiere la posibilidad de trasladarse, cuando entre en vigor la renuncia, al monasterio Mater Ecclesiae, en los jardines vaticanos.

Otoño de 2012

Realizan una intervención de rutina a Benedicto XVI para sustituirle el marcapasos que le implantaron en el año 2003.

21 de noviembre de 2012

Publicación del tercer y último volumen de *Jesús de Nazaret*, la obra firmada por Benedicto XVI / Joseph Ratzinger que ha escrito a lo largo del pontificado.

24 de noviembre de 2012

Benedicto XVI nombra seis nuevos cardenales y explica que lo hace para «completar» el anterior consistorio. Ninguno de ellos es italiano. Son los últimos que crea.

7 de diciembre de 2012

Benedicto XVI nombra a su secretario, Georg Gänswein, prefecto de la Casa Pontificia. Tras la renuncia, el cargo se revelará importante, pues actuará como enlace entre el futuro papa y su predecesor.

17 de diciembre de 2012

El papa Benedicto recibe el informe conclusivo de la investigación interna que había solicitado a los tres cardenales sobre el caso Vatileaks.

21 de diciembre de 2012

Según el plan original de Benedicto XVI, el 21 de diciembre es el día en el que habría comunicado su renuncia, durante el encuentro para felicitar la Navidad a la curia vaticana. Su idea era concluir el pontificado el 25 de enero, fiesta litúrgica de la conversión de san Pablo.

22 de diciembre de 2012

Benedicto XVI visita en la prisión vaticana a su mayordomo Paolo Gabriele para comunicarle la concesión de la gracia que este había solicitado. Durante un diálogo de quince minutos, le informa de que la Santa Sede le facilitará un empleo administrativo en un hospital pediátrico católico. Inmediatamente, su colaborador abandona la prisión. El Vaticano lo describe como «un gesto paterno hacia una persona con la que el papa ha compartido durante algunos años un ambiente de familia».

7 de febrero de 2013

Benedicto XVI concluye la redacción definitiva de la declaración de renuncia. Esa semana, comunica la decisión al personal de servicio de su casa.

11 de febrero de 2013

Los cardenales residentes en Roma acuden al Palacio Apostólico Vaticano para participar en un protocolario consistorio ordinario con el papa en el que se fijará la fecha de varias ceremonias de canonización.

Cuando este termina, minutos antes de las doce menos cuarto, Benedicto XVI les «comunica» su decisión de renunciar al papado y explica que esta será eficaz el 28 de febrero de 2013 a las ocho de la tarde.

Ese mismo día, en su primera comparecencia ante los medios de comunicación, el portavoz de la Santa Sede, Federico Lombardi, subraya los elementos que hacen válida la renuncia: el papa ha tomado la decisión con libertad, después de haberla considerado con atención. La ha comunicado a un auditorio cualificado, los cardenales, y queda claro el momento exacto en el que entrará en vigor.

13 de febrero de 2013

Han pasado cuarenta y ocho horas desde el primer anuncio de la renuncia. Durante la audiencia general, ante miles de peregrinos, el papa confirma públicamente su decisión. Solicita oraciones «por mí, por la Iglesia y por el futuro papa».[2]Es la primera vez que menciona en público a su sucesor.

Por la tarde, celebra su última ceremonia en la basílica de San Pedro, donde preside la misa del Miércoles de Ceniza y recibe un aplauso que se prolonga durante varios minutos.

14 de febrero de 2013

El papa Benedicto XVI se reúne con los sacerdotes de Roma. «Aunque me retiro, en la oración estaré siempre cerca de todos

vosotros y estoy seguro de que también vosotros estaréis cerca de mí».

17 al 23 de febrero de 2013

Benedicto XVI suspende todos sus encuentros públicos para realizar los ejercicios espirituales de Cuaresma.

22 de febrero de 2013

Benedicto XVI modifica la legislación del cónclave y otorga a los cardenales la posibilidad de adelantar el inicio de la votación si todos los electores están en Roma. Hasta ahora, la norma obligaba a esperar, al menos, quince días desde el inicio de la sede vacante.

25 de febrero de 2013

Benedicto XVI se reúne por última vez con los tres «cardenales detectives», Tomko, Herranz y De Giorgi, para dar oficialmente por concluida su investigación del caso Vatileaks. «El santo padre ha decidido que las actas, cuyo contenido solo él conoce, queden a disposición solo del nuevo pontífice», explicó el portavoz del Vaticano.

26 de febrero de 2013

El Vaticano anuncia que el título de Benedicto XVI será el de «papa emérito» o el de «romano pontífice emérito» y que se dirigirán a él como «su santidad». Aunque la decisión fue tomada «de acuerdo con Benedicto XVI», este explicó, más adelante, que su idea era pasar a llamarse solo «padre Benedicto», pero que estaba demasiado cansado para imponer su opinión.

También se informa de que seguirá vistiendo la sotana blanca, sin la «esclavina», la capa corta que se lleva sobre los hombros, símbolo de autoridad. El anillo del pescador será destruido.

27 de febrero de 2013

Última vez que Benedicto se sube al papamóvil y última audiencia general. El papa se despide de los católicos en la plaza de San Pedro y repite que ha tomado la decisión de presentar la renuncia

«plenamente consciente de la gravedad y novedad del gesto, pero con una profunda serenidad de ánimo».[3]

28 de febrero de 2013

Por la mañana, el papa tiene su último discurso oficial, un encuentro de despedida con los cardenales al que acuden los ciento cuarenta y cuatro purpurados que ya están en Roma. Antes de marcharse, promete «incondicionada reverencia y obediencia» a quien, de entre ellos, sea su sucesor.[4]

Por la tarde, a las cinco, se traslada en helicóptero al Palacio Apostólico de Castel Gandolfo, a unos veinticinco kilómetros del Vaticano, y pronuncia un saludo desde el balcón que asoma a la plaza principal de la localidad. «Sabéis que para mí este es un día distinto de otros anteriores. Ya no soy sumo pontífice de la Iglesia católica. Todavía lo seré hasta las ocho de esta tarde, después ya no. Soy simplemente un peregrino que empieza la última etapa de su peregrinación en esta tierra. Pero quisiera trabajar todavía con mi corazón, con mi amor, con mi oración, con mi reflexión, con todas mis fuerzas interiores, por el bien común y el bien de la Iglesia y de la humanidad».

A las ocho de la tarde, hora de Roma, entra en vigor la renuncia de Benedicto XVI. Su pontificado había durado 2874 días. Comienza la sede vacante.

4 de marzo de 2013

Arranca la primera «congregación general» o reunión plenaria de cardenales previa al cónclave. Están previstas por la normativa vaticana para que, durante este periodo, los cardenales intercambien impresiones sobre la situación de la Iglesia y el perfil del próximo pontífice.

7 de marzo de 2013

Llega a Roma el arzobispo de Ho Chi Minh (Vietnam), Jean-Baptiste Phạm Minh Mẫn, el último de los ciento quince cardenales con derecho a participar en el cónclave.

8 de marzo de 2013

Los cardenales anuncian que adelantarán el inicio del cónclave y que este comenzará el martes 12 de marzo.

12 de marzo de 2013

Con la misa votiva del Espíritu Santo en la basílica de San Pedro comienza el cónclave. A primera hora de la tarde, entran en la Capilla Sixtina ciento quince cardenales electores. Juran guardar secreto de sus deliberaciones y dar su voto al cardenal que consideren que «debe ser elegido».[5]Los dos cardenales más votados en el primer escrutinio de esa tarde son Angelo Scola, arzobispo de Milán, y Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires.

13 de marzo de 2013

A las 19:06, en la quinta votación del cónclave, Jorge Mario Bergoglio es elegido sucesor de san Pedro número 265. Esto es, el papa número 266.

Cuando sale al balcón central de la basílica de San Pedro dice que, «en primer lugar, quisiera rezar una oración por nuestro obispo emérito, Benedicto XVI. Recemos todos juntos por él, para que el Señor lo bendiga y la Virgen lo proteja».[6]

Ese mismo día llama por teléfono a Benedicto XVI, quien le responde: «Muchas gracias por haberse acordado de mí, santo padre. Le prometo desde ahora mismo mi obediencia. Le prometo mi oración por usted».

15 de marzo de 2013

El nuevo papa se reúne por primera vez con todos los cardenales. «Un pensamiento lleno de gran afecto y profunda gratitud dirijo a mi venerado predecesor Benedicto XVI, que en estos años de pontificado ha enriquecido y vigorizado a la Iglesia con su magisterio, su bondad, su guía, su fe, su humildad y su mansedumbre. ¡Seguirá siendo un patrimonio espiritual para todos!».[7]

19 de marzo de 2013

Fiesta de San José. El papa Francisco llama a Benedicto XVI para felicitarlo por su onomástica.

23 de marzo de 2013

Con gran expectación, el papa Francisco se desplaza a Castel Gandolfo para mantener su primer encuentro con Benedicto XVI.

Según Federico Lombardi, portavoz del Vaticano, se trató de un encuentro de «altísima y profundísima comunión» que dio ocasión a Benedicto para «renovar el acto de reverencia y obediencia a su sucesor», mientras que el papa Francisco «renovó su gratitud y la de toda la Iglesia por el ministerio del papa Benedicto durante su pontificado». Además, este le entrega las actas y conclusiones de la investigación realizada sobre el caso Vatileaks.

2 de mayo de 2013

El papa emérito Benedicto XVI regresa a la Ciudad del Vaticano y comienza a vivir en el monasterio Mater Ecclesiae, que acaba de ser reestructurado. Francisco le da la bienvenida en la puerta de su nueva casa.

29 de junio de 2013

Con fecha de este día, Francisco publica la encíclica *Lumen fidei* o *La luz de la fe* y explica que ya la había dejado prácticamente lista Benedicto XVI.

5 de julio de 2013

El papa Francisco y Benedicto XVI asisten juntos a la inauguración de una estatua de san Miguel en los jardines vaticanos. Es su segundo encuentro y la primera vez que aparecen los dos pontífices juntos en público.

20 de septiembre de 2013

Se publica una extensa entrevista de Francisco con el sacerdote jesuita Antonio Spadaro, director de la revista *La Civiltà Cattolica.*[8]Al referirse a la renuncia, el papa asegura que «Benedicto

realizó un acto de santidad, de grandeza y de humildad». «Es un hombre de Dios», reconoce.

Una vez publicada, Francisco envía una copia a su predecesor y le pide un comentario personal sobre sus respuestas. Benedicto le responde el 27 de septiembre: «He leído el texto con alegría y con consenso completo. [...] Me solicita observaciones críticas, pero estoy de acuerdo con todo, aunque en dos puntos querría añadir un aspecto complementario».[9]Se refiere a respuestas de Francisco sobre el aborto y la homosexualidad.

«Estoy completamente de acuerdo con lo que usted responde [sobre evitar] transmitir una multitud de doctrinas desarticuladas», escribe Benedicto. Explica que, «habiendo vivido veintitrés años cerca de Juan Pablo II, soy testigo del modo apasionado de su lucha por la vida, que consideraba el núcleo de su misión junto a la lucha por los derechos humanos. He entendido que ha visto en la lucha provida, junto a la batalla por los derechos humanos, un núcleo esencial de su misión. [...] Para él no era un moralismo, sino lucha por la presencia de Dios en la vida humana».

En cuanto a la homosexualidad, le alerta de «la propaganda» sobre ideología de género, que defiende que «el individuo se hace a sí mismo hombre o mujer». «Esta propaganda no se interesa del bien de las personas homosexuales [...] muchas personas homosexuales no están de acuerdo con estas manipulaciones y sienten que el problema de su vida se convierte en pretexto para una guerra ideológica».

26 de octubre de 2013

El papa Francisco entrega por primera vez el Premio Ratzinger.

24 de enero de 2014

En una carta al teólogo suizo Hans Küng, Benedicto escribe: «Estoy agradecido de poder estar ligado al papa Francisco por una gran identidad de puntos de vista y una amistad de corazón. Hoy veo como mi única y última tarea apoyar su pontificado con la oración».[10]

11 de febrero de 2014

En el primer aniversario del anuncio de la renuncia, Francisco publica en redes sociales un mensaje sobre su predecesor: «Hoy los invito a rezar conmigo por su santidad Benedicto XVI, un hombre de gran coraje y humildad».

18 de febrero de 2014

El papa emérito escribe una carta al periodista italiano Andrea Tornielli, en la que confirma que presentó la renuncia en modo libre y no influido por presiones.[11]

22 de febrero de 2014

Benedicto XVI, sentado en primera fila, asiste en la basílica de San Pedro al primer consistorio del papa Francisco de creación de nuevos cardenales. Cuando este se le acerca, Benedicto se pone de pie y se quita el solideo como gesto de respeto.

5 de marzo de 2014

Se publica una entrevista al papa Francisco en el periódico italiano *Corriere della Sera.* A una pregunta sobre su relación con Benedicto, responde que «a algunos les hubiera gustado que se retirara a una abadía benedictina lejos del Vaticano. Cuando me enteré, pensé en los abuelos, que con su sabiduría y sus consejos dan fuerza a la familia y no merecen acabar en una residencia de ancianos».[12]

27 de abril de 2014

El domingo de los cuatro papas. Francisco canoniza a sus predecesores Juan XXIII y Juan Pablo II en presencia de Benedicto XVI.

18 de agosto de 2014

De regreso de un viaje a Corea, durante una rueda de prensa a bordo del avión papal, Francisco explica refiriéndose a Benedicto que «nuestra relación es de hermanos. [...] Ya dije que también lo siento como si tuviera a mi abuelo en casa, por la sabiduría: es un hombre con tal sabiduría, con tal perspectiva, que me hace bien

escucharlo, y también me anima mucho. Esta es la relación que tenemos».[13]

28 de septiembre de 2014

Benedicto XVI participa en un encuentro del papa Francisco con decenas de miles de abuelos de todo el mundo. «Agradezco especialmente al papa emérito Benedicto XVI por su presencia. Tantas veces he dicho que me gusta tanto que viva aquí en el Vaticano, porque es como tener al abuelo sabio en casa. ¡Gracias!», le saludó el pontífice.[14]

19 de octubre de 2014

Benedicto concelebra misa con Francisco durante la ceremonia de beatificación del papa Pablo VI. La misa era también la clausura del sínodo sobre la familia.

21 de octubre de 2014

Benedicto XVI envía un mensaje de corte teológico titulado *El amor en el origen de la misión* para la ceremonia de inauguración del Aula Magna de la Pontificia Universidad Urbaniana, que llevará su nombre.[15]

27 de octubre de 2014

El papa Francisco inaugura en la sede de la Pontificia Academia de las Ciencias un busto de bronce en honor de Benedicto XVI. Dice que su predecesor ha sido «un gran papa». «Grande por la fuerza y penetración de su inteligencia, grande por su significativa aportación a la teología, grande por su amor a la Iglesia y a los seres humanos, grande por su virtud y su religiosidad», detalla.[16]

7 de diciembre de 2014

En una entrevista publicada en el *Frankfurter Allgemeine,* Benedicto XVI revela al periodista Jörg Bremer que hubiera preferido llamarse simplemente *Vater Benedikt,* 'padre Benedicto', y no «papa emérito» ni «su santidad», pero que cuando se tomó esta decisión tras anunciar la renuncia estaba «demasiado débil y cansado» para

imponerse.[17]

14 de febrero de 2015

Benedicto XVI participa en la basílica de San Pedro en el segundo consistorio de creación de nuevos cardenales convocado por el papa Francisco.

30 de junio de 2015

El papa Francisco va al monasterio Mater Ecclesiae para despedirse de Benedicto, que parte durante dos semanas a Castel Gandolfo.

4 de julio de 2015

Benedicto XVI pronuncia un discurso en Castel Gandolfo con motivo del doctorado *honoris causa* que le entregan de la Universidad Pontificia Juan Pablo II de Cracovia y la Academia de Música de Cracovia.

8 de diciembre de 2015

Última vez que el papa emérito participa en una ceremonia papal. El papa Francisco abre la «puerta santa» del Jubileo de la Misericordia y Benedicto XVI es la segunda persona que la atraviesa.

16 de abril de 2016

Desde el avión papal, Francisco envía un mensaje a Benedicto XVI con motivo de su cumpleaños. «El santo padre Francisco, junto con todos los que lo acompañan en su visita a Lesbos –séquito y periodistas–, envía los más afectuosos y cordiales deseos al papa emérito Benedicto XVI con ocasión de su ochenta y nueve cumpleaños, pidiendo al Señor que siga bendiciendo su precioso servicio de cercanía y oración por toda la Iglesia»,[18]recita el texto.

28 de junio de 2016

Se celebra en el Vaticano un homenaje a Benedicto XVI con ocasión de sus sesenta y cinco años de sacerdocio, en presencia de algunos cardenales de la curia e invitados especiales. Es el último

encuentro oficial en el que participa el papa emérito, que tiene ochenta y nueve años.

30 de agosto de 2016

Se publica una biografía de Benedicto XVI titulada *Servitore di Dio e dell'umanità*, escrita por Elio Guerriero.[19]El papa Francisco firma el prefacio.

«Quisiera subrayar que, en estos primeros años de mi pontificado, mi vínculo espiritual con él sigue siendo particularmente profundo. Su presencia discreta y su oración por la Iglesia son un apoyo y un consuelo continuos para mi servicio. [...] En todos mis encuentros con él he experimentado no solo reverencia y obediencia hacia mí, sino también cordial cercanía espiritual, alegría de rezar juntos, sincera fraternidad, comprensión y amistad, y también disponibilidad para el consejo. ¿Quién mejor que él puede comprender las alegrías, pero también las dificultades, de servir a la Iglesia universal y al mundo de hoy y estar espiritualmente cerca de quien está llamado por el Señor a llevar esa carga? Por eso considero preciosa su oración y agradezco su amistad», escribe Francisco.

El volumen incluye la primera entrevista concedida por Benedicto XVI desde que presentó su renuncia. En ella, habla también sobre su relación con el papa Francisco:

«Me ha regalado una relación maravillosa paterno-fraterna. [...] Considero la benevolencia humana con la que me trata una gracia particular en esta fase de mi vida, por la que puedo solo estarle agradecido. Lo que dice sobre la disponibilidad hacia otras personas no son solo palabras. Es algo que pone en práctica conmigo», asegura Benedicto.

9 de septiembre de 2016

Se publica el libro entrevista a Benedicto XVI *Últimas conversaciones,* un profundo diálogo con su biógrafo, Peter Seewald.

Hablando del último cónclave, Seewald le pregunta si le alegró «el resultado de la elección». «Cuando oí su nombre, al

principio no estaba del todo seguro. Pero cuando vi cómo hablaba con Dios, por un lado, y con las personas, por otro, me alegré de veras. Y me sentí feliz», responde el papa emérito. Dice también admirar «la valentía con la que [Francisco] afronta los problemas y busca soluciones». Asegura, además, que «si se sacan pasajes de contexto, si se aíslan, se pueden construir antítesis [entre los dos papas]; pero estas desaparecen cuando se considera el conjunto».[20]

19 de noviembre de 2016

El papa Francisco nombra diecisiete nuevos cardenales, de los cuales trece son electores. Tras el consistorio, los acompaña al monasterio Mater Ecclesiae para que saluden a Benedicto XVI. Los dos pontífices les imparten juntos la bendición. Al concluir el encuentro, Benedicto pide con un gesto permiso a Francisco para guiar una oración y dar otra bendición.

26 de noviembre de 2016

Francisco entrega el Premio Ratzinger. Destaca «el pensamiento y magisterio fecundos de Benedicto XVI, pues ha sabido centrarse en las referencias fundamentales de nuestra vida cristiana, la persona de Jesucristo, la caridad, la esperanza, la fe, y toda la Iglesia le estará eternamente agradecida».[21]

2 de abril de 2017

Desde hace semanas, Benedicto XVI acusa graves problemas para hablar en voz alta. Este domingo celebra misa en su casa y pronuncia por última vez una homilía.[22]

28 de junio de 2017

El papa Francisco crea cinco nuevos cardenales. Tras el consistorio, los acompaña al monasterio Mater Ecclesiae para saludar a Benedicto XVI. En las imágenes distribuidas por el Vaticano se nota que el papa emérito había empezado a utilizar audífonos. El encuentro concluye con una bendición de los dos pontífices a los cardenales. «Vayamos adelante llevando la cruz en el pecho que nos recuerda que el Señor, al final, vence», les dijo Benedicto.

15 de julio de 2017

El secretario de Benedicto XVI lee un mensaje del papa emérito durante el funeral del cardenal Joachim Meisner, arzobispo emérito de Colonia, Alemania, un purpurado considerado crítico con el papa Francisco.

«Lo que más me impresionó en mis recientes conversaciones con el difunto cardenal fue la serenidad, la alegría interior y la confianza que había alcanzado», escribió Benedicto. «Sabemos que fue difícil para él, apasionado "cuidador" de almas, dejar su cargo, precisamente en un momento en que la Iglesia necesita pastores capaces de resistir a la dictadura del espíritu de los tiempos y que vivan y piensen con decisión de acuerdo con la fe», añadió.

«Pero me conmovió aún más el hecho de que en este último período de su vida aprendiera a tomarse las cosas con más serenidad y que viviera cada vez más en la profunda conciencia de que el Señor nunca abandona a su Iglesia, aunque a veces la barca se haya llenado de agua hasta casi zozobrar», concluyó.[23]

Algunos interpretaron, de modo arbitrario, ese texto como apoyo de Benedicto XVI a las *dubia* que en noviembre de 2016 Meisner había planteado públicamente junto a otros purpurados acerca de la exhortación apostólica del papa Francisco sobre el matrimonio, *Amoris laetitia*. Pero el papa emérito se refería, probablemente, a las dificultades de la Iglesia y la crisis de la fe en la sociedad contemporánea, de modo particular en Alemania.

3 de octubre de 2017

Benedicto escribe una introducción a la edición rusa del volumen XI de sus obras completas, dedicado a la liturgia. «Si Dios deja de ser prioritario, cambian los criterios para establecer lo que es importante. El hombre, al dejar de lado a Dios, se somete a los límites que lo hacen esclavo de las fuerzas materiales y que, por tanto, se oponen a su dignidad», escribe.[24]

18 de noviembre de 2017

El papa Francisco entrega el Premio Ratzinger.

5 de febrero de 2018

Benedicto XVI escribe una carta a Massimo Franco, editorialista político del diario italiano *Corriere della Sera:* «A la vez que se disipan poco a poco mis fuerzas físicas, voy peregrinando interiormente hacia Casa. Para mí es una gran gracia estar rodeado en este último tramo del camino, que a veces resulta un poco fatigoso, de un amor y una bondad que nunca hubiera podido imaginar».[25]

12 de marzo de 2018

Dario Edoardo Viganò, prefecto del Dicasterio para la Comunicación, presenta una colección de libritos breves sobre la teología del papa Francisco y divulga la mayor parte de una carta de Benedicto sobre la colección.[26]Cita solo dos párrafos de la misiva, en los que subraya la «continuidad interior» entre ambos pontificados.

«Aplaudo esta iniciativa que trata de oponerse y reaccionar contra el necio prejuicio de que el papa Francisco es solo un hombre práctico sin una particular formación teológica o filosófica, mientras que yo sería un mero teórico de la teología que comprende poco la vida concreta del cristiano de hoy», escribe Benedicto. «Los [once] pequeños volúmenes muestran justamente que el papa Francisco es un hombre de profunda formación filosófica y teológica y, por lo tanto, ayudan a ver la continuidad interior entre los dos pontificados, con todas las diferencias de estilo y temperamento», añade.

Un día más tarde, se publica el resto del texto de la carta, en la que Benedicto admitía no haber tenido tiempo de leer estas obras y expresaba su «sorpresa» por haber incluido entre los once volúmenes uno escrito por Peter Hünermann, «quien durante mi pontificado ha destacado por haber encabezado iniciativas antipapales».

La omisión de esta parte de la carta de Benedicto fue considerada por la mayoría de los periodistas una manipulación y una falta de ética inaceptables en un prefecto de Comunicación de

la Santa Sede. Así, el 19 de marzo, Viganò presentó su dimisión.

1 de abril de 2018

Se da a conocer el prefacio que el papa Francisco ha preparado para una antología de textos de Joseph Ratzinger / Benedicto XVI sobre religión y política que publicará bajo el título *Liberar la libertad. Fe y política en el tercer milenio.*[27]

4 de abril de 2018

Durante la audiencia general, el papa invita a los peregrinos a felicitar la Pascua a Benedicto XVI, pues «está siguiendo este encuentro por televisión».[28]

28 de junio de 2018

El papa Francisco crea catorce nuevos cardenales y, como ya es tradición, después del consistorio los acompaña a la casa de Benedicto XVI. Por primera vez, el papa emérito permanece sentado durante toda la visita, pues tiene dificultad para mantenerse de pie.

Ese día Benedicto concluye un artículo sobre la comunión eucarística, que publicará en su volumen póstumo *Qué es el cristianismo.*[29]

Agosto y septiembre de 2018

Intercambio epistolar entre Benedicto XVI y el rabino jefe de Viena, Arie Folger, que se publicará en forma de libro en 2019.[30]

17 de noviembre de 2018

El papa Francisco asiste a la entrega del Premio Ratzinger.

11 de abril de 2019

Benedicto XVI publica en la revista sacerdotal alemana *Klerusblatt* un artículo titulado «La Iglesia y el escándalo de los abusos sexuales». Asegura que lo ha escrito como aportación al encuentro de presidentes de conferencias episcopales convocado por Francisco del 21 al 24 de febrero de 2019 para afrontar los abusos

en la Iglesia. «Como conclusión a mis reflexiones, querría agradecer al papa Francisco todo lo que hace para mostrarnos una y otra vez la luz de Dios, que aún hoy no se ha apagado. ¡Gracias, santo padre!», escribe.[31]

5 de octubre de 2019

El papa nombra trece nuevos cardenales y después del consistorio los acompaña a saludar a Benedicto XVI. Con gran dificultad, el papa emérito se pone de pie para recibirlo. Benedicto les dirige unas palabras subrayando la importancia de la fidelidad al papa.

9 de noviembre de 2019

El papa Francisco entrega el Premio Ratzinger. «Me alegra tener esta hermosa oportunidad de expresar una vez más mi estima y afecto por mi predecesor, el querido papa emérito», asegura.[32]

12 de enero de 2020

El cardenal Robert Sarah anuncia la publicación de un libro firmado junto con Benedicto XVI titulado *Desde lo más hondo de nuestros corazones.*[33]El libro se percibe como una injerencia y un gesto de presión contra el magisterio papal. Se pensaba que Francisco estaba todavía estudiando la solicitud del sínodo sobre la Amazonia de autorizar el sacerdocio a algunos indígenas diáconos permanentes casados, para garantizar la llegada de los sacramentos a zonas remotas. En realidad, la había rechazado ya en su exhortación apostólica *Querida Amazonia,* que estaba en fase de traducción a los principales idiomas.

14 de enero de 2020

Benedicto XVI indica que no se le presente como coautor del libro del cardenal Robert Sarah y asegura que no había autorizado la publicación de su artículo; que constituía, en todo caso, una parte pequeña de la obra.[34]Con gran gentileza, atribuye lo ocurrido a un malentendido con el purpurado.

Asombrosamente, la editorial que lo había publicado rechaza realizar claramente el cambio a pesar de la desautorización pública

del supuesto autor.

20 de enero de 2020

El papa solicita a Georg Gänswein que se tome una «excedencia» como prefecto de la Casa Pontificia y se concentre en cuidar al pontífice emérito.

17 de febrero de 2020

Benedicto escribe al papa Francisco para reconstruir lo ocurrido con la publicación del libro del cardenal Sarah. Dice que siente «tristeza por el abuso que se ha hecho de mi artículo en la discusión pública» y le comunica que ha «decidido no publicar nada más».[35]También «solicita humildemente» una conversación aclaratoria entre el papa y Gänswein, aunque acababan de mantener ya una, el 15 de febrero, durante la que Francisco había confirmado su decisión.

18 de junio de 2020

Benedicto XVI sale del Vaticano y viaja por sorpresa a Regensburg, Alemania, para despedirse de su hermano Georg –sacerdote y músico–, gravemente enfermo. Regresa al monasterio Mater Ecclesiae el 22 de junio.

1 de julio de 2020

Fallece en Regensburg el hermano de Benedicto XVI, Georg Ratzinger, a los noventa y seis años. Benedicto lo comunica al papa Francisco. Gänswein viaja a Alemania para celebrar el funeral el 8 de julio en el *duomo* de esta ciudad.

4 de septiembre de 2020

Benedicto XVI cumple noventa y tres años, cuatro meses y diecinueve días. Supera a León XIII y se convierte en el papa más longevo de la historia.

28 de noviembre de 2020

El papa Francisco crea trece nuevos cardenales. Luego acompaña a

los once que participan en el consistorio en Roma a saludar a Benedicto XVI. Como el papa emérito tiene graves dificultades de audición, el padre Georg se los va presentando en voz muy alta, uno a uno.

16 de febrero de 2021

El pontificado de Francisco supera la duración del pontificado de Benedicto XVI.

28 de febrero de 2021

Benedicto XVI concede una nueva entrevista sobre su renuncia a Massimo Franco, del diario italiano *Corriere della Sera:* «Fue una decisión difícil», explica. «La tomé con plena conciencia y creo que hice lo correcto. Algunos amigos, un poco "fanáticos", están todavía enfadados y no han querido aceptar mi decisión. Pienso en las diversas teorías conspiratorias que han surgido a continuación: hay quien dice que fue por culpa del escándalo Vatileaks, hay quien dice que fue un complot del *lobby* gay; otros que se debió al caso del teólogo conservador lefebvriano Richard Williamson. No quieren creer que fue una decisión tomada conscientemente. Pero yo tengo la conciencia en paz».[36]

1 de abril de 2021

Benedicto concede una entrevista sobre san José a la periodista Regina Einig, de *Die Tagespost, Forum*. Será su último diálogo con la prensa.[37]

29 de junio de 2021

El papa Francisco recuerda durante el ángelus el setenta aniversario de la ordenación sacerdotal de Benedicto XVI.

16 de julio de 2021

El papa Francisco publica el *motu proprio Traditiones custodes,* con el que restringe la posibilidad de celebrar misa según la liturgia extraordinaria del misal de 1962, llamada impropiamente «misa tridentina». Así, deroga las disposiciones emanadas catorce años

antes por Benedicto XVI con la norma *Summorum pontificum,* que otorgaba amplios poderes a los sacerdotes para poder celebrarla de modo lícito como una forma extraordinaria del culto latino que no llegó a ser derogada por el Concilio Vaticano II. Francisco explica que algunos habían «aprovechado» esa norma «para aumentar distancias, endurecer diferencias y construir contraposiciones que hieren a la Iglesia y dificultan su camino, exponiéndola al riesgo de divisiones»

La disposición de Francisco prohíbe la creación de nuevos grupos, limita los lugares en los que puede celebrarse, habilita nuevamente a los obispos a prohibir estas misas dentro de sus diócesis e insta a comprobar que los fieles que celebran según este antiguo misal no excluyan la validez y la legitimidad de la reforma litúrgica, del Concilio Vaticano II y del magisterio de los papas.

13 de noviembre de 2021

El papa Francisco entrega el Premio Ratzinger. «Hoy damos las gracias a Benedicto, porque ha sido un ejemplo de dedicación apasionada al estudio, la investigación, la comunicación escrita y oral; y porque siempre ha unido plena y armoniosamente su investigación cultural con su fe y su servicio a la Iglesia», dice en su discurso.[38]

20 de enero de 2022

Un informe preparado por un bufete de abogados de Baviera asegura que «muy probablemente» Joseph Ratzinger actuó con negligencia durante sus años como arzobispo de Múnich (Alemania), entre 1977 y 1982, y no abordó de modo adecuado la situación de cuatro sacerdotes que habían cometido molestias o abusos.[39]Benedicto XVI envió una memoria defensiva en la que negó tajantemente las acusaciones. Más adelante, aunque podía haberlo evitado, aceptó que el caso se afrontara en los tribunales, pues estaba convencido de su inocencia.

26 de enero de 2022

El papa Francisco llama por teléfono a Benedicto para manifestarle

su cercanía personal, pleno apoyo y oraciones ante estas acusaciones.

6 de febrero de 2022

Benedicto XVI responde de nuevo a las acusaciones, esta vez con una carta pública. En el texto las rechaza, pero incluye una petición de perdón: «Manifiesto a todas las víctimas de abusos sexuales mi profunda vergüenza, mi gran dolor y mi sincera petición de perdón», escribe.[40]El papa Francisco le agradeció ese texto, confirmó su apoyo humano y espiritual y le aseguró que le dolieron los comentarios críticos lanzados por algunos obispos y sacerdotes.

19 de marzo de 2022

Benedicto XVI concluye el último ensayo que dejó escrito, titulado *Qué es la religión*.[41]

1 de mayo de 2022

Benedicto XVI concluye la introducción de su último libro, *Qué es el cristianismo,* una recopilación de artículos, ensayos, entrevistas y comentarios realizados después de su renuncia. Encarga al teólogo laico Elio Guerriero que los publique «después de mi muerte».[42]

31 de mayo de 2022

Benedicto XVI visita en una iglesia de los jardines vaticanos la capilla ardiente del cardenal Angelo Sodano,[43]quien fue su secretario de Estado hasta que el 15 de septiembre de 2006 lo sustituyó por el cardenal Tarcisio Bertone.

12 de julio de 2022

En una entrevista con Valentina Alazraki y María Antonieta Collins para la web ViX de Televisa y Univisión, preguntan a Francisco si regulará con una norma jurídica la figura del papa emérito. «La primera experiencia [la renuncia de Benedicto y la convivencia con su sucesor] ha salido bien porque Benedicto es un hombre santo y discreto y lo ha sabido hacer bien. Pero para el futuro conviene delimitar las cosas, explicitar mejor las cosas», responde el papa.

Además, Francisco asegura que, para evitar confusiones, en caso de renuncia prefiere el título de «obispo emérito de Roma» y no «papa emérito», y residir en el complejo de San Juan de Letrán, la catedral de la Ciudad Eterna, y no en el Vaticano.

27 de agosto de 2022

El papa crea veinte nuevos cardenales y tras la ceremonia los acompaña a saludar a Benedicto XVI, que en las imágenes aparece muy delgado. Durante los saludos, el papa emérito no logra articular palabra, pero los despide con una bendición que imparte junto a Francisco.

Otoño de 2022

Realizan una intervención de rutina a Benedicto XVI para sustituirle el marcapasos.

1 de diciembre de 2022

El papa Francisco entrega el Premio Ratzinger y asegura que «el magisterio y el pensamiento [de Benedicto XVI] no se dirigen al pasado, sino que son fecundos para el futuro, para la realización del Concilio Vaticano II y para el diálogo entre la Iglesia y el mundo de hoy, en los campos más actuales y debatidos, como la ecología integral, los derechos humanos, el encuentro entre las diferentes culturas».[44]

18 de diciembre de 2022

El papa Francisco asegura en una entrevista publicada por el periódico *ABC* de Madrid que ha firmado una carta de renuncia y que entrará en vigor en la eventualidad de que quedase impedido por un problema de salud o un accidente. Asegura que no está regulando jurídicamente el estatus del papa emérito.[45]

25 de diciembre de 2022

A las nueve de la mañana del día de Navidad, Benedicto XVI concelebra misa junto a su secretario en la capilla del monasterio Mater Ecclesiae.

27 de diciembre de 2022

En la noche entre el 27 y el 28 de diciembre de 2022, empeora de repente la salud de Benedicto XVI, que acusa una grave crisis respiratoria y pierde la conciencia durante algunas horas, aunque luego se recupera. Tras la audiencia general del día después, el papa Francisco solicita en público oraciones por su predecesor: «Está muy enfermo», explica. Luego, acude al monasterio Mater Ecclesiae para saludarlo. Esa misma tarde, Benedicto recibe la unción de enfermos.

31 de diciembre de 2022

De madrugada, a las tres de la noche, Benedicto pronuncia sus últimas palabras: «Jesús, te amo». A las nueve de la mañana entra en agonía. Fallece a las 9:34 am.

Georg Gänswein avisa inmediatamente al papa Francisco, quien, unos minutos más tarde, acude para rezar ante los restos mortales.

5 de enero de 2023

Francisco celebra en la plaza de San Pedro el funeral por su predecesor Benedicto XVI. A continuación, Benedicto es enterrado en la cripta de los papas de la basílica vaticana, en la misma tumba que en el pasado ocuparon sus predecesores Juan XXIII y Juan Pablo II.

31 de diciembre de 2023

El papa Francisco recuerda durante el ángelus del domingo el primer aniversario del fallecimiento de Benedicto XVI. «Hace un año, el papa Benedicto XVI terminó su camino terrenal, después de haber servido a la Iglesia con amor y sabiduría. Por él sentimos mucho cariño, mucha gratitud, mucha admiración. Que nos bendiga desde el cielo y nos acompañe. ¡Un aplauso para Benedicto XVI!», dice a miles de peregrinos desde su ventana.[46]

VI

Una entrevista con el periódico ABC

«A veces me usan»

Entrevista realizada por Julián Quirós y Javier Martínez-Brocal el 13 de diciembre de 2022 y publicada en el periódico *ABC* el 17 de diciembre de ese mismo año, como adelanto del texto amplio que se daría a conocer un día más tarde.

La lucha contra los abusos sexuales, la cuestión catalana, los populismos, el «pecado» del clericalismo, sus relaciones con el Opus Dei, la guerra de Ucrania... El papa Francisco mantuvo una larga conversación con el director de *ABC,* Julián Quirós, y el corresponsal del periódico en el Vaticano, Javier Martínez-Brocal. La cita fue un martes en Casa Santa Marta, su residencia privada junto a la basílica de San Pedro, donde vive junto a otro medio centenar de personas.

El papa respondió a todas las preguntas sin torcer el gesto, ni consultar sus notas ni pedir aclaraciones. Francisco habla con las manos, con la mirada y con la libertad. Confía sin tapujos su preocupación por algunas situaciones del mundo y de la Iglesia. Responde sereno a las polémicas de su pontificado y desdramatiza con dichos argentinos y anécdotas de su trabajo diario. «Tengo alergia a las entrevistas, pero ahora me he convertido porque no me queda otra», asegura.

¿Cómo está de la rodilla, santo padre?

Ya estoy caminando, la decisión de no operarme resultó buena.

Se le ve muy bien...

Sí, ya estoy en la edad en la que hay que decir: «¡Qué bien

que se le ve!».

Cuando lo veíamos con la silla de ruedas pensábamos que iba a reducir su agenda, pero la está triplicando.

Es que se gobierna con la cabeza, no con la rodilla.

El 13 de marzo cumplirá diez años como papa. Su elección nos pilló a todos de sorpresa.

A mí también. Había sacado boleto para estar de regreso a Buenos Aires el Domingo de Ramos. Estaba muy tranquilo.

¿Cómo aprendió a ser papa?

No sé si aprendí o no aprendí a ser papa... La historia te agarra adonde estás.

¿Qué es lo que más le cuesta de ser papa?

No poder callejear, no poder salir a la calle. En Buenos Aires yo era muy libre, usaba los medios públicos, me gustaba ver cómo se movía la gente.

Pero sigue viendo a muchas personas...

A mí el contacto con la gente me recarga, por eso no suprimí ninguna audiencia de los miércoles. Pero echo de menos salir a la calle, porque ahora el contacto es funcional. Van «a ver al papa», esa función. Cuando me veían por la calle, no sabían ni que era el cardenal.

Por cierto, que aquí en Santa Marta recibe a personas de todo tipo. Algunos parece que se aprovechan y dicen que son amigos del papa por sus propios intereses.

Hace seis o siete años vino a misa un candidato argentino. Hicieron una foto a la salida de la sacristía y le dije: «Por favor, no la use políticamente». «Quédese tranquilo», me respondió. A la semana, estaba Buenos Aires empapelada con esa foto, trucada para que pareciera que había sido una audiencia personal. Sí, a veces me usan. Pero nosotros usamos a Dios muchas más, así que me quedo calladito y sigo adelante.

Debe de ser duro también que se calibre cada palabra que usted pronuncia.

A veces lo hacen desde una hermenéutica anterior a lo que dije, para llevarme adonde quieren. «El papa dijo esto...» Sí, pero lo dije en un contexto; si lo sacas de él, es otra cosa.

Ningún papa ha hecho ruedas de prensa o entrevistas hablando con tanta libertad.

Los tiempos cambian.

¿Qué regalo le gustaría esta Navidad?

Un poco de paz. ¡Cuántas guerras hay en el mundo! La de Ucrania nos toca más de cerca, pero pensemos también en Myanmar, Yemen, en Siria, donde llevan trece años luchando...

«Ya he firmado mi renuncia»

Entrevista realizada por Julián Quirós y Javier Martínez-Brocal el 13 de diciembre de 2022 y publicada en el periódico *ABC* el domingo 18 de diciembre de ese mismo año.

Santo padre, usted suele hablar con frecuencia a quienes están lejos de la Iglesia. ¿No le preocupa que quienes están más cerca se puedan sentir descuidados?

Si son buenos, no se sienten descuidados. Si tienen algo medio escondido, que ni ellos lo saben, son como ese hijo mayor de la parábola del hijo pródigo: «Te sirvo desde hace tantos años y ahora cuidas de aquel, y a mí no me das bolilla». Es un pecado feo, de ambición escondida, de querer figurar, ser tenido en cuenta (así se podría interpretar...). Es un poco vivir la pertenencia a la Iglesia como lugar de promoción.

Ese dualismo entre los alejados y los cercanos también se puede clasificar como las miradas progresistas y esencialistas. Su pontificado cumple ahora diez años y una crítica que se le hace es que ha puesto mucho acento en los desfavorecidos, por así decirlo, mientras los sectores más tradicionales sienten cierta incomprensión. ¿Le afecta, de alguna manera, que ciertas corrientes históricamente más próximas a la Iglesia crean que no se presta la misma atención a las cuestiones de la doctrina?

La atención se mantiene igual. A veces hay posturas de una fe inmadura, que no se sienten seguras y se atan a una cosa, se aferran a lo que se hizo antes. El problema no es la tradición, que es la fuente de inspiración. La tradición son nuestras raíces que te

hacen crecer y van andando y creciendo y te hacen crecer en vertical. El problema es andar hacia atrás.

¿En qué sentido?

En italiano lo llamo *indietrismo:* «No, mejor estar como se hacía antes», «Es más seguro», «No arriesgues». Ese marchar hacia atrás. En las Cartas a los Hebreos se dice: «Nosotros no somos gente que va hacia atrás, sino hacia delante». El pecado de ir hacia atrás por seguridad. Y creo que eso pasa en la Iglesia.

Por temor al presente o al futuro...

Al futuro. Decía un músico que la tradición es la garantía del futuro, y otro que la tradición es la fe viva de los muertos, pero el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos. La tradición te debe tirar para arriba, te hace crecer.

Ortega y Gasset escribió que le gustaba el pasado precisamente porque es pasado y el problema lo tienen aquellos que quieren convertir el pasado en presente.

El pasado te inspira el presente. Lo que quiero decir es que no funciona el intento de envasarlo todo. La fe se desarrolla, crece, y la moral crece, pero naturalmente no de cualquier sentido. Vicente de Lerins decía que ese desarrollo tiene que ser «ut annis consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate». O sea, de tal manera que, creciendo, se consolide; se haga más amplia con el tiempo y mucho más fina con los años.

Cuando usted era cardenal dijo: «Trato de ser fiel a la Iglesia, pero siempre abierto al diálogo».

Sin horizonte, no puedes vivir. Debes tener las raíces de la fe bien arraigadas, pero con horizonte para crecer. Si no, no habría libertad, no habría libertad cristiana.

Se cumplen en febrero también diez años de la renuncia de Benedicto XVI.

Lo visito con frecuencia y salgo edificado de su mirada transparente. Vive en contemplación... Tiene buen humor, está lúcido, muy vivo; habla bajito, pero te sigue la conversación. Me admira su inteligencia. Es un grande.

¿Qué es lo que más aprecia usted de Benedicto?

Es un santo. Es un hombre de alta vida espiritual.

Cuando vemos fotos recientes de Benedicto, a sus noventa y cinco años, surge la reflexión inevitable de que le hubiera sido complicadísimo gobernar la Iglesia si no hubiera renunciado.

Los futuribles siempre engañan, así que yo no me meto por ahí…

¿Va a dejarse atado y bien definido el estatuto del papa emérito?

No, no lo toqué para nada ni me vino la idea de hacerlo. Será que el Espíritu Santo no tiene interés en que me ocupe de esas cosas.

Usted ha incluido a varias mujeres en altos cargos, pero aún no hay ninguna como número uno de dicasterio…

Es verdad, pero la habrá. Tengo una en vista para un dicasterio que quedará vacante en dos años. Nada impide que una mujer guíe un dicasterio en el que un laico puede ser prefecto.

¿De qué depende?

Si es un dicasterio de índole sacramental, tiene que presidirlo un sacerdote o un obispo. Aunque ahí se discute si la autoridad viene por la misión, como sostiene el cardenal Ouellet, o por el sacramento, como sostiene Rouco Varela. Es una linda discusión entre cardenales, una cuestión que siguen discutiendo los teólogos.

Benedicto XVI empezó a reunirse con víctimas de abusos y usted ha continuado. Imagino que es lo más difícil de su tarea.

Es muy doloroso, muy doloroso. Son personas destruidas por quienes tenían que haberlas ayudado a madurar y a crecer, eso es muy duro. Aunque hubiera un solo caso, es monstruoso que la persona que te tiene que llevar a Dios te destruya en el camino, y sobre esto no hay negociación posible.

Tras uno de esos encuentros, decidió reabrir un caso de abusos en España, en el colegio Gaztelueta.

La víctima me contó su historia y que no había recibido respuesta del juicio en el Vaticano. Llegué acá e hice revisar. Había habido juicio, pero, como había tenido sentencia civil, se contentaron con eso y no procedieron. Por eso, nombré un

tribunal, presidido por el obispo de Teruel, y está en marcha la cosa. No le sé decir en qué estadio está, pero sé que está en buenas manos. Pero no es el único reabierto. Hay otro caso de un sacerdote español. El proceso estaba empezado, pero se había extraviado. Lo pasé a la Rota española y el presidente de la Rota lo está llevando adelante. Los hemos reabierto sin ningún escrúpulo.

¿Cree que la sociedad percibirá que la Iglesia finalmente está actuando con total decisión para cortar y perseguir los casos de abusos? ¿Cree que la Iglesia será «perdonada»?

El hecho de estar caminando en esto es un buen camino. Ahora, no depende solo de nosotros que se logre o no se logre el perdón. Pero hay una cosa que quiero decir: hay que interpretar los problemas con la hermenéutica de su época, como hacemos con la esclavitud. En aquella época, discutían sobre si los esclavos tenían alma o no tenían alma. Es injusto juzgar una situación antigua con la hermenéutica de hoy. La hermenéutica de antes era esconder todo, como por desgracia ahora se hace en algunos sectores de la sociedad, las familias, los barrios.

¿Tiene alguna explicación para los encubrimientos de otras épocas?

Es un progreso de la humanidad que se va haciendo cargo cada vez más de cuestiones morales que no tienen que subsistir así, tomar cada vez más conciencia. Esa fue la valentía de Benedicto. Según estadísticas, entre el 42 y el 46 por ciento de los abusos se producen en ámbito familiar o barrial y se tapan. Nosotros hacíamos lo mismo hasta que saltaron los escándalos en Boston en torno a 2002. ¿Por qué? Mi explicación es esta: no hay fuerza suficiente para encararlos. Ojo, comprendo que no sepan cómo encararlos, pero no los justifico. Primero la Iglesia los tapaba, luego tuvo la gracia de ampliar la mirada y de decir «no» hasta las últimas consecuencias.

¿No se siente frustrado cuando ve que se avanza despacio en esta batalla?

Veo que lamentablemente es un mal muy grande y que a poquito lo estamos afrontando... Estamos dando estos pasos gracias a Dios. Pero hay un punto de los abusos que para mí sigue siendo

un misterio.

¿Cuál?

La videopornografía con menores que se produce en vivo. ¿Dónde se produce? ¿En qué país? No se sabe. ¿Quién tapa todo eso? Allí habría que llamar la atención a los responsables de la sociedad. ¿Con qué cobertura siguen actuando los grupos que filman pornografía infantil? Es un grito de auxilio.

¿Qué dice usted a quienes ven tambalearse su fe cuando salen a la luz nuevos casos?

Es positivo que te escandalices de esto. Eso te lleva a actuar para evitarlo, a poner tu aporte. No me asusta. Si la fe se tambalea, es porque está viva. Si no, no sentirías nada.

Imagino que por la mesa del papa pasan cuestiones de todo tipo que lo obligan a tomar decisiones muy variadas. ¿Qué consejo dejaría a sus sucesores?

Les diría que no hagan los errores que yo hice, punto y nada más.

¿Hay muchos errores?

Sí que los hay, sí.

Llama la atención que ha elegido nuevos cardenales de procedencias muy diferentes, que se conocen poco entre ellos. ¿No cree que esto dificultará el trabajo de futuros cónclaves?

¡Claro! Sí desde el punto de vista humano. Pero ahí el que trabaja es el Espíritu Santo. Hubo alguien, no sé quién, que propuso que la elección del nuevo papa se hiciera solamente con los cardenales que viven en Roma. ¿Es eso la universalidad de la Iglesia?

Papa Francisco, una cuestión delicada. ¿Qué ocurre si un pontífice queda repentinamente impedido por problemas de salud o accidente? ¿No sería conveniente una norma para estos casos?

Yo ya he firmado mi renuncia. Era Tarcisio Bertone el secretario de Estado. Yo la firmé y le dije: «En caso de impedimento por cuestiones médicas, o qué sé yo, acá está mi renuncia. Ya la tienen». No sé a quién se la habrá dado el cardenal Bertone, pero se la di cuando era secretario de Estado.

Pablo VI también dejó escrita su renuncia en caso de impedimento permanente.

Así es, y Pío XII creo que también.

Eso usted nunca lo había dicho.

Es la primera vez que lo digo.

Quiere que se sepa.

Para eso lo digo. Ahora alguno irá a pedírselo a Bertone: «¡Deme el papelito!». Seguramente lo entregó al cardenal Pietro Parolin, el nuevo secretario de Estado. Yo se lo di a Bertone en cuanto secretario de Estado.

* * *

¿Qué les diría a quienes se extrañan de que sea cordial con referentes importantes de la izquierda?

Yo soy cordial con todos, porque todos son hijos de Dios. Si yo *a priori* empiezo a seleccionar gente, voy listo. Soy pastor de todos.

Sabrá que en España uno de los clichés históricos de cierta izquierda ha sido el anticlericalismo, recurrente, por ejemplo, a la hora de reclamar una revisión del concordato.

La palabra anticlericalismo se usa ambiguamente y la quiero precisar. El clericalismo es una deformación, una enfermedad grave, un pecado más que un defecto: ya no sos el pastor, sos el Estado clerical. En ese aspecto, ser anticlerical es un honor. Pero comprendo que, por anticlericalismo, se refiere al rechazo de todo lo que sea de alguna manera religión.

Así es.

Cuando leo algunos sucesos de la guerra civil española, no era simple anticlericalismo. ¿Qué culpa podrían tener esas pobres monjitas a las que despedazan y torturan? Esos hechos históricos reflejaron que hubo odio a la fe, a lo cristiano. Pero no olvidemos que en todo conflicto hay excesos por las dos partes. Por desgracia, de la otra parte no les tiraban agua bendita.

Los españoles en la Transición hicieron un gran esfuerzo de reconciliación, que no de olvido, para superar los terribles

errores del pasado. Cuarenta años después, muchos nietos de aquellos españoles parecen decididos a reabrir las heridas.

Lo digo con prudencia, pero es toda una historia de la cual da la impresión de que España todavía no se repuso, porque a cada rato sale de nuevo. En esa época de superación, hubo un presidente muy valioso, Adolfo Suárez, que ayudó en la Transición. Esa época la seguí yo y me pareció buena. Lamento que ahora se desempolve eso. En cualquier caso, yo recibo a la gente de la derecha, de la izquierda. Si vienen aquí, yo los recibo. No le cierro la puerta a nadie.

¿Recibe muchas visitas?

Aquí he recibido a comunistas, socialistas, católicos practicantes, del partido de centro, democráticos... Y cuando vino el jefe de Gobierno de España con su gabinete, para no dar pie a interpretaciones malas, el saludo que les hice lo hice en directo para toda España, que vieran en directo cómo lo saludaba.

Empezamos a considerar que ya es casi imposible un viaje de Francisco a España.

Mi opción fue primero visitar los países chicos de Europa. No he ido a ningún país grande en Europa. Estuve en Estrasburgo, pero no por Francia, sino para visitar las instituciones de la Unión Europea. Quizá el año que viene vaya a Marsella para el Encuentro del Mediterráneo, pero no por Francia.

¿Y un viaje a Melilla?

No se me ocurrió todavía.

Hizo unas declaraciones sobre España que crearon mucha confusión y malinterpretaciones, cuando dijo que vendría «cuando hubiera paz y se pusieran de acuerdo», coincidiendo con la amenaza secesionista en Cataluña. ¿A quién se refería? ¿A los españoles, a sus políticos o a la propia Iglesia española?

Creo que fue una salida espontánea, una respuesta informal en un pasillo del avión. No me acuerdo..., pero me referiría a todos. También a la Iglesia española, que es española y es España.

¿Hasta qué punto está satisfecho con la Iglesia española en lo referente a seguir las grandes líneas de su pontificado?

Son buenos obispos, son pastores y, si hay algún buey

corneta, bueno, siempre hay alguno en cualquier familia. Pero yo estoy conforme, puedo hablar claro con ellos.

Pero ¿cree que el impulso es suficiente?

Pienso que sí, en general. El otro día vinieron los seminaristas de Cataluña y vi hombres normales, con inquietudes serias. No eran tontitos. Con estos seminaristas la cosa va bien. España está yendo adelante. Hay problemas, como en todos lados. Hubo que pedir a algún obispo que se fuera, pero eso pasa en todos los países. El señor presidente del episcopado, el cardenal Juan José Omella, merece todo el respeto, es un señor.

Por cierto, ya que menciona Cataluña, ¿cuál debe ser el papel de la Iglesia en ese asunto?

España no es el único caso en el mundo. Cada país tiene que buscar su camino histórico para resolver estos problemas, no hay una única solución. Algunas zonas han obtenido estatutos preferenciales como modo para resolver estos problemas y en otras se hicieron divisiones y surgió un país nuevo. Ahora, ¿este es el tiempo de la solución definitiva para Cataluña? No lo sé. Eso ustedes lo tienen que decir. Hace un par de años vimos el coraje de dos primeros ministros para solucionar el problema en Macedonia, Macedonia del Norte. En Italia, tenemos una zona al norte, el Alto Adigio, con un estatuto propio, se habla alemán e italiano... Los ingleses resolvieron «a la inglesa» las solicitudes de Escocia.

Cataluña ya goza de una amplísima autonomía legal y el problema es que una parte importantísima de la población rechaza el movimiento secesionista.

Pero no es un problema original. Eso sucedió a lo largo de la historia, y en la historia contemporánea, y muchas veces en otros países lo han resuelto total o parcialmente. Quizá se tarden años o décadas en resolverlo, pero busquen la manera de resolverlo.

¿La Iglesia debe jugar un papel o debe abstraerse en Cataluña?

La Iglesia tiene que estar encarnada. Si no está encarnada, no va bien; tiene que acompañar a su pueblo. Lo que no puede la Iglesia es hacer propaganda por un lado o por el otro, sino acompañar al pueblo para que encuentre una solución definitiva.

Eso ha creado conflictos alguna vez, con sacerdotes animando el independentismo. Incluso en el País Vasco, en otro tiempo, algunos curas dieron cobertura al terrorismo.

Lamentablemente, cuando la identidad sacerdotal se despista un poquitito, se te va a la política. Cuando el cura se mete en política, no va bien... Tú eres un pastor, tienes que ayudar a la gente a que haga buenas opciones, acompañar. Pero no ponerse a político. Si quieres hacer política, deja el sacerdocio y métete a político.

¿De qué modo pueden colaborar mejor España y América Latina en esta fase de la historia?

No sabría el modo, pero sí que cuando se trata de colaboración con Europa, en primer lugar, está España, ciertamente. Para América Latina, España sigue siendo la Madre Patria. No es lo mismo la inmigración italiana o yugoslava que la migración española. Los españoles llegan a América taconeando en el buen sentido, eso hay que recuperarlo siempre.

En España duele la reinterpretación negativa de la historia del descubrimiento de América.

La hermenéutica, para interpretar un hecho histórico, tiene que ser la de su época, no la actual. Evidentemente que ahí se mató gente, evidentemente que hubo explotación, pero también los indios se mataron entre ellos. El ambiente de guerra no lo exportaron los españoles y la conquista fue de todos. Yo distingo colonización de conquista. A mí no me gusta decir que España conquistó. Discutible, todo lo que vos quieras, pero colonizó. Si uno lee las directivas de los reyes españoles de la época sobre cómo debían actuar sus representantes, ningún rey de ningún otro país hizo tanto. España se metió en el territorio. España entró en el territorio, otros países imperiales se quedaron en la costa. España no pirateó y eso hay que tenerlo en cuenta. Detrás de esto hay una mística. España sigue siendo la Madre Patria, algo que no todos los países pueden decir.

¿Qué pueden hacer juntos España y América Latina para evitar los populismos y la polarización?

Hay que distinguir populismos de popularismos. Populismo es

cuando una idea agrupa a un pueblo y te lo sistematiza bajo una sola idea. Lo hizo Hitler. Los populismos son dictatoriales, el fascismo y el nazismo son populismos que nacen y terminan mal.

¿Y el popularismo?

El popularismo es el gobierno popular de todos. Es cuando el pueblo se expresa con sus valores mejores, históricos, folclóricos. No es que los camioneros tomen el poder, sino que los valores del pueblo estén presentes. Lo mejor que tiene el pueblo es su historia y su política. En cambio, el populismo mete una idea y te reagrupa al pueblo bajo esa idea... Los populismos tienden a limpiezas étnicas de algún sector. Son selectivos.

¿Significa eso que los popularismos son buenos?

También el popularismo te puede llevar a dirigentes *chantapufi* que aprovechan la ocasión y engañan al pueblo. Hay un libro de un redactor del periódico comunista *La Unità;* se titula *Síndrome 1933* y cuenta cómo, después de la caída de la República de Weimar en 1932, empieza un proceso en busca de líderes. Y en eso, Von Papen presenta a un chico joven, Adolfito, que comienza a tomar poder, y va haciendo ver qué pasos da para consolidarse en esa idea populista. Sirve como aviso para la Europa actual: «Cuidado con esto...».

* * *

Algunas voces en América Central piden al Vaticano más contundencia contra regímenes totalitarios como el de Ortega en Nicaragua o el de Maduro en Venezuela. ¿Por qué el Vaticano es tan prudente?

La Santa Sede siempre trata de salvar los pueblos y su arma es el diálogo y la diplomacia. La Santa Sede nunca se va: la echan. Siempre trata de salvar las relaciones diplomáticas y salvar lo que se pueda salvar con la paciencia y el diálogo.

¿Qué le parece el caso de Lula, nuevo presidente de Brasil después de estar procesado y encarcelado?

Es un caso paradigmático. El proceso de juicio empezó con noticias falsas en medios de comunicación que crearon un

ambiente que favoreció que fuera juzgado. El problema de las *fake news* sobre dirigentes político-sociales es muy serio, pueden destruir a una persona.

Pero Lula fue condenado por corrupción pasiva y estuvo quinientos ochenta días encarcelado y no pudo presentarse a las elecciones de 2018. En 2021, la Corte Suprema anuló las sentencias porque quien lo juzgó no tenía competencia.

No sé bien cómo terminó la cosa. No da la impresión de que hubiera sido un proceso de nivel y, en eso, cuidado con los que arman el ambiente para un proceso, sea el que sea. Te lo arman a través de los medios de comunicación de tal manera que van incidiendo sobre los que tienen que tomar el juicio y decidir. Un juicio tiene que ser lo más limpio posible y con tribunales de primera categoría que no tengan ningún interés más que el de salvar la limpieza de la justicia. Este caso de Brasil es histórico, no me meto en política. Cuento lo que pasó.

Se ha pronunciado más de cien veces contra la guerra en Ucrania.

Hacemos lo que podemos. No hacen caso. Lo que pasa en Ucrania es de terror. Hay una crueldad enorme. Esto sí que es gravísimo y es lo que continuamente denuncio.

Usted intenta tener un papel de mediador, pero en ambos bandos hay quien critica lo que usted dice.

Aquí recibo a todos. Ahora Volodímir Zelenski me envía por tercera vez a uno de sus asesores religiosos. Estoy en contacto, recibo, ayudo…

¿Confía en un final a corto plazo?

No veo un final a corto plazo, porque es una guerra mundial, no olvidemos esto. Ahí ya hay varias manos metidas en la guerra. Una guerra se hace cuando un imperio empieza a debilitarse y cuando hay armas para usar, vender y probar. Hay muchos intereses.

* * *

¿Cómo podemos interpretar los cambios que usted ha

solicitado al Opus Dei?

No es una cuestión solo del Opus Dei, sino de las prelaturas personales. En el esquema de la curia, el Opus Dei dependía de la Congregación para los Obispos, pero en el Código de Derecho Canónico las prelaturas se encuadran de otro modo y había que unificar el criterio. Se estudió la cosa y se dijo: «Que vaya la prelatura a la Congregación del Clero». Lo hice dialogando con ellos. Además, soy amigo desde la Argentina de Mariano Fazio, vicario general del Opus Dei. Ha sido una cosa serena y normal hecha por canonistas, trabajaron incluso canonistas del Opus en el proceso.

Tuvo mucho eco la decisión.

Algunos por una parte decían: «¡Por fin el papa les dio a los del Opus...!». ¡No les di nada! Otros, de otra parte, decían: «¡Ah, el papa nos invade!». Nada de eso. La medida es una reubicación que había que resolver. No es correcto agigantar la cosa ni para hacerlos víctimas ni para hacerlos reos que recibieron castigos. Por favor. Soy muy amigo del Opus Dei, los quiero mucho y trabajan bien en la Iglesia. El bien que hacen es muy grande.

Usted ha ordenado una investigación de los seminarios en España. ¿Qué la ha ocasionado?

No es una investigación. Es una visita normal que realiza la Congregación del Clero para ver cómo hacen las cosas y con ánimo de ayudar siempre, no de inspeccionar para jorobar. No es el único país donde se ha hecho. Probablemente se hace por el pedido de algunos obispos, no sé. La realizan dos uruguayos que valen oro, de lo mejorcito de América Latina.

¿Qué van a revisar?

La cuestión es cómo tiene que ser la estructura de un seminario. Por ejemplo, si son tres chicos, eso no es un seminario. Un seminario tiene que tener un número mínimo y un número máximo de seminaristas... Tienen que tener una disciplina, etcétera.

¿Qué documento de estos diez años le gustaría dejar como legado?

El primero que hice, *Evangelii gaudium,* pues me salió del

corazón. No es original, es un plagio de *Evangelii nuntiandi,* de Pablo VI, que todavía tiene vigencia, y el *Documento de Aparecida,* del Episcopado Latinoamericano.

¿Se está aplicando?

Una de las cosas que me siguen inquietando es cómo se da la homilía en las parroquias, pues la mayoría de las veces se transforma en largas y teóricas clases de filosofía y teología. Estamos muy retrasados en cumplir lo que el Señor quiere en las homilías. Es una cuenta pendiente que tenemos con nuestros fieles.

¿Usted ha cambiado la cultura católica, el modo de ser católico?

Nunca se me había ocurrido eso. Creo que un buen católico, sobre todo si pertenece a un movimiento o a un grupo, cambia la cultura siempre. Porque aporta esperanza y camino, y entonces la cultura crece.

Su apuesta para esta fase del pontificado es el sínodo sobre la sinodalidad, que no es fácil de explicar.

La idea es mostrar: «Un sínodo es esto». Un sínodo no es una encuesta de opinión, no es una *interview* a la gente, no es un parlamento. El protagonista es el Espíritu Santo y, si Él no está, no hay sínodo.

Los últimos sínodos han estado rodeados de polémicas.

En los dos últimos, había un ambiente creado por los medios de comunicación. Decían que el primero –sobre la familia– era para dar la comunión a los divorciados. En realidad, era una cosa mucho más grande, que incluía la posibilidad de la pastoral con los divorciados en un sentido amplio. En el de la Amazonia, decían que era sobre si se iban a ordenar hombres casados. El Espíritu Santo llevó las cosas por otro camino.

¿En qué sentido?

El Espíritu Santo actúa en dos tiempos. Primero te arma lío, te remueve las cosas, y después te hace la armonía. Alguien que quiere hacer la armonía sin abrirse a los carismas no es del Espíritu. Alguien que busca solamente la diferencia sin la armonía no es del Espíritu. Armonía no es la mayoría o la minoría de los votos.

¿Está tranquilo con la Iglesia católica en Alemania?

No me quita la paz. Yo les escribí una carta clara, la escribí solo. Un mes me llevó y fue una carta diciendo: «Reflexionen, hermanos».

Bibliografía

Entre los libros sobre Benedicto XVI que he utilizado están su autobiografía, *Mi vida* (1997), y dos biografías del papa emérito publicadas después de su renuncia. Se trata de *El pontificado de Benedicto XVI. Más allá de la crisis de la Iglesia,* de Roberto Regoli, publicada en Italia en mayo de 2016, y *Servitore di Dio e dell'umanità. La biografia di Benedetto XVI,* de Elio Guerriero, de agosto de 2016, aún no publicada en español.

También considero imprescindibles para adentrarse en el pensamiento del papa emérito los tres volúmenes *Jesús de Nazaret* (Joseph Ratzinger / Benedicto XVI), publicados sucesivamente en 2007, 2011 y 2012, y su libro póstumo *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual,* 2023, preparado por Elio Guerriero y Georg Gänswein. Su obra fundamental es *Introducción al cristianismo* (1968), de sus tiempos como profesor de Teología.

Me ha sido muy útil releer la larga entrevista de Peter Seewald al papa emérito publicada en 2016 bajo el título *Últimas conversaciones* y también la que realizó en 2010, *Luz del mundo. El papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*. Seewald es también autor del documentado volumen *Benedicto XVI. Una vida* (2020).

Para conocer la faceta más personal de Joseph Ratzinger, una de las obras más originales es *El profesor Ratzinger* (2020), de Gianni Valente (2008). Disfruté mucho *Joseph Ratzinger, Benedetto XVI. Immagini di una vita*, preparado en 2017 por Luca Carusso y Maria Giuseppina Buonanno, pues es quizá su mejor álbum de fotos. Otra valiosa biografía es la que publicó el teólogo Pablo Blanco: *Benedicto XVI. La biografía* (2019). En *Emérito. Rebobinando a Ratzinger* (2023), Álvaro Sánchez León reconstruye de modo

original sus últimos años recopilando testimonios de vaticanistas, eclesiásticos y colaboradores del papa.

También he tenido presentes los recuerdos privilegiados, anécdotas y cartas de Benedicto XVI que Georg Gänswein publicó en su libro *Nada más que la verdad* en enero de 2023.

Sobre el papa Francisco, sigo considerando indispensable la biografía publicada por Austen Ivereigh en 2014, *El gran reformador*. También, del mismo autor, *Wounded Sheperd,* un primer balance sistemático sobre el pontificado publicado en 2019.

He disfrutado releyendo el libro de los diálogos de Sergio Rubín y Francesca Ambrogetti con el papa Francisco, publicado con motivo del décimo aniversario de su elección: *El Pastor: Desafíos, razones y reflexiones de Francisco sobre su pontificado* (2023), que me ha sido muy útil para sistematizar las claves de sus decisiones.

La reconstrucción más completa del cónclave en el que fue elegido papa la ha escrito Gerard O'Connell en *The Election of Pope Francis. An Inside Account of the Conclave That Changed History* (2019).

Para comprender *El contraste,* de Romano Guardini, me ha ayudado mucho la obra de Massimo Borghesi *Jorge Mario Bergoglio. Una biografía intelectual,* publicada en 2017, y algunos artículos que recoge en su web personal. Sin duda, Borghesi es uno de mis autores de referencia para cubrir el pontificado de Francisco.

También en Internet valió la pena bucear en la web que recopila los artículos de Diego Fares en *La Civiltà Cattolica* (www. laciviltacatolica.es). Asimismo, encontré muy útil la recensión de la traducción al español del libro de Guardini, publicada por el profesor Miguel Lluch en el volumen de 2017 de la revista especializada *Scripta Theologica,* de la Universidad de Navarra (España).

Me gusta mencionar tres clásicos sobre Francisco, escritos por buenos amigos, pues me dieron las bases para leer e interpretar este pontificado: *El papa Francisco. Vida y revolución,* de Elisabetta Piqué (2013); *El papa de la alegría,* de Juan Vicente Boo (2016), y *El papa de la ternura,* de Eva Fernández (2019). También he «visto»

la relación entre los dos papas gracias a algunos magníficos documentales de Rome Reports como *Francisco, visto por sí mismo* o *Benedicto XVI: en honor a la verdad,* entre otros.

Sobre el periodo de convivencia entre los dos pontífices, he aprendido mucho leyendo y subrayando *Dos papas. Mis recuerdos con Benedicto XVI y Francisco,* del cardenal Julián Herranz (2023), testigo privilegiado de este periodo.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dar las gracias al papa Francisco por su generosa disponibilidad para mantener estas conversaciones, su paciencia y su amable apoyo a este proyecto.

También a Yago de la Cierva, periodista y experto en comunicación de crisis, quien, durante un café mientras atardecía en Roma, me sugirió la idea original de este libro. A él le debo, además, vivir en la Ciudad Eterna, pues me fichó hace años para poner en marcha la agencia Rome Reports.

En el día a día, a lo largo de estos meses de trabajo, ha sido esencial la paciencia con la que han respondido a mis preguntas, resuelto dudas, revisado versiones y, sobre todo, acompañado en los obstáculos del camino mis maestros en el arte de explicar la Santa Sede: Juan Vicente Boo, antiguo corresponsal de *ABC*, y Eva Fernández, vaticanista de la cadena COPE. Sin ellos, no habría podido, literalmente, escribir este libro.

Me han ayudado mucho las sugerencias de Antonio Martínez-Brocal, Marco Vanzini, de la Pontificia Università della Santa Croce, y Roberto Regoli, de la Pontificia Università Gregoriana, pues han resuelto dudas, abierto perspectivas, detectado contradicciones, y me han ahorrado problemas en algunos capítulos. También los sabios consejos de Cristina Cabrejas y Javier Massanet y los tesoros de hemeroteca que me ha encontrado Federico Ayala Sorenssen.

Estoy muy agradecido a mis actuales jefes del diario *ABC* de Madrid y de la televisión La Sexta, España, y a los antiguos jefes de mi etapa en la agencia Rome Reports, porque sin su confianza para cubrir el Vaticano no habría podido tropezarme con esta historia.

Ha sido imprescindible el apoyo moral de María y Angelita Sánchez Capilla, Mari Ángeles Saucedo, Diego Ogáyar y Encarni Luque, los amigos de la Accademia Ripagrande y, como siempre, de mis padres, Fany y Antonio.

Gracias a Ángeles Aguilera, a Andrea Toribio y a Clara Auñón, de la editorial Planeta, por su ayuda, su paciencia y sus sugerencias para mejorar el manuscrito final.

Los errores y desaciertos son solo culpa mía.

Notas

1. Julián Herranz, *Dos papas. Mis recuerdos con Benedicto XVI y Francisco,* Rialp, Madrid, 2023.

1. Cfr. Capítulo VI.

1. El 11 de enero de 2022 el papa visitó una tienda de discos en la plaza del Panteón de Roma y me lo encontré en la puerta. Allí le hice un vídeo y unas fotografías.

1. Cfr. Capítulo VI.

1. Se trata del dicasterio vaticano responsable de presentar al papa los nombramientos de nuevos obispos.

2. En 1998, nueve ex Legionarios de Cristo denunciaron por abusos a Marcial Maciel ante la Congregación para la Doctrina de la Fe, presidida por el cardenal Joseph Ratzinger. Más adelante, uno de ellos retiró su denuncia. Maciel negó contundentemente las acusaciones y altos cargos del Vaticano, entre ellos el cardenal Angelo Sodano y el secretario de Juan Pablo II, Stanislaw Dziwisz, le dieron crédito. El caso fue archivado. Ratzinger aseguró que a partir del año 2000 cobraron fuerza las denuncias y que, por eso, a finales de 2004, reabrió la investigación. En abril de 2005 el fiscal antiabusos del Vaticano viajó a México y Estados Unidos para recoger el testimonio de otras víctimas y testigos. Ese mismo mes, Ratzinger fue elegido papa y la investigación siguió adelante.

El 19 de mayo de 2006, el portavoz del Vaticano anunció que «después de someter los resultados de la investigación a un cuidadoso estudio [...] se decidió –teniendo en cuenta tanto la avanzada edad del reverendo Maciel [86 años] como su débil salud– renunciar a un juicio canónico e invitar al sacerdote a una vida privada de oración y penitencia, renunciando a todo ministerio público. Benedicto XVI ha aprobado estas decisiones».

Marcial Maciel falleció en Estados Unidos el 30 de enero de 2008, dos meses antes de cumplir los ochenta y ocho años. Más adelante se confirmó que había abusado de al menos sesenta seminaristas menores de edad, que tenía al menos una hija fruto de una relación «prolongada y estable» y que podría haber tenido otros hijos.

3. Una reconstrucción de las medidas que Benedicto XVI tomó ante la crisis de abusos puede encontrarse en Roberto Regoli, *Oltre la crisi della Chiesa. Il pontificato di Benedetto XVI,* Lindau, 2016. La edición en español se titula *El pontificado de Benedicto XVI. Más allá de la crisis de la Iglesia,* Encuentro, Madrid, 2018. También en Elio Guerriero, *Servitore di Dio e dell'umanità. La biografia di Benedetto XVI,* Mondadori, 2016.

4. La Asamblea General Ordinaria del sínodo se celebró en Roma del 30 de septiembre al 27 de octubre de 2001. Jorge Mario Bergoglio había sido nombrado cardenal siete meses antes, el 21 de febrero de 2001.

5. El 13 de abril de 2013, un mes después de su elección, el papa Francisco nombró a Marcello Semeraro secretario del recién instituido Consejo de Cardenales. El 15 de octubre de 2020 lo nombró prefecto del Dicasterio para las Causas de los Santos y el 28 de noviembre de 2020 lo creó cardenal.

1. El cónclave se abrió el 18 de abril de 2005 y concluyó el 19 de abril por la tarde.

1. El viaje de Benedicto XVI a Valencia, España, fue del 8 al 9 de julio de 2006.

2. La reunión con el papa Benedicto XVI fue el 14 de octubre de 2005, durante el Sínodo sobre la Eucaristía.

3. Benedicto XVI estuvo en Brasil del 9 al 13 de mayo de 2007. Llegó a Aparecida a última hora del 11 de mayo y se marchó el día 13. Aterrizó en Roma el día 14.

4. Tras la conferencia, Raymundo Damasceno fue elegido presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Años después, el 20 de noviembre de 2010, Benedicto XVI lo creó cardenal.

5. La Conferencia de Aparecida contó con 266 participantes. De ellos, 162 eran obispos, 81 invitados, 8 observadores de otras confesiones cristianas y 15 expertos.

6. El código de derecho canónico establece que cuando un obispo cumple setenta y cinco años debe presentar su renuncia al papa. El pontífice puede aceptarla o prorrogar el encargo.

7. «El catolicismo no es un cúmulo de prohibiciones, sino una opción positiva. Y es muy importante que esto se vea nuevamente, ya que hoy esta conciencia ha desaparecido casi completamente. Se ha hablado mucho de lo que no está permitido y ahora hay que decir: "Nosotros tenemos una idea positiva que proponer, el hombre y la mujer están hechos el uno para el otro; existe una escala, por decirlo de algún modo: sexualidad, eros, ágape, que son las dimensiones del amor; así se forma en primer lugar el matrimonio como encuentro, lleno de felicidad, entre un hombre y una mujer y después la familia, que garantiza la continuidad entre las generaciones; en ella se reconcilian las generaciones entre sí y también las culturas se pueden encontrar". Por tanto, sobre todo es importante poner de relieve lo que queremos, lo que pretendemos. En segundo lugar, se puede ver después también por qué no queremos algunas cosas. [...] Es necesario respetar siempre al hombre como persona humana. Pero todo esto resulta más claro si antes hemos explicado lo positivo». Entrevista de Benedicto XVI a Radio Vaticana y cuatro cadenas de televisión de Alemania (5 de agosto de 2006).

8. Durante la Cuaresma, en el pasado, era tradicional cubrir los retablos y las imágenes religiosas de las iglesias con un velo o unas cortinas de color negro o morado, en señal de luto. En la liturgia de la Vigilia Pascual, el Sábado Santo, justo después del anuncio de la Resurrección de Cristo, durante el gloria, los velos se retiraban de un modo muy solemne.

9. Se trata de una frase de la homilía de Benedicto XVI en su misa en la explanada del santuario de Aparecida (Brasil), el 13 de mayo de 2007. «La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por "atracción": como Cristo "atrae a todos a sí" con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la cruz, así la Iglesia cumple su misión en la medida en que, asociada a Cristo, realiza su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor».

10. Joseph Ratzinger (Benedicto XVI), *Jesús de Nazaret*, Planeta, Madrid. El primer volumen se publicó en 2007, el segundo en 2011 y el tercero en noviembre de 2012.

1. «Escuchando religiosamente la palabra de Dios y proclamándola confiadamente». Son las palabras con las que se abre uno de los documentos más importantes del Concilio Vaticano II, la constitución dogmática *Dei Verbum,* sobre la Sagrada Escritura y la Revelación.

1. El nombre que menciona el papa no es secundario. Angelo Scola, en aquel entonces arzobispo de Milán, es el otro cardenal que estaba en liza para el papado durante ese cónclave. Según la reconstrucción del cónclave que recoge Gerard O'Connell en su libro *The Election of Pope Francis. An Inside Account of the Conclave That Changed History* (2019), Angelo Scola (Malgrate, Italia, 1941) habría obtenido en la primera votación treinta votos y Jorge Mario Bergoglio, veintiséis. En la quinta y última votación Scola obtuvo veinte y el cardenal Bergoglio, ochenta y cinco.

2. En aquel momento, el camarlengo era el cardenal Tarcisio Bertone.

3. Alfred Xuereb era el segundo secretario de Benedicto XVI. Fue también secretario de Francisco durante su primer año de pontificado. Cfr. Alfred Xuereb, *I miei giorni con Benedetto XVI*, San Paolo Edizioni, 2023.

1. Julián Herranz, *Dos papas. Mis recuerdos con Benedicto XVI y Francisco,* Rialp, Madrid, 2023.

2. El diccionario de americanismos de la Asociación de Academias de la Lengua Española explica que «trenza» es un argentinismo que describe un «grupo de personas unidas para determinados fines, generalmente en busca del propio beneficio».

3. Elio Guerriero, en una de las últimas biografías extensas sobre Benedicto XVI, resume así el caso Vatileaks: «El objetivo [de las filtraciones] era probablemente lograr la sustitución del secretario de Estado [Tarcisio Bertone]. Sin embargo, el papa, que ya se había opuesto antes a tal eventualidad, consideró que ya era demasiado tarde para pensar en el cambio. De momento, por tanto, decidió proceder sin modificar los altos cargos de la jerarquía vaticana». Elio Guerriero, *Servitore di Dio e dell'umanità. La biografia di Benedetto XVI*, Mondadori, 2016.



4. En algunos ámbitos se los conoce como veterocatólicos o Iglesia católica antigua. Han abandonado también la disciplina sobre el celibato sacerdotal.

5. San Vicente de Lerins es un padre de la Iglesia del siglo V. Falleció en Francia en torno al año 450. Su tratado de teología es el *Commonitorium,* escrito en el año 434.

6. Cfr. papa Francisco, «Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Alemania», Vaticano, 29 de junio de 2019.

7. Los Memores Domini son laicos y laicas consagrados del movimiento Comunión y Liberación. «Persiguen una vocación de entrega total a Dios viviendo en el mundo y se comprometen en la misión viviendo su trabajo como el lugar de la memoria de Cristo, practicando los consejos evangélicos –obediencia, pobreza y virginidad– en continuidad con la tradición de la Iglesia», según explica la web de esta institución católica.

8. Robert Sarah, *Des profondeurs de nos coeurs*, Fayard, 2020.

9. El 13 de agosto de 1979, Juan Pablo II nombró a Robert Sarah (1945) arzobispo de Conakri (Guinea-Conakri). Mantuvo este cargo hasta que, el 1 de octubre de 2001, el mismo pontífice lo nombró secretario de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, en el Vaticano. El 7 de octubre de 2010, Benedicto XVI lo nombró presidente del Pontificio Consejo Cor Unum, coordinador de las instituciones asistenciales ligadas a la Santa Sede, y el 20 de noviembre lo creó cardenal. El 23 de noviembre de 2014, el papa Francisco lo nombró prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. El 15 de junio de 2020 cumplió setenta y cinco años y presentó su renuncia por motivos de edad, renuncia que el papa acogió el 20 de febrero de 2021.



1. En Argentina se usa la expresión «sacarle el cuero» a alguien como metáfora del gesto de arrancarle la piel o despellejarlo. Quiere decir ‘criticar’.

2. Es muy significativa esta respuesta que da Benedicto XVI a Peter Seewald sobre la colaboración con Francisco:

—Se dice que Ud. está siempre a disposición de su sucesor. ¿Recurre este realmente a su experiencia, le pide consejo?

—Por lo general, no existe motivo para ello. Me ha preguntado sobre determinados asuntos, también en relación con la entrevista que concedió a *La Civiltà Cattolica*. Eso lo hago, por supuesto; me manifiesto sobre lo que se me pregunta. Pero, en conjunto, estoy muy contento de que no se me suela involucrar.

Cfr. Peter Seewald, *Letze Gesprähe*, 2016. Disponible la edición en español bajo el título *Últimas conversaciones*, editorial Mensajero, Bilbao, 2016.

3. Papa Francisco, *motu proprio Traditionis custodes,* 16 de julio de 2021. La disposición prohíbe la creación de nuevos grupos ligados a la antigua liturgia, limita los lugares en los que puede celebrarse la misa tridentina, habilita de nuevo a los obispos a prohibir la celebración de misas según este rito dentro de sus diócesis, e insta a comprobar que los fieles que celebran según este misal no excluyan la validez y la legitimidad de la reforma litúrgica, del Concilio Vaticano II y del magisterio de los pontífices.

4. Bartolomé I es el patriarca ecuménico, líder espiritual de la Iglesia ortodoxa, de la que forman parte unos trescientos millones de cristianos. Como patriarca de Constantinopla, es el sucesor número 270 del apóstol san Andrés, hermano del apóstol san Pedro.

1. Durante los días del velatorio de Benedicto en San Pedro, la basílica cerraba sus puertas en torno a las siete de la tarde y no volvían a abrirse hasta las siete y media de la mañana. Sin embargo, se organizó la entrada por una puerta lateral para que personas cercanas a Benedicto e invitados de los habitantes del monasterio Mater Ecclesiae pudieran rezar allí también a lo largo de la noche.

2. Se refiere a Georg Gänswein, *Nient'altro che la Verità. La mia vita al fianco di Benedetto XVI,* 2023. El libro fue publicado en español bajo el título *Nada más que la verdad. Mi vida al lado de Benedicto XVI,* Desclée De Brouwer, 2023.

1. Joseph Ratzinger (Benedicto XVI), *Enseñar y aprender el amor de Dios. Textos selectos. Volumen 1. El sacerdocio,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2016.

1. Se refiere a la audiencia general del 27 de febrero de 2013, celebrada en la plaza de San Pedro. Fue el último gran encuentro con peregrinos de su pontificado.

2. Benedicto XVI, «Discurso de despedida del Colegio Cardenalicio», Palacio Apostólico Vaticano, 28 de febrero de 2013.

3. Romano Guardini, *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente-concreto,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1996. Se trata de una edición traducida al español, comentada por el filósofo Alfonso López Quintás, de la Universidad Complutense de Madrid.

4. Jorge Mario Bergoglio tenía entonces cuarenta y nueve años. Para la tesis doctoral, se apoyaba en la Universidad Sankt Georgen de Fráncfort. Estudiaba alemán en el Instituto Goethe. Cfr. Austen Ivereigh, *El gran reformador,* Ediciones B, Barcelona, 2015.

5. Cfr. Massimo Borghesi, *Jorge Mario Bergoglio. Una biografía intelectual,* Encuentro, Madrid, 2018.

6. Benedicto XVI, «Discurso a los miembros de la Fundación Romano Guardini», Palacio Apostólico Vaticano, 2 de noviembre de 2010.

7. Ibíd.

8. Ibíd.

9. Ibíd.

10. Massimo Borghesi, «El modelo de la polaridad. La influencia de Gaston Fessard y Romano Guardini en Jorge Mario Bergoglio», *Revista de Filosofía Open Insight,* vol. XI, núm. 22, pp. 12-40, 2020.

11. Ibíd.

12. Ibíd.

13. Papa Francisco y Austen Ivereigh, *Soñemos juntos: El camino a un futuro mejor*, Plaza & Janés, Barcelona, 2020.

14. Jorge Mario Bergoglio, «Vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo», *Teología,* tomo XXXII, n.º 66, Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, 1995.

15. Papa Francisco y Austen Ivereigh, *Soñemos juntos: El camino a un futuro mejor,* Plaza & Janés, Barcelona, 2020. En el original alterna el uso de «oposiciones» y «contraposiciones».

16. Supra.

17. Papa Francisco, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nn. 227-228.

18. Papa Francisco, encíclica *Fratelli tutti*, n. 245.

19. Cfr. Massimo Borghesi, «Per comprendere Francesco», en AA.VV., *Da Bergoglio a Francesco*, Studium, 2022.

20. Romano Guardini, *Der Herr. Betrachtungen über die Person und das Leben Jesu Christi,* Würzburg Werkbund, 1937.

1. Juan Pablo II, *Memoria e identidad,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

2. El papa Francisco utiliza esta palabra en su encíclica *Laudato si'* (24 de mayo de 2015): «A la continua aceleración de los cambios de la humanidad y del planeta se une hoy la intensificación de ritmos de vida y de trabajo, en eso que algunos llaman “rapidación”. Si bien el cambio es parte de la dinámica de los sistemas complejos, la velocidad que las acciones humanas le imponen hoy contrasta con la natural lentitud de la evolución biológica».



1. La excepción es durante el periodo de sede vacante, cuando la misión de la guardia suiza es defender al Colegio Cardenalicio y custodiar el cónclave.

1. Juan Pablo II fue papa desde el 16 de octubre de 1978 hasta el 2 de abril de 2005.

2. Mt. 16, 18-19.

3. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 3, 25 de diciembre de 2005.

4. «El *eros,* don del amor entre un hombre y una mujer, viene de la bondad del Creador, igual que la posibilidad de un amor que renuncia a sí mismo en favor del otro. El *eros* se transforma en *agape* en la medida en que los dos se aman realmente y uno ya no se busca a sí mismo, su alegría, su placer, sino que busca sobre todo el bien del otro». Benedicto XVI, catequesis durante la audiencia general, 25 de enero de 2006.

5. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 1, 25 de diciembre de 2005.

6. Explicando su encíclica *Deus caritas est,* Benedicto XVI dijo: «En la práctica, la Iglesia, también como Iglesia, como comunidad, de modo institucional, debe amar. Y esta *caritas* no es pura organización, como otras organizaciones filantrópicas, sino expresión necesaria del acto más profundo del amor personal con que Dios nos ha creado, suscitando en nuestro corazón el impulso hacia el amor, reflejo del Dios Amor, que nos hace a su imagen». Catequesis durante la audiencia general, 25 de enero de 2006.

7. Papa Francisco, encuentro con sacerdotes, religiosos, consagrados, consagradas, seminaristas y sus familias en Medellín (Colombia), 9 de septiembre de 2017.

1. La Declaración «*Fiducia supplicans* sobre el sentido pastoral de las bendiciones», del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, fue publicada el 18 de diciembre de 2023 con la firma del prefecto, el cardenal Víctor Manuel Fernández, y la autorización del papa Francisco. El texto establece que es posible impartir informalmente la bendición a parejas casadas civilmente o a parejas de personas homosexuales, siempre que no se confunda con una boda.

2. Un día después de la conversación del autor con el papa, el cardenal congolés Fridolin Ambongo, arzobispo de Kinsasa y presidente del Secam, organismo que agrupa a los episcopados africanos, publicó una nota sobre esta cuestión. Dijo que de común acuerdo con Francisco y con el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Víctor Manuel Fernández, «no se impartirán bendiciones para parejas homosexuales en las Iglesias africanas», pues «causaría confusión y estaría en directa contradicción con el *ethos* cultural de nuestras comunidades».

3. Se trata de la respuesta que en 2001 el cardenal Jorge Mario Bergoglio dio a Elisabetta Piqué durante una entrevista para el diario *La Nación* de Buenos Aires. Cfr. Elisabetta Piqué, «El papa Francisco: vida y revolución. Una biografía de Jorge Bergoglio», *El Ateneo,* 2023.

4. Cfr. Lucas 22, 32.

5. Los superiores provinciales de la Compañía de Jesús en Argentina enviaron en julio de 1990 a Jorge Mario Bergoglio sin encargos específicos a Córdoba, a unos 700 kilómetros de Buenos Aires. Allí estuvo hasta que en mayo de 1992 Juan Pablo II lo nombró obispo auxiliar de Buenos Aires. Cfr. Austen Ivereigh, *El gran reformador*, Ediciones B, Barcelona, 2015.

6. La obra original consta de cuarenta tomos. El autor comienza en 1305, con el pontificado de Clemente V, y concluye con el fallecimiento de Pío VI, en 1799. Fue publicada entre 1886 y 1933. El jesuita español Ramón Ruiz Amado tradujo al castellano sus doce primeros tomos (1910-1911). Continuaron la traducción los profesores José Montserrat y Manuel Almarcha.

1. Se trataba de este pasaje de la carta de san Pablo a los colosenses (Col 1, 3-10): «Hermanos, en nuestras oraciones damos siempre gracias por vosotros a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, desde que nos enteramos de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todo el pueblo santo. Os anima a esto la esperanza de lo que Dios os tiene reservado en los Cielos, que ya conocisteis cuando llegó a vosotros la Buena Noticia, el mensaje de la verdad. Esta se sigue propagando y dando fruto en el mundo entero, como ha ocurrido entre vosotros desde el día en que la escuchasteis y comprendisteis de verdad lo generoso que es Dios».

2. Se refiere al cardenal Tarcisio Bertone.

3. Día en el que fue elegido papa.

1. El papa respondía a esta pregunta planteada por Elisabetta Piqué, corresponsal de *La Nación,* diario de Buenos Aires: «Sabemos que usted es el papa y está también el papa Benedicto, el papa emérito. Pero, últimamente, hicieron un poco de ruido unas declaraciones del prefecto de la Casa Pontificia, monseñor Georg Gänswein, que sugirió que había un ministerio petrino compartido con un papa activo y otro contemplativo. ¿Hay dos papas?». Al principio de su respuesta, Francisco dijo: «Benedicto dijo claramente aquel 11 de febrero que daba su dimisión a partir del 28 de febrero, que se retiraba para ayudar a la Iglesia con la oración. Y Benedicto está en el monasterio rezando». Papa Francisco, «Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma desde Armenia», 26 de junio de 2016.

1. «Cor ad cor loquitur» es el lema episcopal del cardenal John Henry Newman (1801-1890). Se traduce como «El corazón habla al corazón». Hace referencia a una frase de san Francisco de Sales, quien aconsejaba a los sacerdotes que, cuando predicaran, se esforzasen por llegar al corazón de las personas. «Por más que hablemos con la boca, ciertamente el corazón habla al corazón y la lengua no habla más que a las orejas», decía este santo.

2. Se refiere a que sus casas en el Vaticano están tan cerca que podrían verse desde las ventanas.

1. Paréntesis en el original. El apóstol san Juan se refiere en su Evangelio al Espíritu Santo como «Paráclito». Se trata de una tierna imagen de Dios, pues deriva del término griego «parakletós», que se traduce como 'uno que acompaña para ayudar', ya sea para dar consuelo o como defensor o abogado de un acusado. Benedicto hace un juego de palabras en el contexto jurídico de esta carta.

1. Benedicto XVI, interpelación durante la audiencia general del 30 de mayo de 2012.

2. Benedicto XVI, audiencia general del 13 de febrero de 2013.

3. Benedicto XVI, audiencia general del 27 de febrero de 2013.

4. Benedicto XVI, palabras de despedida a los cardenales presentes en Roma, 28 de febrero de 2013.

5. La ley del cónclave, la constitución apostólica *Universi Dominici gregis,* establece que, mientras depositan su voto, los cardenales reciten este juramento: «Pongo por testigo a Cristo el Señor, quien me juzgará, de que doy mi voto a quien, considerándolo ante Dios, creo que debe ser elegido».

6. Francisco, primer saludo y bendición *urbi et orbi,* 13 de marzo de 2013.

7. Francisco, audiencia a todos los cardenales, 15 de marzo de 2013.

8. En noviembre de 2013, el texto comentado de la entrevista se publicaría en formato libro bajo el título *La mia porta è sempre aperta. Una conversazione con Antonio Spadaro*. La edición en español es *Mi puerta está siempre abierta,* Planeta Testimonio, Madrid, 2014.

9. Carta recogida en Georg Gänswein, *Nient'altro che la Verità. La mia vita al fianco di Benedetto XVI,* 2023. Edición en español: *Nada más que la verdad. Mi vida al lado de Benedicto XVI,* Desclée De Brouwer, 2023.

10. Benedicto XVI confirma la exactitud de esta cita en una carta dirigida al periodista Andrea Tornielli, con fecha de 18 de febrero de 2014, publicada en el diario italiano *La Stampa* el 27 de febrero de 2014. Cfr. artículo de Andrea Tornielli, «Ratzinger: la mia rinuncia è valida, assurdo fare speculazioni» ('Ratzinger: Mi renuncia es válida, es absurdo hacer especulaciones'), 27 de febrero de 2014.

11. La carta fue publicada en la web del diario *La Stampa* (www.lastampa.it) el 27 de febrero de 2014. Andrea Tornielli, «Ratzinger: la mia rinuncia è valida, assurdo fare speculazioni» (‘Ratzinger: Mi renuncia es válida, es absurdo hacer especulaciones’), 27 de febrero de 2014.

12. Entrevista realizada por Ferruccio de Bortoli, entonces director del *Corriere della Sera*. La entrevista se publicó en la edición *online* (www.corriere.it) bajo el título «Benedetto XVI non è una statua. Partecipa alla vita della Chiesa» (‘Benedicto XVI no es una estatua. Participa en la vida de la Iglesia’).

13. Francisco, rueda de prensa a bordo del avión papal, en el vuelo de Seúl a Roma, 18 de agosto de 2014.

14. Francisco, encuentro del papa con los ancianos, plaza de San Pedro, 28 de septiembre de 2014.

15. Texto completo en Benedicto XVI, *Che cos'è il cristianesimo,* ed. Elio Guerriero y Georg Gänswein, 2023. Edición en español: *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2023.

16. Francisco, discurso durante la sesión plenaria de la Pontificia Academia de las Ciencias, 27 de octubre de 2014.

17. Entrevista de Jörg Bremer a Benedicto XVI publicada el 7 de diciembre de 2014 en la web de *Frankfurter Allgemeine* (www.faz.net) con el titular «Ein Besuch bei Vater Benedikt» (‘Visita al padre Benedicto’).

18. Francisco, mensaje enviado desde el avión papal, 16 de abril de 2016.

19. Elio Guerriero, *Servitore di Dio e dell'umanità. La biografia di Benedetto XVI*, Mondadori, 2016.

20. Peter Seewald, *Letze Gesprähe,* 2016. En español se titula *Últimas conversaciones,* Mensajero, Bilbao, 2016.

21. Francisco, discurso durante la ceremonia de entrega del Premio Ratzinger, 26 de noviembre de 2016.

22. Cfr. Georg Gänswein, *Nient'altro che la Verità. La mia vita al fianco di Benedetto XVI,* 2023. Edición en español: *Nada más que la verdad. Mi vida al lado de Benedicto XVI,* Desclée De Brouwer, 2023.

23. Benedicto XVI, mensaje para el funeral del cardenal Joachim Meisner. El mensaje, solicitado por el arzobispo de Colonia Rainer Maria Woelki, lleva fecha del 11 de julio de 2017. Joachim Meisner (1933-2017) había fallecido el 5 de julio.

24. Benedicto XVI, prefacio a la edición en lengua rusa del volumen XI de la *Opera omnia de Joseph Ratzinger* publicada por la Editorial del Patriarcado de Moscú. Texto recogido por la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger – Benedicto XVI.

25. Benedicto XVI, carta a Massimo Franco, con fecha 5 de febrero de 2018. Documento publicado por *Corriere della Sera* en su web (www.corriere.it) el 6 de febrero de 2018. Texto original en italiano: «Posso solo dire a riguardo che, nel lento scemare delle forze fisiche, interiormente sono in pellegrinaggio verso Casa. È una grande grazia per me essere circondato, in quest'ultimo pezzo di strada a volte un po' faticoso, da un amore e una bontà tali che non avrei potuto immaginare».

26. Carta de Benedicto XVI a monseñor Dario Edoardo Viganò, con fecha 7 de febrero de 2018.

27. Benedicto XVI / Joseph Ratzinger, *Liberar la libertad. Fe y política en el tercer milenio,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2018.

28. Francisco, audiencia general de 4 de abril de 2018.

29. Benedicto XVI, *Che cos'è il cristianesimo,* ed. Elio Guerriero y Georg Gänswein, 2023. Edición en español: *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2023.

30. Benedicto XVI y Arie Folger, *Judíos y cristianos: En diálogo con el rabino Arie Folger,* Encuentro, Madrid, 2019.

31. Texto completo revisado recogido en Benedicto XVI, *Che cos'è il cristianesimo,* ed. Elio Guerriero y Georg Gänswein, 2023. Edición en español: *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2023.

32. Francisco, discurso durante la ceremonia de entrega del Premio Ratzinger, 9 de noviembre de 2019.

33. Robert Sarah, *Des profondeurs de nos coeurs,* Fayard, 2020.

34. El artículo completo revisado fue recogido en Benedicto XVI, *Che cos'è il cristianesimo*, ed. Elio Guerriero y Georg Gänswein, 2023. Edición en español: *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2023.

35. Carta recogida en Georg Gänswein, *Nient'altro che la Verità. La mia vita al fianco di Benedetto XVI,* 2023. Edición en español: *Nada más que la verdad. Mi vida al lado de Benedicto XVI*, Desclée De Brouwer, 2023.

36. Entrevista firmada por Massimo Franco, publicada el 1 de marzo de 2021 en la web del periódico *Corrriere della Sera* (www.corriere.it) bajo el titular «Non ci sono due Papi. La rinuncia di 8 anni fa? Credo di aver fatto bene» (‘No hay dos papas. ¿La renuncia de hace ocho años? Creo que hice bien’).

37. Entrevista recogida en Benedicto XVI, *Che cos'è il cristianesimo,* ed. Elio Guerriero y Georg Gänswein. Edición en español: *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2023.

38. Francisco, discurso durante la ceremonia de entrega del Premio Ratzinger, 13 de noviembre de 2021.

39. El informe puede consultarse en la página web del estudio de abogados Westpfahl Spilker Wastl.

40. Cfr. carta del papa emérito Benedicto XVI acerca del informe sobre los abusos en la arquidiócesis de Múnich y Frisinga. La carta se hizo pública el 8 de febrero de 2022.

41. Texto completo recogido en Benedicto XVI, *Che cos'è il cristianesimo,* ed. Elio Guerriero y Georg Gänswein, 2023. Edición en español: *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2023.

42. Benedicto XVI, *Che cos'è il cristianesimo,* ed. Elio Guerriero y Georg Gänswein, 2023. Edición en español: *Qué es el cristianismo. Un testamento espiritual,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2023.

43. Angelo Sodano fue nombrado secretario de Estado vaticano por Juan Pablo II el 1 de diciembre de 1990. Benedicto XVI lo confirmó en el cargo. Falleció el 27 de mayo de 2022 a los noventa y cuatro años, en una clínica de Roma.

44. Francisco, discurso durante la ceremonia de entrega del Premio Ratzinger, 1 de diciembre de 2022.

45. Cfr. capítulo VI.

46. Francisco, ángelus, 31 de diciembre de 2023.

Papa Francisco. El sucesor
Mis recuerdos de Benedicto XVI
Javier Martínez-Brocal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

ISBN: 978-84-08-28857-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta